PROFESIÓN: LUCHAR CONTRA ETA

LILIÁN AGUIRRE

Mucho se sabe ya de quienes han animado el terrorismo, han protagonizado las acciones más salvajes y han provocado dolor y miedo durante décadas. Paradójicamente, poco sabemos de quienes, en las fuerzas policiales, se han sacrificado y han conseguido poner a ETA contra las cuerdas. Este libro, escrito desde experiencias de primera mano, intenta subsanar esa omisión poniendo el foco en quienes han dado su vida en la lucha antiterrorista o han sacrificado familia y bienestar.

Junto al relato objetivo de los hechos de los denominados “años de plomo”, Lilián Aguirre describe minuciosamente el durísimo día a día de los agentes, la preparación de las operaciones, la tensión generada por las tareas de seguimiento y escucha de objetivos, las estrategias policiales, y transmite admirablemente la incertidumbre y la angustia de los familiares ante la amenaza constante de un desenlace dramático.

A lo largo de estas páginas se denuncia el olvido con que la sociedad y las instituciones pagaron el esfuerzo de los policías y guardias civiles que, durante la fase más aguda de la lucha contra ETA en España, dieron su vida por mantener el derecho a pensar y expresarse en libertad. Un trabajo heroico y callado que no siempre ha obtenido el reconocimiento que se merecía.

Lilián Aguirre

Profesión: luchar contra ETA

ePub r1.0
Titivillus 29.05.18

Título original: *Profesión: luchar contra ETA*
Lilián Aguirre, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A mi madre. A mi marido y a todos sus compañeros. A todos los miembros de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado que dieron su vida en la lucha contra ETA.

A todas las víctimas del terrorismo.

INTRODUCCIÓN

879 MUERTOS

La banda terrorista ETA *(Euskadi ta Askatasuna,* 'Euskadi y Libertad') nació en julio de 1959. La creó un grupo de jóvenes que procedían de la organización EKIN, que surgió como reacción a lo que consideraban «inmovilismo» del Partido Nacionalista Vasco. Desde entonces hasta ahora, comienzos de 2012, ETA ha asesinado a 879 personas y ha dejado miles de heridos y mutilados.

Sus principios ideológicos fundamentales eran la defensa del euskera, el antiespañolismo, el «etnicismo» y la independencia de los territorios que, según ETA, pertenecen a Euskadi: Álava, Vizcaya, Guipúzcoa, Navarra (en España), y Lapurdi, Baja Navarra y Zuberoa (en Francia). En 1962 tuvo lugar su Primera Asamblea, en la que se autodefinió como una «organización clandestina revolucionaria» de ideología marxista leninista que defendía la lucha armada como medio de conseguir la independencia de Euskadi.

En sus inicios, los terroristas se limitaron a la realización de pintadas, colocación de ikurriñas y otras actividades clandestinas, pero sin consecuencias reseñables. Sin embargo, pronto empezaron las acciones armadas, principalmente la colocación de artefactos explosivos en lugares públicos con gran afluencia de gente.

Un bebé, la primera víctima

El primer asesinato de la banda terrorista ocurrió el 27 de Junio de 1960. La niña Begoña Urroz Ibarrola, de veintidós meses, murió a consecuencia del atentado en la estación de ferrocarril en el barrio

de Amara, en San Sebastián. Un comando de ETA colocó una bomba en una maleta que dejó en la consigna. La explosión provocó varios heridos, entre ellos Begoña Urroz, que resultó herida con quemaduras en el 90 por ciento de su cuerpo y que falleció pocas horas después.

Durante mucho tiempo, Begoña Urroz no apareció en la lista de los asesinados por ETA. La recién nacida banda terrorista no reivindicó ni esta ni otras explosiones que tuvieron lugar el mismo día en otras consignas de Barcelona, Madrid y San Sebastián, así como en un tren que unía Madrid con Barcelona.

No se supo nada de esta primera víctima, porque sus padres, Jesusa y Juan, prefirieron afrontar su desgracia en silencio. «Entonces no se podía hablar de esto», han reconocido a la prensa cincuenta años después. Porque «aquí, si hablabas de estas cosas, era como ponerte en contra de todo el mundo. Era como un secreto, como si encima nosotros fuéramos los culpables». Jesusa y Juan también han contado que poco tiempo después de la muerte de su pequeña pensaron que la bomba la debía de haber colocado ETA, pero callaron. Tampoco la versión oficial aportó más información. El comunicado que emitió el Ministerio del Interior se limitó a informar de las cinco explosiones y a añadir que con esos hechos se pretendía «dar cumplimiento a las consignas terroristas que elementos extranjeros, en colaboración con separatistas y comunistas españoles, vienen propugnando insistentemente».

La familia no contó nunca con el apoyo de ninguna institución; nadie los consoló ni les dio ánimos. Ninguna autoridad mostró interés (excepto la esposa del alcalde, que los acompañó durante la estancia en el hospital, y el gobernador civil de Guipúzcoa, que asistió al entierro). Ninguna asociación del ámbito civil les ofreció su ayuda. Y la muerte de la pequeña Begoña se olvidó. Hasta que en 1992, José Antonio Pagola, que había sido vicario general de la diócesis de Guipúzcoa, publicó *La ética de la paz. Los obispos del País Vasco, 1968-1992*. En el libro se decía: «Parece ser que la primera víctima de una acción terrorista de ETA fue la niña de veintidós meses Begoña Urroz Ibarrola».

Aun así, ETA nunca reivindicó el atentado. Pero muchos años después se encontraron evidencias de que aquella muerte fue responsabilidad de la banda terrorista. Cuando en 1992 se detuvo a

la cúpula de la organización etarra en Bidart, se halló documentación en poder del entonces jefe del «aparato político» de la banda, José Luis Álvarez Santacristina, alias *Txelis*, en la que se mencionaba este atentado.

El magnicidio

El primer asesinato reconocido por la banda fue el del guardia civil de tráfico José Ángel Pardines, que murió el 7 de junio de 1968 tras el tiroteo que mantuvo en la localidad guipuzcoana de Villabona con dos individuos. Poco después, el 2 de agosto de ese mismo año, ETA cometió su primer atentado de gran repercusión: asesinó al comisario de Policía Melitón Manzanas, jefe de la Brigada Político-Social de Guipúzcoa. Lo mataron por medio de una práctica que se repetiría después incansablemente: lo esperaron frente a su domicilio, un chalé en Irún, y lo acribillaron a tiros.

Sin embargo, su atentado más efectista —o primer «gran atentado»— fue el asesinato del almirante Carrero Blanco, un magnicidio que llevaron a cabo en diciembre de 1973. De las entrañas de la madrileña calle Claudio Coello emanó una explosión que levantó varios metros el coche del presidente del Gobierno. La onda expansiva estremeció a toda la capital… Y los ecos del suceso hicieron temblar a toda España.

Su primer asesinato en masa lo llevó a cabo el año siguiente, en septiembre de 1974. Una bomba en una cafetería de la madrileña calle del Correo, junto a la Dirección General de Seguridad, acabó con la vida de doce personas, todos civiles, y causó heridas a otras ochenta. Este atentado provocó un debate interno que culminó con la primera gran escisión en la banda terrorista: ETA militar se separó de ETA político-militar, que apostó por la violencia selectiva.

Tras la muerte de Franco, en 1975, todo hacía presagiar que la actividad terrorista cesaría, pero no fue así. Por el contrario, los terroristas llevaron a cabo atentados especialmente sangrientos, que no acabaron ni siquiera tras la aprobación de la Ley de Amnistía del año 1977, que permitió que decenas de etarras encarcelados durante el franquismo, sin contemplar si tenían delitos de sangre, quedaran en libertad. La Ley de Amnistía, con la que la sociedad española pretendía comenzar a cerrar las profundas heridas que

padecía, no logró el efecto deseado con ETA.

«Los años del plomo»

Los miembros de la banda, incluidos muchos de los agraciados con la ley de 1977, continuaron asesinando indiscriminadamente durante la década de los ochenta, «los años del plomo», la década del terror, cuando se sucedían casi a diario los entierros de civiles y militares, de policías y guardias civiles… Son estos los años a los que se refiere este libro, cuando los muertos se contaban en decenas; como en el atentado de la madrileña plaza de la República Dominicana, donde murieron doce guardias civiles en julio de 1986, o el del centro comercial Hipercor, en Barcelona, un año después, que acabó con la vida de veintiuna personas y causó más de cuarenta heridos.

Es difícil contar muertos. Las cifras de las víctimas mortales por el terrorismo en España varían según las fuentes a las que se acuda, quizá porque en ocasiones se contabilizaban, erróneamente, víctimas de una organización terrorista en el saldo de otra. Pero con muy poco —o ningún— margen de error, se puede afirmar que ETA mató a cuatrocientas personas entre 1980 y 1989. Solo en 1980 los asesinatos se aproximaron al centenar. Según el diario *El Mundo*, durante aquellos dolorosos años España tenía un muerto por terrorismo cada sesenta horas.

El tiro en la nuca y los secuestros

A los numerosos atentados perpetrados con bombas, como los ya mencionados de Hipercor y de la plaza de la República Dominicana, o como los perpetrados contra las casas cuartel de Zaragoza o Vic, les sucedían otros realizados por métodos más «directos». Los asesinatos cometidos con «el tiro en la nuca», a sangre fría, se repetían una y otra vez. Los terroristas se acercaban a sus víctimas sin hallar ningún obstáculo, encontrándolas siempre totalmente desprevenidas. Disparaban a bocajarro o ametrallaban a su objetivo desde la ventanilla de un coche, en plena calle, o cuando la víctima salía de su portal o estaba en el interior de un bar.

Las bombas y los disparos se intercalaban con los secuestros. A

lo largo de su nefasta historia, ETA ha secuestrado a setenta y siete personas. En sus inicios, retenían a significados empresarios vascos y solicitaban importantes cantidades a sus familiares como rescate. Más tarde las cosas fueron degenerando y los etarras no secuestraban solo para obtener financiación, sino que en algunos casos lo hacían para presionar al Gobierno. Y comenzaron a encerrar en sus «cárceles del pueblo» a funcionarios y políticos. Algunos secuestros acabaron, por fortuna, con la liberación del retenido, bien porque las Fuerzas de Seguridad del Estado conseguían liberarlo, bien porque la banda lo soltaba tras recibir la cantidad exigida como rescate. Pero otros casos finalizaban cuando alguien encontraba el cadáver de la víctima en el monte.

En julio de 1997 coincidieron en el tiempo dos secuestros muy notorios, quizá los más recordados por la sociedad española. El día 1 de julio, la Guardia Civil liberó al funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara, tras 532 días de cautiverio —el secuestro más largo de la historia de la banda—. Pocos días después, un concejal del Partido Popular de Ermua, Miguel Ángel Blanco, caía en manos de ETA. Lo secuestraron y, cuarenta y ocho horas más tarde, lo asesinaron.

La financiación de la banda

Los comandos de ETA contaban con una importante infraestructura en la ciudad en la que «trabajaban»: apoyo logístico, apoyo político y dinero que obtenían tanto de los secuestros como del famoso «impuesto revolucionario» que los empresarios vascos han venido pagando históricamente —todo parece indicar que aún hoy muchos lo siguen haciendo— para asegurar sus vidas y las de sus familias, así como los bienes de sus empresas. Según un informe realizado por la *Ertzaintza*, conocido en 1996, la banda necesitaba quince millones de pesetas diarios, lo que suponía alrededor de 5.400 millones de pesetas al año. No solo tenían que mantener su actividad y sus comandos, sino, además, a los miembros inactivos que estaban escondidos en Francia o en otros países. Durante los primeros años, los atracos a entidades bancarias y los secuestros a empresarios constituyeron la base principal de su financiación, pero el pago de una cantidad a cambio de ser respetado por ETA, el

«impuesto revolucionario», pronto pasó a ser su fuente de ingresos más segura.

Sin embargo, desde 1990, aproximadamente, la extorsión y el «impuesto revolucionario» comenzaron a ser insuficientes para hacer frente a los gastos de la organización terrorista. Así pues, una parte del apoyo que la banda obtiene, aún hoy, de su entorno es la trama empresarial con la que blanquean su dinero. Esta estructura constituye la base fundamental para la supervivencia de la organización criminal, y está formada por familiares, colaboradores y simples simpatizantes de los terroristas. Investigaciones llevadas a cabo por las Fuerzas de Seguridad del Estado tras la detención de la cúpula de Bidart aportaron las primeras pruebas sobre el «Proyecto Udaletxe», un entramado empresarial, diseñado por la banda para su autofinanciación, que movía casi dos mil millones de pesetas al año y que se extendía, además, por países como Cuba, Venezuela, Panamá o Cabo Verde.

A su financiación contribuyen además otras organizaciones de apariencia legal, como la histórica Herri Batasuna, matriz de las numerosas modificaciones políticas que el «brazo político» de ETA ha experimentado a lo largo de los años. Pero siempre con la misma ideología y los mismos principios. Sea cual sea su nombre, el brazo político de la banda siempre ha participado tanto en dar publicidad a la organización terrorista como en otras actividades de apoyo a los asesinos, en su financiación y en atender necesidades como las del «colectivo de presos».

Una organización militar

En aquellos terribles años ochenta, ETA contaba con gente muy preparada y, además de pistoleros, los terroristas disponían de un aparato militar que se encargaba de preparar las tácticas de los comandos, de enseñar a sus miembros cómo matar e identificar a las Fuerzas de Seguridad del Estado, de «quitar a los nuevos comandos el miedo y mentalizarles de que se podía atentar contra nosotros con facilidad. Enseñarles tácticas e inculcarles que no se nos debe tener miedo», explica un exagente de los GAR (Grupos Antiterroristas Rurales).

La compleja organización de la banda divide a la red mafiosa en

diferentes «aparatos» que se encargan de las distintas áreas que necesitan para su funcionamiento: la militar, la económico-financiera y la legal (abogados que no pertenecen a la banda, pero sí a organizaciones hermanas). Pero además de los componentes de los comandos, ya sean «legales» (no fichados por las Fuerzas de Seguridad) o «ilegales» (con antecedentes, incluso buscados por la justicia), que suelen ser los llamados miembros «liberados» (trabajan para ETA y cobran de ETA), existe una extensa red de colaboradores o *laguntzailes*, que se implican en mayor o menor medida en la ayuda a los asesinos. Suelen realizar diferentes tareas: desde dar su nombre para alquilar un bajo, hasta hacer de *mugalaris* y pasar a los miembros de los comandos de un lado a otro de la frontera. Hay *laguntzailes* que recogen y esconden a los terroristas en sus propias casas, y a veces durante mucho tiempo, pues prestan sus domicilios para que sirvan de base a los etarras a lo largo de toda una campaña. Los «ilegales», miembros de ETA conocidos y fichados por las Fuerzas de Seguridad, nunca viven con sus familias y no pueden tener un trabajo. Están absolutamente fuera de la ley y cobran un salario de la organización, que se encarga también de ofrecerles alojamiento a través de los colaboradores.

En los primeros tiempos de ETA, las campañas no solían durar más de seis meses; después, los componentes del comando pasaban a Francia y «descansaban» durante un par de meses. Cuando las Fuerzas de Seguridad del Estado comenzaron a detener etarras a un ritmo muy superior al de la organización para reorganizarse, las campañas podían llegar a durar un año, con solo un mes de «descanso» en Francia.

LA LUCHA ANTITERRORISTA

Esos chicos de la boina

Desde 1973, tras el asesinato del entonces presidente del Gobierno Luis Carrero Blanco, la carrera de asesinatos perpetrados por la banda se desbocó. Ese año hubo seis muertos, pero en 1974 fueron dieciocho, y al año siguiente, dieciséis. La espiral de violencia se desenfrenó en 1978, cuando la banda acabó con la vida

de sesenta y cinco personas. En 1979 hubo ochenta y seis asesinatos. En 1980, noventa y tres.

El Estado tenía que dar una respuesta adecuada a aquella barbarie, pero la tarea no era en absoluto fácil. No eran delincuentes comunes; los etarras sabían fabricar bombas, colocarlas y activarlas, y no dudaban en tirotear a un alto cargo policial en plena calle. Además, contaban con el monte como uno de sus principales colaboradores: las idas y venidas de los asesinos se producían en numerosas ocasiones monte a través, por caminos casi desconocidos. Era una «lucha de guerrillas» para la que las Fuerzas del Orden de entonces no estaban preparadas.

Una de las primeras respuestas a la escalada de terror la dio la Guardia Civil con la creación de los Grupos Antiterroristas Rurales (GAR) en 1982. A esta unidad se le encomendó una doble misión: información y contra información sobre las estructuras de las organizaciones subversivas y guerrilleras, y la lucha ofensiva contra ellas. El grupo contaba en un primer momento con tres compañías que operaban en Vizcaya, en Guipúzcoa y en Navarra. Posteriormente, en 1984, se le añadió una cuarta, con base en Álava.

En agosto de 1980 se creó el Centro de Adiestramientos Especiales (CAE) en San Lorenzo del Escorial (Madrid). Allí recibían su formación los futuros miembros de los GAR, una unidad que se distinguía del resto del Cuerpo de la Benemérita por su boina verde y un uniforme adecuado a las operaciones especiales a las que estaban destinados. El CAE se trasladó a Guadarrama en 1989, y en 1998 a Logroño, donde se encuentra actualmente.

La actuación de esta unidad tuvo efectos inmediatos. Enseguida se recuperó el control del medio rural, gracias a los servicios de reconocimiento de la zona que hacían los agentes, y se dificultaron los movimientos de los terroristas por medio de los numerosos controles de carretera y coberturas de fronteras que se llevaban a cabo.

Los mandos de la Guardia Civil definen los GAR como una unidad «especialmente apta para actuar en momentos y situaciones difíciles; por ello, sus componentes deben superar el curso de Adiestramientos Especiales (ADE) que se caracteriza por su gran dureza y rigor». Todos los agentes que ingresan en los GAR son

voluntarios. Las misiones que tienen encomendadas, todas de gran riesgo, «reflejan por sí mismas las cualidades que se han de dar en su personal: aptitud, actitud, valor, lealtad, fuerza, sacrificio y compañerismo».

En el Centro de Adiestramientos Especiales, los alumnos son sometidos a pruebas de estrés físico y mental, y aprenden todo lo necesario para conocer a fondo montes, caminos y caseríos, así como todos los accesos fronterizos. Se trata de una fuerza adiestrada para entrar en los domicilios y efectuar detenciones de comandos terroristas, para proteger tanto a una personalidad como a un convoy de vehículos que transporte explosivos. Durante los cinco meses que duraba entonces el curso, los alumnos pasaban pruebas basadas en las situaciones reales que posteriormente vivirían durante su trabajo en el País Vasco, donde los miembros de los GAR peinaban los montes cuando había alguien secuestrado y visitaban los caseríos preguntando a los vecinos. En los primeros tiempos, recorrieron muchos kilómetros de vías férreas. Era habitual que ETA avisara de que había colocado un artefacto explosivo en una vía de tren, pero no decía el kilómetro. Algunos de los hombres de los GAR se situaban en una plataforma colocada delante de una máquina de ferrocarril, mientras los demás recorrían a pie kilómetros y kilómetros a lo largo de la vía.

Uno de los trabajos más duros que llevaban a cabo los hombres de esta unidad de la Guardia Civil era el control de la *muga* (el paso fronterizo). Cuando el Servicio de Información de la provincia tenía noticia de que era probable que un comando pasase la frontera, los guardias de los GAR se apostaban en un lugar determinado al atardecer, y allí permanecían toda la noche. Un hombre o una pareja cada doscientos o trescientos metros.

En sus comienzos, los vehículos utilizados por los GAR eran Talbot 150, un coche poco apropiado para el trabajo que debían realizar. Pronto se sustituyeron por Land Rover Santana 2000, cuya plataforma trasera, con asientos dispuestos lateralmente y de espaldas, permitía observar el terreno en todas las direcciones. Los coches se cubrían tan solo con un toldo, por lo que los agentes pasaban frío y se mojaban cuando llovía. «Era lo que había», recuerdan cuando se refieren a aquellos vehículos, a los que llamaban «jardineras». Cada sección disponía, además, de tres

motocicletas y un blindado ligero de ruedas Pegaso 3545 al que llamaban la «tanqueta».

Los Land Rover dejaron paso a los Nissan Patrol A4-28, que, además de resguardar a los agentes de la lluvia, llevaban el parabrisas y las puertas delanteras blindados. Pero enseguida se demostró que eso era como pretender cruzar el mar en un barco de papel. El atentado perpetrado en el alto de Meagas, el 28 de junio de 1986 —del que hablo en el capítulo 3—, puso en evidencia lo que los agentes de los GAR ya sabían: con aquellos vehículos estaban vendidos.

En aquel atentado murió un agente de esta unidad. Hasta aquel momento, ETA no se había atrevido con este grupo de élite y solo dos miembros de la unidad habían caído. «Vimos que ya éramos como los demás —dice un agente—. Esa aura de invulnerabilidad, ese sentimiento en el subconsciente de que con el GAR no pueden, no atentan, se desmoronó. Se diluyó». Y la banda terrorista comprobó que esta unidad de élite también era vulnerable.

Los vehículos fueron sustituidos por los Nissan Patrol, más cortos y de techo alto, que llevaban blindaje incluso en el habitáculo de los ocupantes. El parque móvil de los GAR se ha ido modernizando con el paso de los años, así como el armamento, el sistema de transmisiones, etc. Los Grupos Antiterroristas Rurales ahora se llaman Grupo de Acción Rápida: sus siglas no han variado, siguen siendo GAR.

Los hombres del Servicio de Información de la Guardia Civil (SIGC)

El Servicio de Información de la Guardia Civil (SIGC) se creó el 1 de abril de 1941 y, desde entonces, lógicamente, ha experimentado variaciones en su estructura, en su organización, en su dependencia y en la denominación de sus grupos. Muchos de estos cambios se fueron realizando para afrontar la lucha antiterrorista. En concreto, durante los años en los que transcurre este libro (desde 1987 hasta 1990), se emitieron dos órdenes (en 1987 y en 1989) relativas al SICG y su organización.

En los años setenta se creó en el Ejército un grupo operativo de información, y la Guardia Civil hizo lo propio. Se trataba de que

algunos hombres del SIGC dieran respuesta a ciertos casos con técnicas y material especiales. Así nació el Grupo Operativo del Servicio Secreto de Información (GOSSI), que posteriormente se integró en la Unidad de Servicios Especiales y pasó a llamarse Grupo Operativo del Servicio de Información (GOSI). Después cambió su nombre por el de Grupo de Apoyo Operativo (GAO), que se denominó después Grupo 5. En la actualidad, esta unidad vuelve a llamarse GAO. Para evitar confusiones, en este libro aparecerá siempre como Grupo 5, a pesar de que en algún momento de los que se rememoran pudiera tener otra denominación.

Como ya hemos visto, en los años ochenta y comienzos de los noventa, el SIGC contaba con una serie de grupos especializados y un grupo operativo que entonces se llamaba Grupo 5. Este no realizaba investigaciones, no efectuaba análisis ni hacía comprobación de datos. Su trabajo era vigilar y controlar personas o lugares ya identificados. Era un grupo de apoyo que actuaba en toda España, pues no solo trabajaba en terrorismo. Sin embargo, en aquellos años ETA y el País Vasco absorbían completamente al grupo.

Los demás grupos sí realizaban tareas de investigación y buscaban información sobre una determinada matrícula o sobre dónde vivía una persona. El Grupo 1 trabajaba para el País Vasco; el 2 actuaba contra otras bandas terroristas diferentes a ETA; el 3 se encargaba de la investigación interna, y el 4 actuaba en Navarra. Estos grupos prestaban ayuda al Servicio de Información de la provincia que lo necesitara.

Los diferentes Servicios de Información de las Comandancias del País Vasco desempeñaron en aquellos años una labor impagable. Aún hoy, son ellos los que inician las investigaciones que consideran pertinentes y actúan en todos los ámbitos, aunque podemos afirmar que los del País Vasco únicamente se dedican al terrorismo. Cuando necesitan ayuda, la solicitan; si lo que precisan es apoyo operativo, es el Grupo 5 quien ha de acudir, puesto que es el que más medios técnicos y humanos tiene. Incluso en los años ochenta, cuando no había ordenadores y tan solo cuarenta hombres componían el grupo, era el que contaba con más medios humanos y técnicos.

Como es obvio, con el paso de los años han variado la

organización y las denominaciones de estos grupos de élite, así como las técnicas de trabajo. Lo que no ha cambiado es el perfil de estos agentes, sus objetivos.

Trabajar sin tricornio

Antes de colgar el uniforme verde para vestir de paisano durante su jornada laboral, los guardias que querían pertenecer a estos Grupos de Información tenían que realizar el Curso de Adaptación a las Tácticas y Técnicas Operativas de la Unidad de Servicios Especiales, que duraba cinco meses, para aprender las técnicas de información y demostrar la capacidad y valía para desempeñar ese trabajo. Posteriormente, debían superar un periodo de prueba de seis meses y, para estar titulado, era preciso realizar el Curso de Especialista en Información, de unas seis semanas de duración.

Como hemos dicho, los agentes que trabajaban en el Grupo 5 dedicaban casi el cien por cien de sus esfuerzos a la lucha antiterrorista, por lo que habitualmente trabajaban en el País Vasco. Su sede estaba en Madrid, fuera de las dependencias oficiales, en un chalé adosado de la zona norte de Madrid, pero «subían» al País Vasco cada pocos días. En general, el trabajo estaba organizado para que un equipo de los cuatro que componían el grupo estuviera allí una semana, al cabo de la cual era relevado por otro. El volumen de trabajo era tal que casi nunca se podía abordar con un solo equipo, por lo que lo normal es que «subieran» dos. Si las cosas iban bien, estos eran relevados al cabo de una semana y, siete días después, volvían al País Vasco para, a su vez, relevar a sus compañeros.

Cada equipo estaba formado por un jefe y ocho o diez agentes. Uno de ellos se responsabilizaba de que los vehículos estuvieran a punto; otro, de que no faltaran los utensilios para el cambio de apariencia; otro, de que los equipos de transmisiones estuviesen en perfecto estado, y otro, de tener listo y transportar el equipo fotográfico y de revelado. Además, había tres cerrajeros y tres técnicos en electrónica para los cuatro equipos.

Normalmente, estos agentes especiales comenzaban su labor a partir de una averiguación hecha por el Servicio de Información de una Comandancia, como, por ejemplo, la de San Sebastián. Este

había encontrado indicios más que suficientes que señalaban que una persona era sospechosa de colaborar con ETA, o bien había descubierto que en determinado domicilio se hallaba un comando. A partir de ahí, los agentes del Grupo 5 comenzaban a trabajar.

Lo primero era estudiar la zona en la que iban a trabajar. En esos años no existían ni GPS ni internet, por lo que tan solo disponían de un plano y de su capacidad de observación. Se dirigían a la zona y la recorrían para tener claras las posibles rutas de evasión —de salida— que podía tener el individuo al que vigilaban, o ellos mismos si sospechaban que habían sido detectados. Controlaban también los «elementos sensibles», es decir, lugares de confluencia de público a determinadas horas —bares, colegios, etc. — o espacios en los que puede que haya una mayor vigilancia, como comisarías de Policía, bancos, etc. Era preciso hacer este análisis de la zona a diferentes horas del día, para comprobar la actividad y el tipo de público que frecuentaba los alrededores. Y, por último, hacían un estudio del edificio vigilado, averiguando el número de vecinos que vivía en él, estudiando el acceso al portal y obteniendo un plano de la vivienda. Los compañeros de la Unidad Especial de Intervención (UEI) lo grababan en su memoria por si llegaba el momento de actuar y entrar en la casa en la que se ocultaban los etarras.

Una vez conseguida toda la información, la plasmaban sobre un croquis que hacían a mano. Posteriormente realizaban una reunión para planificar el trabajo. Lo más habitual era que tuvieran que vigilar una casa y hacer el seguimiento de quienes salían y entraban de ella. Colocaban un dispositivo de varios coches en las diferentes calles de los alrededores del lugar vigilado, mientras que otro vehículo, o un agente a pie, se situaba más cerca del objetivo.

Los agentes estaban adiestrados para hacer seguimientos en coche y a pie. En ambos casos la estrategia consiste en irse relevando y comunicándose a través de las transmisiones. Numerados como uno, dos, tres, etc., u ordenados por letras, A, B, C, etc., el primer agente seguía al objetivo mientras el siguiente caminaba por la otra acera. Un tercer guardia civil iba bastantes metros más atrás. Actuaban de manera similar cuando el seguimiento se realizaba en coche. En cada vehículo normalmente iban dos personas, pues en ocasiones uno de los guardias civiles

debía descender del coche y seguir la vigilancia a pie.

Al finalizar la jornada de trabajo llegaba el momento de elaborar el informe. Había que revelar las fotografías que los agentes habían sacado de la zona o de los objetivos vigilados y se adjuntaban al informe, que se redactaba en una máquina de escribir. Las copias las obtenían colocando papel de calco en la máquina. Y, por supuesto, los errores al escribir se borraban con *tippex*…

¿Cómo podían los agentes sacar fotografías y grabar vídeos sin levantar sospechas? La tarea no era sencilla, pero disponían de medios «encubiertos» que les permitían fotografiar a los etarras sin que estos se dieran cuenta. Un típico radiocasete de los años ochenta, que muchos jóvenes llevaban en la mano, ocultaba una cámara fotográfica o de vídeo; el agente apretaba el *play* y la foto se sacaba. Además, camuflaban cámaras pequeñas en las mochilas o en las riñoneras.

Contaban con un «kit de camuflaje» o de cambio de apariencia —gafas, bigotes, pelucas, etc.—, y cada coche disponía de un par de matrículas de recambio y de ciertos accesorios extra para variar su aspecto cuando fuera necesario.

LA SOCIEDAD

Los agentes confiaban plenamente en su preparación y en la de sus compañeros. Tenían que «camuflarse» y pasar desapercibidos en unas calles muy hostiles y completamente tomadas por los *abertzales*. En aquellos años, los terroristas eran héroes para una gran parte de la sociedad vasca. Se les rendía homenaje cuando morían y exigían su puesta en libertad si estaban presos. Nadie alzaba una voz en contra. Muchos, porque compartían esa ideología y apoyaban las acciones banda, pero otros porque solo el silencio les podía salvar la vida.

La sociedad vasca ha jugado un papel muy importante en la historia de ETA y en la de la lucha contraterrorista. No solo ha servido de caldo de cultivo en el que «educar» a los futuros terroristas, sino que ha dado cobijo a los asesinos y los ha arropado con los titulares de sus periódicos, los mítines de los políticos nacionalistas y las homilías de ciertos sacerdotes y obispos. Durante

los primeros años de su historia, a comienzos de los sesenta, se palpaba cierto sentimiento de aceptación de la banda terrorista por parte de los españoles y, sobre todo, de los vascos. Muchos ciudadanos veían en ETA la única forma de enfrentarse al régimen franquista. No eran capaces de ver más allá.

El silencio y la culpa

Las víctimas de los atentados terroristas y sus familias se vieron obligadas a mantener un espeso silencio que en el fondo ocultaba un miedo atroz. En la década de los setenta ya quedó absolutamente claro que el objetivo de ETA era matar indiscriminadamente. Como ya dijimos, durante los años del plomo, los ochenta, los muertos anónimos asesinados por los etarras llenaban los titulares de los periódicos: taxistas, comerciantes, propietarios de bares, guardias civiles o soldados que conducían los coches de los generales… La población en general tenía miedo de ir a un centro comercial o de estar en la sala de espera de una estación de ferrocarril. Se prohibieron las consignas en las estaciones para impedir que los terroristas ocultasen bombas. Sin embargo, ese miedo no se volvió contra ETA. Algo extraño sucedió en la sociedad española en general.

Que en el País Vasco el temor se expresara mediante el silencio era más que comprensible, pues había quedado claro que, o bien se estaba con la banda, o bien se estaba contra ella. Muchas vidas, con la firma del hacha y la serpiente, se habían perdido, por lo que la gente optó por callar. Si no se estaba de acuerdo con los terroristas, nadie podía saberlo, pues de lo contrario, la amenaza de muerte se convertía en una realidad.

Pero menos comprensible es lo que sucedía en el resto de España. Aunque los ciudadanos, en sus conversaciones habituales, condenaban los atentados, no dudaban en afirmar que si la víctima era militar, guardia civil o policía, «ya sabía a lo que se arriesgaba», o «a la viuda le queda una pensión que ya la quisiera yo». Esto afectó de forma muy especial a las vidas de los guardias civiles y a las de sus familiares. ¡Estábamos mal vistos! La sociedad no nos quería. No solo no nos apoyaba, sino que no nos quería. Nadie debía saber quién era mi marido. No solo porque la información

sobre el trabajo al que se dedicaba podía llegar a manos de ETA, sino porque, además, la sociedad había conseguido que nos sintiéramos culpables. Sí, culpables.

Sería conveniente repasar las hemerotecas para recordar cómo eran las cosas entonces. Comprobar cómo daban los periodistas las informaciones puede dar una buena idea de cuál era el modo de ver las cosas en la sociedad española de entonces. Cuando ETA asesinaba a algún ciudadano anónimo en cualquier localidad vasca, los informadores añadían a la noticia algunas «explicaciones», como: «Se le acusaba de ser confidente de la Policía» o «La víctima era de derechas»… ¿Quiénes eran las fuentes de los periodistas? Casi siempre personas que formaban parte de círculos *abertzales*. En las informaciones nunca había hueco para las víctimas; jamás un entrecomillado correspondía a un familiar del fallecido.

Recordar ahora cómo afrontamos los españoles aquella estela de crímenes resulta extraño. Y terrible. En realidad, durante la Transición en este país no hubo paz. Y los españoles sobrevivimos a tanta muerte encogidos, ocultos y arrodillados. Era habitual —y, por desgracia, lo sigue siendo— que se hablase de los terroristas como «los violentos». ¿Cómo los periodistas nos permitimos producir semejante desenfoque de la realidad? Violento es un sujeto que se deja llevar fácilmente por la ira. Los terroristas, los que practican el tiro en la nuca, actúan sin ira, con total frialdad y planificación. No son más que fanáticos intolerantes con los que no se puede dialogar, pues descalifican a quienes discrepan de sus ideas, llamándoles «traidores» o «enemigos del pueblo».

Durante los años ochenta, moría una persona cada día y medio. Los diarios abrían sus primeras páginas con informaciones de terrorismo y en varias ocasiones se produjo más de un atentado en una misma jornada. Sin embargo, hubo muertos que ni siquiera se merecieron un titular o que se «despacharon» en las redacciones con un breve. No había sitio para más. Los demás atentados del día habían ocupado el resto del papel.

La vergüenza de las víctimas

Pero no era en las páginas de los periódicos donde desaparecían los cadáveres. Los muertos se escondían en los cuarteles, en las

comisarías. Después de velarlos en silencio, sin dar demasiadas explicaciones sobre el cuándo y el dónde, el ataúd salía por la puerta de atrás camino del cementerio. Seguramente camino de un camposanto de alguna pequeña localidad andaluza o extremeña, sin más cortejo fúnebre que el que formaba su familia: una viuda y unos hijos que lloraban en silencio. Era mejor que no los oyera nadie.

La muerte del ser querido se afrontaba con un sentimiento de vergüenza. Lo mejor era callar y pasar desapercibido. Pero una pregunta se me presentaba a menudo ya entonces: ¿por qué nos escondemos? ¿No deberían ser ellos quienes se oculten?

No es fácil retroceder más de veinte años para intentar describir aquella España en la que «los buenos» vivíamos en la sombra, ocultos, y «los malos» eran considerados héroes. El Estado pretendía quitarle hierro a una realidad abrumadora. Si no se oían los llantos ni se veían los entierros, la muerte sería menos muerte y se evitarían tentaciones de dar al traste con aquella transición.

En algún momento, algo interior te incita a hablar. A gritar, incluso. Y comprendes que es hora de explicar cuánto sufrimiento se ha vivido en este país en los últimos cuarenta años. Cuántas vidas y cuántas lágrimas ha provocado la banda terrorista ETA. Nunca es demasiado tarde para que las víctimas recobren su dignidad. Tampoco para que quienes vivimos callados y sufrimos nuestro miedo en silencio levantemos la voz.

El espíritu de Ermua

El 10 de julio de 1997 fue uno de los días más aciagos de la historia reciente de España. Hacía nueve días que los miembros de los GAR de la Guardia Civil habían liberado a José Antonio Ortega Lara después de 532 días de secuestro. Aquello fue una gran victoria para la lucha antiterrorista. Pero la alegría se vio truncada aquel 10 de julio cuando una llamada anónima al diario *Egin*, a las cinco y media, informó de que un concejal del Partido Popular de Ermua había sido secuestrado. El precio del rescate era el regreso de todos los presos de ETA a las cárceles del País Vasco en menos de cuarenta y ocho horas. Antes de las cuatro de la tarde del 12 de julio.

El secuestrado era el joven Miguel Ángel Blanco, de veintinueve años, concejal en su pueblo desde las elecciones municipales de 1995. La situación era esperpéntica. Todo el mundo sabía, incluidos los terroristas, que era imposible el traslado de los presos en tan pocas horas. El final estaba anunciado y los vecinos de Ermua, con su alcalde al frente, salieron a la calle y ocuparon el pueblo exigiendo la libertad de Miguel Ángel. El ejemplo fue seguido por miles de ciudadanos españoles, que hicieron lo mismo en sus localidades. De repente, España estalló en una sola voz. Parecía que el miedo había sido vencido por la rabia y el dolor. El «¡Basta ya!» resonó en todas las calles.

El Gobierno no cedió al chantaje y las manifestaciones no dieron resultado alguno. El cuerpo de Miguel Ángel fue hallado, cuarenta y ocho horas después de su secuestro, en la localidad de Lasarte, con dos tiros en la cabeza. Aún estaba vivo cuando lo encontraron, pero la esperanza se apagó antes de llegar al hospital.

No obstante, hubo un antes y un después de la muerte de Miguel Ángel Blanco. El mismo día del asesinato, más de medio millón de personas se manifestó en Bilbao para pedir su liberación. Medio millón de valientes que dieron la cara sabiendo que los podían reconocer y, antes o después, vengarse. El día 14 de julio, dos días después del asesinato, un millón y medio de personas salió a la calle en Madrid, y un millón más en Barcelona. En Sevilla, quinientos mil manifestantes, trescientos mil en Zaragoza… Algo había cambiado. El espíritu de Ermua dio un giro brutal a una sociedad —la nuestra — que había permanecido demasiado tiempo agazapada mientras veía pasar por delante los furgones fúnebres.

1

UN AGENTE DEL SIGC

Una persona que trabaja en un Servicio de Información no es diferente de las demás. Hollywood y las novelas de espías han contribuido a crear una imagen casi sobrehumana de ellos. Pero no son así. Su vecino de la puerta de al lado o la mujer con la que coincide cada día en el quiosco de periódicos pueden ser agentes de Información.

Precisamente esa es una de sus características: no diferenciarse de los demás; ser una persona «gris»; no destacar ni para bien ni para mal en ningún sentido. La discreción es una condición *sine qua non* en esta profesión. Por eso nadie conoce exactamente en qué consiste su trabajo. Pero hace veinte o treinta años existían otros motivos añadidos para ocultarse: había que proteger la vida propia y la de sus familiares evitando situarse en el objetivo de ETA. Era preciso no ser en ningún caso blanco de comentarios o de críticas, pues recordemos que de todo había en aquella época.

Mi marido nunca me pidió que ocultara mi identidad, pero él vivía en silencio y, supongo que de manera inconsciente, sin pedir ni dar más explicaciones, yo supe que debía hacer lo mismo. Pronto comprendí que en España un guardia civil era casi un sentenciado a muerte, por lo que lo más aconsejable era ocultar su identidad. Desgraciadamente, también descubrí que para el resto de los ciudadanos, un guardia civil o un policía nacional eran una clase especial de «apestados».

No fue necesario hablar del asunto; se trataba de algo tan primitivo y tan humano como la ley de la supervivencia. De la forma más natural imaginable, vivir en la «clandestinidad» se

convirtió en mi *modus vivendi.* Nunca confesé que temía por la vida de mi marido. Nuestros más allegados, la familia y los amigos íntimos, sí se mostraban atemorizados ante la posibilidad de un atentado. ¡Pasaba tanto tiempo en el País Vasco! Lo que no imaginaban era que corría otros peligros mayores que el de encontrarse junto al lugar en el que estallaba una bomba. Ignoraban que, día a día, su trabajo consistía en pegarse como una lapa a una pandilla de asesinos y que, si algo fallaba y los pistoleros se percataban de su presencia, su vida no valdría nada.

Nunca mencionaba el miedo que sentía; procuraba no hablar del tema. En realidad, quizá no tenía miedo o no era consciente de tenerlo. Los gestos, situaciones y sentimientos más extraños, cuando se convierten en habituales, terminan siendo con el tiempo tu vida normal. No sentía el miedo porque formaba parte de mi día a día.

Cada noche esperaba impaciente su llamada. Hace más de veinte años no teníamos teléfonos móviles ni correo electrónico. Mi marido solía llamarme por la noche, bien cuando había terminado su jornada de trabajo, bien cuando hacía un descanso para tomar un bocadillo. Buscaba una cabina telefónica y, si esta estaba ocupada, esperaba sin dejar de mirar el reloj, pues tenía que regresar a su puesto. En la Comandancia había varios teléfonos públicos, pero eran demasiados los agentes que se encontraban allí, lejos de sus casas, y las hileras de guardias civiles esperando su turno para hacer una llamada constituían una escena más que habitual.

UNA RELACIÓN DE AMOR-ODIO

El teléfono era mi gran aliado. Gracias a él podía escuchar la voz de mi esposo y asegurarme de que se encontraba bien. Y después, esperar hasta la siguiente noche. Para ser honestos, debo reconocer que mi relación con el teléfono era más una relación de amor-odio. Esperaba impaciente a que sonara y, al mismo tiempo, lo temía. Cada llamada podía ser suya o de algún oficial encargado de darme la peor de las noticias. Mis noches consistían en esperar a que sonara el teléfono. Cuando por fin lo hacía, siempre me sobresaltaba. Era incapaz de dormir si no escuchaba antes la voz de mi marido.

Afortunadamente, la peor de las noticias nunca llegó, aunque sí recibí alguna trágica novedad. Sucedió un sábado, el 28 de junio de 1986. El que entonces era aún mi novio me llamó a mediodía, lo que ya me produjo cierta extrañeza. Al momento me preguntó si tenía encendida la televisión, si estaba viendo las noticias.

—No, ¿qué pasa? ¿Qué te ha sucedido? —pregunté alarmada.

—Tranquila. Yo estoy bien. Han atentado contra los GAR de San Sebastián. Una bomba. El coche de Muriel ha saltado por los aires. Hay varios heridos y él ha muerto.

—¡Dios mío! No puede ser… No quiero que sigas allí. Haz la maleta ahora mismo. Ven. Ven conmigo. No quiero que estés allí. Ven. Busca aquí un trabajo. De cualquier cosa… Abandona eso. Deja la Guardia Civil. Por favor, hazlo por mí…

Noté que comenzaba a ahogarme. No conseguía hablar. Movía los labios sin conseguir articular un sonido. Me mareaba. El mundo se acababa de hundir. Me casaba quince días después y, de repente, la cruda realidad se abría paso ante mí. Era verdad. La gente moría. Un amigo acababa de ser asesinado. Un chico que, como yo, estaba ultimando sus preparativos de boda. Su novia le esperaba en su localidad natal para contraer matrimonio aquel mismo verano. Desgraciadamente, aquella boda nunca se llegó a celebrar.

Aquello supuso una especie de despertar a la realidad. De pronto me di cuenta de que la muerte también le podía sobrevenir a alguien que yo conociera, a alguien cercano. Desde entonces, una especie de tiovivo emocional ha venido marcando mi vida: las subidas de la alegría y la tranquilidad, y las bajadas de la angustia se sucedían incesantemente. Así se vive. O se sobrevive.

Mientras tanto, acudía al trabajo, convivía con mis compañeros, hacía planes con los amigos pensando —y deseando— que, quizá, esa vez mi marido podría salir con todos a cenar. Tantas veces tuve que cancelar la cita porque él aún no había llegado a Madrid, o asistir sola a una boda porque él estaba fuera y la vida tenía que continuar…

Recuerdo noviembre de 1987 como una lenta agonía. La primera semana de ausencia transcurrió como las demás, llena de altibajos, a veces lágrimas por la angustia y la impotencia, a veces momentos de calma. Lloraba cuando me sentía sola y cuando las palabras y los gestos de ánimo de las personas más cercanas no bastaban para

consolarme. También —¡cómo no!— cuando ETA cometía un asesinato y pensaba en el hombre que acababa de perder la vida, en su esposa, en sus hijos. A veces me preguntaba si mi esposo volvería y, sin darme cuenta, visualizaba imágenes en mi mente, de una nitidez aterradora, de un entierro en el que yo era el centro de todas las miradas. Durante aquel terrible mes de noviembre, noche tras noche mi marido me daba la misma noticia:

—No, no regreso mañana.

—Pero ¿por qué? ¿Cuándo vienes?

—Aún no hemos acabado. Iré dentro de un par de días.

Intentaba creerle y me convencía de que la espera solo se prolongaría cuarenta y ocho horas más. Dos días después me encontraba con la misma frase. Y así jornada tras jornada. Cuando habían transcurrido más de dos semanas, creí que no podría soportarlo más.

—¿Qué ocurre? No puedo entender que te digan que vas para una semana y que aún sigas ahí. Y, aun peor, que no sepas cuándo vas a regresar. Dime qué pasa, por favor. No puedo más…

No lograba comprenderlo y la situación me parecía totalmente injusta. «¿No se dan cuenta de que necesitan descansar?; ¿acaso no se dan cuenta de que tienen familia y de que estamos sufriendo?», me preguntaba una y otra vez. Fue entonces cuando le dije por primera vez:

—Tú has hecho muchos cursos y estoy segura de que te han preparado para esto, pero yo no he estudiado para ser mujer de guardia civil. A mí no me han preparado para estar casada con un agente de la lucha antiterrorista.

Finalmente, una noche me dio la buena noticia: «Voy mañana», dijo. Acababa de hacerse pública la detención de *Kubati,* por lo que de alguna manera intuí que aquella operación era lo que le había mantenido tres semanas seguidas en Guipúzcoa.

RECIBIR EN SOLEDAD LA NOTICIA MÁS IMPORTANTE

No sabría decir qué era más difícil, si soportar la incertidumbre y el temor a que le sucediera algo a mi marido, o mi enorme soledad. En los días señalados era cuando más evidente se hacía que

mi vida, nuestra vida, no era del todo normal. Uno de los momentos más importantes, que aún recuerdo con absoluta nitidez, fue cuando supe que estaba embarazada. Mi marido había salido hacia San Sebastián esa misma mañana, y yo, antes de entrar a trabajar, fui a la farmacia para hacerme la prueba de embarazo. Una vez en la redacción, tuve que esperar una hora hasta conocer el resultado, sesenta minutos que me parecieron eternos.

—Pues sí, señora, está usted embarazada. Desde hoy tiene una preocupación nueva para toda su vida.

Recuerdo la frase del farmacéutico como si la hubiera pronunciado ayer. Y tenía razón: un hijo proporciona la mayor felicidad del mundo, pero también una preocupación constante: ¿irá todo bien en el embarazo?; ¿por qué llora?; ¿por qué no come?; ¿este colegio será el adecuado?; ¿quiénes son sus nuevos amigos?; parece que está triste… Efectivamente, era una enorme responsabilidad. Pero la alegría era tan inmensa que me sentía incapaz de contenerme. Mi marido no estaba a mi lado; iba a ser padre, pero se encontraba a cientos de kilómetros de distancia.

Él sabía que esa mañana iría a la farmacia y calculó más o menos el momento en el que ya podría tener los resultados. Pidió a sus compañeros que parasen para tomar un café y me llamó desde una estación se servicio de la carretera nacional N-I. Allí recibió la noticia. No pude abrazarle, ni besarle, ni ver su expresión al saber que iba a tener un hijo.

Tras conocer la noticia, el miedo se convirtió en una presencia constante en mi vida. Me aterraba la idea de perder al padre de mi hijo, a quien la muerte podía esperar a la vuelta de cualquier esquina. Sin embargo, él no tenía ningún miedo. Aquellos agentes estaban increíblemente bien preparados y, aunque conocían sus límites, se sentían seguros de sus habilidades. Ni mucho menos les invadían los mismos temores que a mí y jamás pensaban en que los podían asesinar. Por el contrario, el convencimiento de que solo con su trabajo y con el de los demás compañeros de las Fuerzas de Seguridad del Estado se podía acabar con la mafia asesina era absoluto y les permitía afrontar su tarea con total decisión y seguridad.

Yo tomaba las precauciones que mi marido me había aconsejado. Al salir del portal buscaba la presencia de alguien o

algo que me resultara extraño o sospechoso, cualquier cosa que me llamara la atención o que estuviera fuera de lugar. Antes de subir al coche, miraba los bajos buscando cualquier objeto que no debería estar allí. Cuando nació nuestro hijo, ese ritual se convirtió en norma. Lo cierto es que permanecía siempre en guardia. Miraba a mi niño y me preguntaba por qué corría el riesgo de morir a mi lado en el coche o de perder a su padre mientras trabajaba. El estado de alerta era una constante en mi rutina diaria. Si iba con mi bebé en el coche, recuerdo que antes de girar la llave de contacto pensaba: «Señor, no permitas que suceda ahora; por favor, que no pase nada, voy con el niño»…

CUANDO SUCEDE LO PEOR …

Hubo una ocasión en la que, como tantas otras, mi marido había salido de viaje por la mañana y me acosté pasada la medianoche sin que me hubiera llamado. Aquello siempre me extrañaba. Mi niño estaba dormido y yo decidí hacer lo mismo. Como siempre, cogí mi pequeño transistor, mi compañero nocturno. La radio me entretenía hasta que me vencía el sueño y, si había sucedido lo peor, las noticias me lo harían saber. Acababa de comenzar el programa de información general que solía escuchar cada noche. A los pocos minutos, el locutor dio paso al corresponsal en San Sebastián: se había producido un atentado. Todos mis músculos se tensaron y agudicé el oído. Aquella voz fue llevándome, palabra tras palabra, hasta la desesperación. Cada detalle que iba conociendo de lo sucedido me iba dejando más claro que se trataba de él.

«Dos encapuchados han entrado en un bar de la capital guipuzcoana y han disparado a dos guardias civiles de paisano que se encontraban cenando en una de las mesas del local. Varios tiros en la cabeza acabaron con la vida de ambos. Los agentes habían llegado a San Sebastián esta misma mañana para llevar a cabo una operación cuyos datos no nos han sido facilitados. Se desconoce, por el momento, la identidad de los fallecidos. El juez aún no ha llegado al lugar del atentado para proceder…».

El informador continuó su crónica, pero yo fui incapaz de escuchar más. No se me ocurrió pensar que, además de mi marido y

sus compañeros, otros guardias civiles hubieran viajado aquel día a San Sebastián. Estaba convencida de que se trataba de dos de los componentes del grupo de mi esposo. Y por si fuera poco, ¡aquella noche él no me había llamado!

No sabía qué hacer. Quería tranquilizarme, pero no podía. Me levanté y miré a mi bebé, que, ajeno a todo, continuaba durmiendo. Nerviosa, salí del dormitorio. Me dirigí a la cocina sin saber por qué. Bebí un vaso agua. Me preguntaba si debía llamar a la Dirección General de la Guardia Civil o si lo mejor era esperar a tener noticias. Regresé al dormitorio y me senté en la cama. Volví a ponerme en pie. «¿Qué hago?», me preguntaba sin cesar.

De pronto, escuché el sonido del teléfono. Por un instante dudé si cogerlo o no. ¿Y si me llamaban para darme la noticia?… El pánico se apoderó de mí. Pero sabía que tenía que afrontar aquel momento, aquella situación que, en silencio, tantas veces había imaginado. Me armé de valor. El enorme nudo que tenía en la garganta apenas me permitió articular palabra. Descolgué el auricular.

—¿Sí? —dije con una voz casi imperceptible.

—Hola, nena. No te he podido llamar antes porque…

No le dejé continuar.

—¿Estás bien? ¿A ti no te ha pasado nada? ¿Quién ha muerto?…

—Pero, cariño, ¿qué dices? Solo se me ha hecho tarde porque veníamos para un trabajo, pero ha surgido otro más urgente. Pero no ha pasado nada.

—He oído en la radio que han matado a dos guardias civiles del Servicio de Información que habían llegado hoy desde Madrid a San Sebastián. Llevo diez minutos sin saber qué hacer. Pensé que eras tú. Mi vida, creí que habías muerto…

No pude reprimirme y me eché a llorar. Lo que sentí durante aquellos terribles minutos es algo totalmente indescriptible. Me había sentido muerta. Mi vida había terminado junto con la de mi marido…

Aquel susto lo provocó la rapidez con la que los colegas del País Vasco quisieron dar la información. En un primer momento después de un atentado todo es confuso y muchos de los detalles que se ofrecen son erróneos. No recuerdo bien qué fue lo que sucedió exactamente, pero el atentado no se produjo contra una pareja de

guardias civiles sino de policías nacionales.

EL ENTIERRO

Cuando colgué el teléfono, noté que mis piernas no me sostenían. Todo mi cuerpo temblaba como una hoja al antojo de un vendaval. Mis manos se movían como si tuvieran voluntad propia y algo en mi garganta me impedía tragar saliva. Respiré hondo, profundamente, varias veces. «No ha pasado nada. Él está bien», pensé.

Aquella noche, antes de conciliar el sueño, volví a asistir a una especie de película mental que ya conocía a la perfección. Veía un entierro y yo estaba allí, llorando, consolada por mi familia. Un alto cargo se acercaba y yo le gritaba que se marchara de allí, que nadie le había pedido que fuese al entierro, que debería haberse interesado antes por mi marido, que ahora él ya no necesitaba nada de sus superiores… ¿Por qué no se lo tomaban en serio y acababan con aquella barbarie de una vez por todas? ¿Cuántas muertes más eran necesarias?

Eran tiempos en los que a los muertos no se les honraba como merecían. Los funerales acababan rápido y apenas ocupaban espacio en los informativos. Ni siquiera las primeras autoridades del país asistían a los funerales. Cuando el entonces ministro del Interior José Barrionuevo empezó a acompañar en su último adiós a todos los hombres que caían en acto de servicio, los guardias civiles y los policías nacionales se sintieron reconfortados. Por fin el Estado parecía situarlos en el lugar que les correspondía.

Debo reconocer que yo, sin embargo, acusaba de oportunistas a las autoridades y pensaba que estaban allí solo para ser vistos. Lo cierto es que no quería a ninguno a mi alrededor si me llegaba el momento.

EL ADIÓS AL COMPAÑERO

Fueron años de dolor, muerte y desamparo. Las autoridades no mostraban abiertamente su apoyo a los miembros de las Fuerzas de

Seguridad del Estado cuando estos perdían a un compañero, y no prestaban suficiente atención a los medios con los que aquellos hombres afrontaban diariamente la dura tarea de enfrentarse a una organización creada para matar y que contaba con una importante infraestructura y con medios humanos, materiales y económicos que, en la mayoría de los casos, estaban muy por encima de los que el Estado destinaba a luchar contra ella.

Eran pocos los recursos, pero mucha la convicción. Los agentes hacían este trabajo porque lo habían elegido; habían realizado unos estudios específicos y superado las pruebas necesarias. Por eso estaban allí, porque estaban capacitados. A los escasos recursos con los que contaban añadían ellos su fortaleza, su ánimo, su convicción y muchísimas horas de trabajo. «Mucha calle», dicen ellos. La falta de medios se superaba con la entrega absoluta: jamás sabían cuántas horas duraría la jornada de trabajo ni cuándo podrían hacer un descanso para tomarse un café y un bocadillo.

A mí me sorprendía la poca importancia que mi marido le daba a lo que hacía, como si no fuera consciente de la transcendencia de su trabajo ni del peligro que entrañaba. No cabía la menor duda de que tenía una fortaleza mental fuera de lo común.

Recuerdo uno de los atentados en los que las víctimas fueron amigos y personas cercanas a él. Fue el 14 julio de 1987. Abrieron el informativo con la noticia de un atentado. Un artefacto accionado con mando a distancia había hecho explosión al paso de cuatro coches de la Guardia Civil en las cercanías de Oñate (Guipúzcoa). Los vehículos acababan de salir de su acuartelamiento en la localidad guipuzcoana y se dirigían a Legazpia por una carretera vecinal. Faltaban unos minutos para las once de la mañana cuando el convoy de los GAR, al pasar un pequeño puente, tuvo que aminorar la marcha. Fue entonces cuando se produjo la explosión del artefacto, que estaba colocado dentro de una olla en el lado derecho de la carretera. Estaba compuesto por veinte kilos de explosivos y diez de tornillería. El vehículo que encabezaba el convoy fue alcanzado por la onda expansiva y salió despedido a quince metros de distancia. Dos de los agentes que lo ocupaban fallecieron: el cabo primero Antonio López Colmenero y el guardia Pedro Calderas Barrera. Otros dos guardias se encontraban gravemente heridos: Antonio Grande Lozano y Andrés Castillejos

Martín.

Escuché atentamente los nombres. No conocía los apellidos de muchos de los amigos, pero supe inmediatamente que uno de los heridos era Toño. Comencé a temblar. Quise sobreponerme. Al fin y al cabo, no había muerto. «Se pondrá bien», pensé. Permanecí toda la mañana pendiente de la radio y de la televisión. Por fin llegó mi marido. Pensé que me hablaría del atentado, pero no dijo nada. Finalmente, le pregunté:

—¿Te has enterado de que ha habido un atentado en Vitoria?

—Sí, ya lo sé.

—Es Toño, ¿verdad?

—Sí, pero solo está herido. Han muerto otros dos compañeros.

—¿Los conocías?

—Claro, a todos. Eran compañeros míos en Vitoria.

Lo dijo sin inmutarse. Puedo asegurar que aquella entereza me desestabilizó; no comprendía cómo era capaz de abordar el tema con semejante tranquilidad. No pude evitar volver a sacar el tema unas horas después. Me inquietaba que no le importara lo sucedido. Lógicamente, me respondió que, por supuesto, estaba muy afectado.

—Pues no sé cómo puedes estar tan entero. Yo he llorado como una loca durante toda la mañana. Y, eso que, a fin de cuentas, solo conozco a Toño. No puedo entender cómo no te derrumbas. Parece que no tienes sentimientos.

—No puedo derrumbarme cada vez que cae un compañero. Ya he enterrado a muchos. Claro que me duele. Pero con mostrar rabia o dolor no voy a solucionar nada. Son los políticos, los dirigentes, quienes tienen que tomarse esto en serio de una vez por todas. Tienen que tener verdadera voluntad de acabar con la banda y poner todos los medios necesarios y las medidas legales oportunas.

Un mes después, durante nuestras vacaciones, fuimos a ver a Toño. Ya estaba recuperado. Aunque su cara aún mostraba algún pequeño arañazo, nadie habría dicho que, tan solo cuatro semanas antes, había salvado la vida en un atentado de ETA. Pero luego nos mostró sus heridas; aún le seguían sacando metralla del vientre periódicamente. Dijo que deseaba incorporarse cuanto antes a su trabajo, lo que me extrañó y me admiró. Ni siquiera había pensado en pedir un traslado; quería seguir en los GAR.

SOLOS ANTE ETA

No es posible dejar de repetir lo terribles que fueron aquellos años ochenta. La mayor parte de los agentes pensaban que, mientras miles de miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado arriesgaban sus vidas y las de sus familiares para luchar contra ETA, la legislación se mostraba extremadamente blanda con los terroristas. Su experiencia les decía que así no se podía acabar con la banda de asesinos. Países como Italia, Alemania o Gran Bretaña habían demostrado que ese no era el método adecuado. Pero España, que prácticamente acababa de estrenar su democracia, parecía saber de derechos y libertades más que todos los que llevaban cientos de años practicándolos. Pero, aunque esta fuera la opinión más común entre los agentes, sus reflexiones nunca salían del ámbito del hogar, pues pensar así no estaba bien visto.

Sin embargo, esa opinión era de lo más lógica: ETA utilizaba una legislación garantista a su favor. Los etarras sabían muy bien lo que tenían que hacer cuando eran capturados. Los abogados de Herri Batasuna habían elaborado un auténtico «manual del detenido» que les indicaba, entre otras cosas, cómo autolesionarse para después denunciar malos tratos por parte de las Fuerzas de Seguridad del Estado.

Y el Estado, que vivía en una especie de borrachera de democracia en la que los derechos del asesino parecían estar por encima de los de las víctimas, consentía escenas surrealistas, como las representadas en los juicios, donde los agentes de Policía y de la Guardia Civil ocupaban el banquillo de los acusados y se sometían a los interrogatorios de los abogados de ETA. Y no solo a los interrogatorios, sino que, además, debían enfrentarse cara a cara a los mismos individuos que elaboraban las listas de *txakurras* (‘perros’, en euskera, que es como llaman los *abertzales* a los agentes de las Fuerzas de Seguridad) con nombres, apellidos, matrículas de vehículos, etc. Tras el juicio, conocían perfectamente sus rostros.

La lucha antiterrorista parecía hallarse en un callejón sin salida. Mi marido, como el resto de sus compañeros, empleaba todas sus energías en capturar y encerrar a esos carniceros. Pero se sentían solos. Los políticos y gobernantes parecían vivir ajenos a la cruda realidad. Los medios de que disponían para trabajar eran escasos,

mientras ETA asesinaba un día sí y otro no. El número de hombres dedicados a la lucha antiterrorista era desproporcionadamente pequeño comparado con la envergadura de la agresión terrorista a la que se enfrentaban.

Se libraba a diario una batalla contra un enemigo cada vez más crecido y poderoso. Los agentes tenían claro que la mejor herramienta de trabajo era su propia capacidad y la de sus compañeros, pues de medios técnicos andaban muy escasos. Si algún día, desde el Ministerio del Interior, se decidía aumentar la partida de los presupuestos para la lucha antiterrorista, por supuesto, ellos aplaudirían la medida. Pero, de momento, lo mejor era no esperar demasiado.

La recompensa a su trabajo y a su total dedicación era bastante escasa. La única que yo obtenía, además de su salario —«su mísero salario», pensaba yo— era poder abrazarle de nuevo tras las largas noches de inquietud y de espera. Los miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado han estado siempre muy mal pagados, pero eso es otra de las cosas que no se deben decir, pues son «políticamente incorrectas». Parece ser que los policías y los guardias civiles deben trabajar por vocación, por una cuestión de honor, y que el salario es un añadido sin importancia. ¡Cuánto cinismo!

Soledad e incomprensión fue el pago otorgado por esta sociedad a quienes, aun sin haber recibido un disparo, sin tener cicatrices de metralla o sin haber enterrado a un familiar, también eran víctimas del terrorismo. Cada día arriesgaban sus vidas y las de sus seres queridos, que sufríamos en silencio. Víctimas, al fin y al cabo. Pero sin ser reconocidas. Víctimas anónimas.

2

VERANO DE 1987:
ALGUNOS NOMBRES PROPIOS DE LA BARBARIE

UN ETARRA CON CARRERA

Ignacio Erro Zazu, alias *Pelos*, tenía veintisiete años en el momento de su detención, el 22 de julio de 1987. Había ingresado en ETA en diciembre de 1979, cuando solo era un chaval de diecinueve años. Tal como él mismo declaró a la Guardia Civil, fue Vicente Celaya Gutiérrez, otro histórico etarra, quien le introdujo en la banda, y junto a este y Fermín Ancizar Tellechea formaron un comando de propaganda. Ignacio Erro prosperó rápidamente en la organización terrorista y, a finales de ese mismo mes de diciembre de 1979, el propio Celaya le propuso integrarse en un comando armado junto a él y Fermín Ancizar. Había llegado el momento de pasar a la acción. Se trataba del Comando Iruña-Zarra, cuyo responsable en Francia era el mismísimo Domingo Iturbe Abasolo, alias *Txomin*.

Ya como miembro activo del comando, Erro realizó varios atentados, tras los cuales, y por orden de ETA, marchó a Francia en octubre de 1981. No se sabe por qué lo hizo, pero cuando estuvo al otro lado de la frontera, Ignacio Erro, que era fontanero de profesión, comunicó a la banda su decisión de no continuar en la organización; abandonó el comando y se puso a trabajar. Pero sus buenas intenciones duraron poco y en 1984 regresó al seno de ETA: a través de Santiago Arrospide Sarasola, alias *Santi Potros*, uno de los jefes más sanguinarios que ha tenido la banda, responsable de masacres como la de la plaza de la República Dominicana, en

Madrid, en 1986, o la de Hipercor, en Barcelona, en 1987, Erro entró a formar parte del llamado Comando Donosti en septiembre de 1985.

Además de Erro, integraban el grupo Ángel María Galarraga Mendizábal, alias *Pototo*, y Estanislao Echaburu, alias *Iván*. Los tres permanecieron varios días en un caserío en el país vecino, durante los cuales la banda les dotó de armamento, dinero, información e infraestructura. Cruzaron la frontera, seguramente junto a Lucía Urigoitia, de quien hablaremos al final del capítulo, y fueron recibidos en Irún por María Isabel Zabalecu, que también fue detenida en julio de 1987 por colaboración con banda armada.

Ignacio Erro Zazu fue condenado a varios cientos de años por sus muchos delitos, entre los que figuran el asesinato en 1981 del teniente del Ejército retirado Oswaldo José Rodríguez; el del coronel mutilado Luis de la Parra Urbaneja, asesinado en Irún en junio de 1981; el del policía nacional José Antonio Álvarez Díez, muerto en San Sebastián en marzo de 1986 (como veremos, en ese atentado también murió el etarra *Pototo)*; el de dos marinos que murieron al ser ametrallado su vehículo en el barrio de la Paz de San Sebastián, en noviembre de 1985, y otros muchos atentados, como el lanzamiento de granadas anticarro contra el Gobierno Militar de San Sebastián en julio de 1987.

Ignacio Erro es uno de los presos de ETA que tendrían que haber salido de prisión en 2010 pero que continúan en la cárcel gracias a la «doctrina Parot» (nombre con el que se conoce la sentencia del tribunal supremo de 2006 por la cual la reducción de penas por beneficios penitenciarios se aplica respecto de cada una de ellas individualmente y no sobre el máximo legal de permanencia en prisión, que es de treinta años). No obstante, redimió parte de su condena gracias a sus estudios, pues realizó varias carreras universitarias en la Universidad del País Vasco. La Fiscalía General del Estado llevó a cabo una investigación de su caso, puesto que realizó esos estudios sin tener los requisitos mínimos de acceso a la Universidad. De hecho, en su expediente no figuraban ni su fecha de nacimiento ni la modalidad de acceso a los estudios universitarios (el COU de entonces, o el Acceso a la Universidad para mayores de veinticinco años), y, por si fuera poco, el número del DNI que aparecía era falso. Todo un escándalo, pero solo uno

más entre tantos: durante los más de veinte años que lleva en prisión, Erro se ha caracterizado, como otros muchos etarras, por celebrar los atentados de la banda brindando con champán.

MUERTO EN UN TIROTEO

El 14 de marzo de 1986, un año antes de la desarticulación del Comando Donosti, murió uno de sus cabecillas, Ángel María Galarraga Mendizábal, alias *Pototo*, mientras preparaba un coche bomba para atentar contra un vehículo policial. Eran más o menos las once de la noche cuando dos policías nacionales que trabajaban en un coche camuflado sospecharon de tres personas —dos hombres y una mujer— que ocupaban un Citroën Visa aparcado en el paseo de Miraconcha de San Sebastián. El policía José Antonio Álvarez Díez se acercó al vehículo y pidió a los sospechosos que se identificaran. Recibió dos disparos a bocajarro que acabaron con su vida. Su compañero repelió la agresión y, en el tiroteo, Ángel María Galarraga Mendizábal resultó muerto, mientras los otros dos terroristas, el otro hombre y la mujer, se daban a la fuga.

En el interior de aquel Citroën Visa se encontraron doce kilos de Goma 2 colocados en el interior de dos ollas metálicas en las que, además, había veinte kilos de tornillos listos para actuar a modo de metralla. El coche estaba preparado para que explotara cuando pasara por allí un vehículo policial que hacía su ruta habitual por el paseo marítimo. El policía muerto tenía veintisiete años, una esposa de veintidós y un niño pequeño.

Pototo contaba con un largo historial criminal a sus espaldas. Entró en ETA en 1978 y se integró en el Comando Goierri, formado en aquel momento por Miguel Antonio Goicoechea Elorriaga, *Txapela*, José Antonio Gogorza Zugarramurdi, *Gogor*, y José Javier Zabaleta Elósegui, *Waldo*. En 1980 se incorporó al Comando Donosti, grupo con el que cometió, entre otras acciones, el asesinato del teniente coronel del Ejército Lorenzo Motos en octubre de aquel año.

Tras pasar a Francia, huyó a Nicaragua, donde se unió a los Servicios Secretos sandinistas, en un grupo que coordinaba el exdirigente etarra Javier María Larreategui Cuadra, una prueba más

de las estrechísimas relaciones que ETA mantuvo con los sandinistas. Regresó a Francia y, en septiembre de 1985, volvió a España como integrante del Comando Donosti junto a Ignacio Erro y Estanislao Echaburu.

Pototo pertenecía a una saga familiar de terroristas. Su hermano, Juan Manuel Galarraga Mendizábal, alias *Zaldivi*, fue acusado de ser uno de los responsables del atentado de la calle del Correo de Madrid, en la cafetería Rolando, en 1974, en el que murieron trece personas. Saroia Galarraga, hija de *Zaldivi*, fue detenida en Francia en 2001 junto al etarra Juan Antonio Olarra Guridi. Poco después, su prima, Hodei Galarraga Irastorza, murió al explotar una bomba que transportaba en su coche, y Haritza Galarraga, hermano de Saroia y sobrino de *Pototo*, está implicado en actividades de Segi (organización juvenil de la izquierda *abertzale* vinculada a ETA). Parece ser que es algo que llevan en la sangre.

El entierro de *Pototo*, que se celebró el 16 de abril de 1986 en la localidad guipuzcoana de Zaldivia, en la muy *abertzale* comarca de Goierri, tras un homenaje de los simpatizantes de la banda, lo pagó íntegramente el Ayuntamiento.

LÍDER TERRORISTA EN BUSCA DE EMPLEO

Estanislao Echaburu Solabarrieta, alias *Iván* y *Estanis*, nació en Ondarroa, Vizcaya, el 4 de agosto de 1961. Su trayectoria en la banda es larga, no solo como asesino y terrorista activo, sino, además, como líder propagandista entre los presos durante su estancia en la cárcel. Se sabe que en 1978, con solo diecisiete años, ya trabajaba para la banda terrorista recogiendo información sobre varios guardias civiles de Ondarroa y Motrico, sobre un individuo relacionado con la extrema derecha, sobre el cuartel de caballería de Munabe de Marquina, sobre unos armadores de Ondarroa y sobre la sucursal del Banco de Bilbao en esa misma localidad. De hecho, según su propia declaración, fue «captado por Pedro María Badiola Azpiazu, y sus acompañantes entonces eran Juan Ignacio Alcorta, otro hombre llamado Ansola y un tal Ochoantesana, alias *Okana*». Los dos primeros fueron detenidos en abril de 1980, pero Echaburu logró huir a Francia.

Unos meses después, en septiembre de ese mismo año, regresó a España, y junto a históricos de ETA, como Izaguirre Gogorza, *Gogor*, Jáuregui Altube, *Josetxu* y otros tres etarras «liberados», se ocultó en el domicilio de Felisa Vicuña Arostegui. Este comando tuvo un enfrentamiento con la Guardia Civil en el que murieron *Gogor* y *Josetxu*. Estanislao Echaburu huyó a Francia el 1 de diciembre de 1981.

Posteriormente se desligó de la banda y, en abril de 1983, se fue a México, donde residió durante más de dos años en las ciudades de Veracruz y Distrito Federal. En septiembre de 1985 volvió a la acción, pues, a través de Santiago Arrospide Sarasola, *Santi Potros*, entró a formar parte del Comando Donosti, junto a Erro Zazu y Galarraga Mendizábal. Desde entonces hasta el 22 de julio de 1987, cuando fue detenido por la Guardia Civil, participó en todos los atentados llevados a cabo por este comando. Fue condenado a ciento setenta y cuatro años de cárcel por el atentado, el 25 de noviembre de 1985, contra una furgoneta en la que viajaba un grupo de militares. Tres de ellos murieron y otros tres resultaron heridos. Ignacio Erro Zazu y Estanislao Echaburu habían robado un coche a punta de pistola en la localidad de Rentería y con él se dirigieron al barrio de la Paz de San Sebastián, donde ametrallaron el microbús. Posteriormente abandonaron el coche, dejando a su propietario en el maletero. Además, fue condenado a cuarenta y cuatro años y ocho meses de prisión por el asesinato de un policía nacional en San Sebastián el 14 de marzo de 1986. Aun así, no llegó a pasar ni veinte años entre rejas.

Durante su estancia en prisión, Echaburu se caracterizó por ser un preso muy «activo». Un ejemplo de ello es la entrevista que mantuvo con el juez de vigilancia penitenciaria, el 14 de abril de 1991, en la que protestó enérgicamente por el régimen penitenciario al que estaba sometido. Fue uno de los muchos presos pagados mensualmente por las Gestoras Proamnistía que, sin embargo, le redujeron su «subsidio» en 1993. Mientras estuvo en prisión, se mostró como un líder nato y un recluso muy conflictivo y radicalizado, partidario de la lucha armada para alcanzar un proceso negociador. En 1998 se vio beneficiado por la política de traslado de presos llevada a cabo por el Gobierno y fue trasladado a la prisión de Albolote (Granada).

El 23 de junio de 2004 salió de la cárcel. En enero del año siguiente, el Juzgado Central de Instrucción número 4 de la Audiencia Nacional ordenó su búsqueda y detención por un delito de enaltecimiento del terrorismo durante el homenaje al miembro de ETA militar José María Sagarduy, en Amorebieta. Sin embargo, tanto él como otro de los acusados fueron absueltos, mientras Arnaldo Otegi sí fue hallado culpable. A modo de curiosidad, señalemos que Estanislao Echaburu estuvo cobrando el subsidio de desempleo hasta el 23 de julio de 2005 y que, posteriormente, continuó dado de alta en el INEM en búsqueda de empleo.

En agosto de 2005 figuraba, junto a Jon Igurco Esnaola, como portavoz de la organización de apoyo a los presos de ETA que en aquel momento denunciaba la situación del etarra Iñaki de Juana Chaos, y en febrero de 2006 actuó como representante de la asociación Etxerat de familiares de presos de ETA, y llegó a dar una conferencia en Barcelona que versó sobre la prevención de la tortura. De hecho, desde abril de 2006 forma parte de la Coordinadora para la Prevención de la Tortura, asunto que, por lo que parece, le preocupa sobremanera.

VIGILANCIA Y SEGUIMIENTO POLICIAL

Cuando, el 22 de julio de 1987, la Guardia Civil desarticuló el Comando Donosti de ETA, se incautó de una gran cantidad de material que los terroristas tenían en su poder para cometer atentados. Encontraron diferentes tipos de armas, munición, explosivos, detonadores, matrículas de vehículos, documentos de identidad y permisos de conducir falsos, casi medio millón de pesetas, una furgoneta Mercedes, un Renault 18 y un contrato de arrendamiento de un local comercial en el número 39 del paseo de Zubiaurre de San Sebastián. El comando estaba compuesto por Ignacio Erro Zazu, Estanislao Echaburu Solabarrieta y Lucía Urigoitia Ajuria, como miembros activos, y María Isabel Zabalecu Azpeitia, María Juncal Libertad Dorronsoro Mocha, Alicia Pereira Muiños, Manuel Muiños García, Marcos Larequi Arrospide, María Ascensión Sierra San Martín y María Juncal Larequi Dorronsoro como colaboradores.

Un par de semanas antes, el 7 de julio de 1987, la ciudad de San Sebastián se había visto azotada, una vez más, por un atentado con coche bomba. En esta ocasión, el objetivo fue el Gobierno Militar. Los terroristas colocaron un Renault 5 de color gris metalizado, provisto de una lanzadera en el maletero, junto al ayuntamiento de la capital guipuzcoana y, ayudados de un mando a distancia, dispararon cinco granadas anticarro contra el edificio del Ejército. Faltaban unos minutos para las tres de la tarde y el estruendo pudo oírse desde distintos barrios de la ciudad. Cuatro de las granadas impactaron contra la fachada del edificio y otra entró por la ventana del despacho del teniente Manuel García Viñas, que, afortunadamente, solo resultó herido, así como el sargento Eduardo Villa Terraza y los soldados Eduardo Ros y Francisco Fontela, que cumplían el servicio militar en esas dependencias. Esta vez ETA no consiguió matar a nadie. Por el contrario, su *ekintza* ('acción', en el argot de los terroristas) proporcionaría el hilo del que la Guardia Civil tiraría para detener y desarticular al comando.

Buscando pistas en la basura

Unas horas después del atentado sonó el teléfono en la centralita de la 513 Comandancia de la Guardia Civil, el famosísimo cuartel de Intxaurrondo, todo un símbolo en la capital donostiarra. El agente que descolgó el aparato escuchó una voz femenina que pedía hablar con alguien del Servicio de Información: «Tengo datos de suma importancia que quiero facilitarles», dijo. Efectivamente, la mujer explicó a los guardias civiles que había visto salir del número 39 del paseo de Zubiaurre, en el barrio de Intxaurrondo, un Renault 5 de color gris metalizado con matrícula SS-4971-X. Se trataba del mismo vehículo con el que ETA había atentado ese día contra el Gobierno Militar.

Aunque esta es la versión oficial, hay otra que dice que quien vio el coche en el paseo de Zubiaurre fue un guardia civil que se dirigía a su trabajo y que se fijó en el vehículo porque estuvo a punto de chocar con el suyo. Sea cual sea la versión verdadera, poco importa para el desarrollo de los acontecimientos posteriores. Esa misma noche los mandos del Servicio de Información de San Sebastián ordenaron una investigación en los garajes y locales de la

zona. Varios agentes vestidos de paisano realizaron la ingrata tarea de analizar la basura de aquel número 39 del paseo de Zubiaurre. Las bolsas que fueron recogiendo las iban trasladando a la base y, pacientemente, sin dejar ningún detalle al azar, fueron analizando lo encontrado. Cualquier cosa podía ser susceptible de convertirse en una pista. La preparación, la experiencia y el olfato del que entonces se consideraba el mejor Servicio de Información de la Benemérita lograron que aquella sucia y maloliente investigación llegara a buen puerto. Algo no cuadraba entre aquellos desperdicios; esos trozos de chapa con forma circular no eran en absoluto habituales entre la basura de una casa normal. Y esa pintura de color *gris… metalizado*. No había duda de que pertenecían a un vehículo del mismo color que el utilizado por los etarras para atentar contra el Gobierno Militar. Los agentes lo tuvieron claro: eran los trozos de chapa que los terroristas habían cortado para hacer los orificios en el maletero del Renault 5 a través de los cuales salieron disparadas las granadas anticarro.

Paralelamente, otros agentes del Servicio de Información de San Sebastián intentaban averiguar los nombres de los propietarios o arrendatarios de aquel garaje del número 39 del paseo de Zubiaurre. Tras una concienzuda labor de búsqueda en el Registro de la Propiedad, supieron que el bajo estaba alquilado a José María Dorronsolo, uno de los más activos *laguntzailes* de la organización terrorista. En efecto, se hallaban tras la pista del Comando Donosti, por lo que se solicitó de inmediato la participación de la Unidad de Servicios Especiales (USE) de la Guardia Civil, en concreto del Grupo 5. Este grupo, con sede en Madrid, por entonces compuesto por unos cuarenta hombres, estaba dividido en cuatro equipos que atendían todas las necesidades operativas de las acciones contra ETA.

Todos los agentes del grupo estaban preparados para ponerse en marcha al momento. No era corriente tener que salir de casa de madrugada, aunque en más de una ocasión sí se produjo la temida llamada a horas intempestivas. No obstante, lo habitual era salir un día después de ser avisados. Todo un detalle el poder preparar la maleta y darnos a los familiares la oportunidad de despedirnos, una vez más y sin saber cuánto tiempo pasarían fuera. Normalmente, a las esposas se nos decía que nuestros maridos estarían lejos de sus

casas durante una semana, más o menos, pero enseguida aprendíamos que eso no era del todo cierto. En muchísimas ocasiones la ausencia se prolongaba, aunque, al menos en mi caso, la despedida se hacía menos amarga si me convencía de que en unos ocho días mi marido estaría de vuelta.

Llegan los apoyos de Madrid

Al día siguiente del aviso, los agentes llegaron a San Sebastián. La carretera nacional N-I se había convertido en una especie de hogar para ellos; la conocían como la palma de la mano, puesto que el cuartel de Intxaurrondo era su domicilio durante la mitad del año. Como tantas otras veces, se alojaron en los pisos de las dependencias que no estaban ocupados. El jefe de subgrupo, los dos responsables de equipo y los agentes se reunieron en uno de ellos. El jefe extendió sobre una mesa un plano de la ciudad en el que aparecía señalada una zona concreta.

—Nos han llamado porque el Servicio de Información de San Sebastián tiene indicios de tener controlado un bajo que utiliza el Comando Donosti —dijo—. La misión que se nos ha encomendado es la vigilancia de ese local, la comprobación de si son o no los miembros del Donosti quienes lo utilizan y, por supuesto, la obtención de toda la información añadida que podamos conseguir.

Sobre el plano, les indicó el lugar a vigilar, el citado número 39 del paseo de Zubiaurre. Enseguida fueron conscientes de la dificultad que entrañaba la operación: este paseo tiene viviendas solo en un lado, puesto que la acera contraria está junto a la vía del tren.

—No tenemos más que esta dirección —añadió— y, por supuesto, las fotos de los integrantes del comando, que son miembros «liberados» de la banda. Con esto es con lo que hay que empezar a trabajar.

El responsable del subgrupo distribuyó rápidamente los cometidos: una furgoneta camuflada, sin más ventanas que el parabrisas y las dos delanteras, lo más próxima posible al bajo que había que vigilar; un coche en la calle Joseba Zubimendi, o en el mismo paseo de Zubiaurre una vez rebasada esta, por si alguno de los objetivos salía, en coche o a pie, hacia la izquierda; otro

vehículo en la zona más segura posible del paseo en la dirección contraria, y el resto de los agentes, bien camuflados en las inmediaciones pero lo suficientemente cerca como para actuar.

—Tenemos poca cosa, pero estamos casi seguros de que se trata del Comando Donosti. De modo que trabajemos con la premisa de «mayor seguridad y menor eficacia» (significaba que los agentes, ante todo, debían velar por no ser descubiertos y por la seguridad de la operación, aunque esto pudiera implicar ser menos eficaces). No llamar su atención es nuestro principal objetivo para poder continuar con la misión y llegar hasta los terroristas.

La vigilancia de aquel bajo del Paseo de Zubiaurre no era una labor sencilla, debido, como ya he dicho, a la ausencia de edificios en la acera de enfrente. El agente que conducía la furgoneta camuflada logró estacionar muy cerca del objetivo. Se trataba de una furgoneta de carga cuya parte de atrás no disponía de ventanas, lo que permitía realizar la vigilancia sin ser visto desde fuera. Una cortinilla separaba la cabina de la parte trasera del vehículo y, a través de un pequeño espacio que se dejaba sin cubrir, el agente podía observar lo que ocurría en el exterior por el parabrisas o las ventanillas laterales. Provisto de sus prismáticos y de su cámara fotográfica con objetivo de gran alcance, se sentó y se dispuso a esperar. Avisó a sus compañeros de que estaba preparado. Como él, todos los agentes se encontraban en sus puestos.

Las horas se hacían interminables. Resultaba arriesgado salir del vehículo para estirar las piernas, pues cualquiera que se asomara a una ventana podría extrañarse de ver a un hombre allí, junto a un coche aparcado, durante horas. Las necesidades más básicas se tornaban complicadas para los agentes. Solo cuando otro equipo de seguimiento los relevara podrían abandonar sus puestos y alejarse de allí.

Los agentes que cubrían la vigilancia a última hora del día 20 de julio estaban cansados y hambrientos. La calma era casi absoluta y la espera comenzaba a resultar exasperante. Pero, por fin, se obtuvieron los primeros resultados. Una furgoneta Mercedes Benz se acercaba. Todos los músculos del agente que vigilaba desde la posición más cercana al objetivo se tensaron. «Tienen que ser ellos», se dijo. Y, efectivamente, vio que la furgoneta, matrícula M-1938-DM, entraba en el bajo del número 39 del paseo de Zubiaurre. Pero

había más. «No vienen solos», comunicó el agente a sus compañeros cuando observó que un Renault 18, matrícula M-1373-S, venía detrás. El guardia hizo fotos de los dos vehículos y de sus ocupantes: dos hombres y una mujer. Minutos después, el agente, cuyos ojos apenas habían pestañeado, alertó a sus compañeros:

—Ahí salen —dijo.

Una persecución de alto riesgo

El Renault 18 salió del garaje con los dos hombres y la mujer en su interior, dejando allí la furgoneta Mercedes. Tras él se situó un coche del equipo operativo de la Unidad de Servicios Especiales de la Guardia Civil. A pocos kilómetros, en la salida de San Sebastián, otro coche del mismo equipo esperaba para dar apoyo. Siguiendo a los terroristas, llegaron a la localidad de Rentería.

El segundo vehículo vio cómo el Renault 18 se acercaba y comenzó a seguirle a cierta distancia. El agente X, que iba en el segundo coche, recriminó al agente Q, que viajaba en el primero, que no le hubiera advertido de que debían ser ellos quienes «cogieran» al objetivo.

—¿Por qué no hablas? ¿Dónde estáis? —preguntó X.

—Nos han traído hasta Pasajes —respondió Q.

Aquello no podía ser; no era posible que su compañero estuviera detrás del coche «marcado» porque él mismo, el agente X, iba tras él y no se encontraban en Pasajes, aunque estuvieran relativamente cerca. Entonces se produjo un intercambio de frases inconexas entre uno y otro agente, sin que ninguno perdiera de vista al objetivo. Lo que en un principio había parecido un simple malentendido se iba revelando como una situación no solo surrealista, sino potencial y enormemente peligrosa.

El agente Q y su compañero sabían a ciencia cierta que ellos no habían perdido de vista ni por un instante al Renault 18 de los terroristas, pero el agente X aseguraba que era él quien los seguía. Se dijeron una y otra vez la matrícula del coche al que ambos perseguían y ni uno ni otro daban crédito a lo que estaba sucediendo. Trascurrieron diez minutos de nervios y confusión hasta que fueron del todo conscientes de que se hallaban a apenas cien metros de distancia y que los dos coches policiales seguían a un

vehículo exactamente igual y con la misma matrícula.

En efecto, el primer coche de seguimiento se mantenía detrás del Renault 18 de los etarras, pero el segundo había «cogido» a otro coche de la misma marca y color, también con matrícula M-1373-S. Este iba conducido por su dueño, un ciudadano que desconocía que la matrícula de su vehículo había sido elegida tiempo atrás por los terroristas para «doblarla» y colocarla en el Renault 18 que habían robado unos meses antes, el 23 de marzo, a su propietario, Manuel Mendizábal, y cuya matrícula real era SS-6173-S. Este es el procedimiento habitual de la banda. Sustraen vehículos para utilizarlos, bien para realizar atentados, bien para desplazarse, pero quitan la matrícula verdadera y colocan una falsa. Ahora bien, no eligen una al azar, sino la de un coche de las mismas características para que, ante cualquier comprobación de la Policía, no se descubra nada irregular. Lo habitual es que los terroristas elijan la matrícula de un coche de una ciudad diferente de aquella por la que van a circular con el vehículo «doblado», pero esta vez, ante el asombro de los agentes de la USE, habían elegido la de un coche de San Sebastián.

Los dos vehículos se encontraban a escasos cien metros el uno del otro, «escoltados» cada uno por un equipo operativo de seguimiento de los Servicios Especiales de la Guardia Civil. Los agentes se daban perfecta cuenta de que aquello era una auténtica bomba de relojería y comenzaron a visualizar mentalmente las secuencias de lo que podría llegar a convertirse en una verdadera tragedia. Tenían que pensar con rapidez. Si el propietario del vehículo legal se percataba de que había un coche exactamente igual al suyo, y con la misma matrícula, circulando a pocos metros de distancia, podría decidirse a pedir explicaciones al conductor del otro Renault 18, lo que, sin duda, provocaría un enfrentamiento de fatales consecuencias. Los agentes, cuya tensión iba en aumento, eran conscientes de que podría producirse un tiroteo en plena calle. Sin necesidad de hablar, casi como un acto reflejo, los guardias civiles tenían sus manos en las empuñaduras de sus armas, dispuestos a intervenir. Los ojos de los agentes estaban clavados en los dos vehículos, preparados para captar el menor movimiento. No hizo falta comunicar ningún plan, pues cada cual sabía lo que debía hacer: los que estaban junto a los terroristas, neutralizarlos; los

otros, proteger al conductor del Renault 18 legal. Por fortuna, nada de esto fue necesario. Tras varios minutos de confusión, incertidumbre y miedo, cada Renault 18 tomó una dirección diferente. Los agentes respiraron aliviados y notaron que la rigidez de sus cuerpos desaparecía.

Los terroristas llegaron a la localidad de Pasajes y aparcaron el vehículo en una zona bastante concurrida. Se dirigieron a pie hasta un edificio de viviendas, en el número 3 de la calle Rentería, y entraron en el portal. Los dos equipos de la Guardia Civil llegados desde Madrid dispusieron vigilancia tanto para el vehículo como para el portal del inmueble, a la espera de nuevos movimientos.

Poco antes, el Servicio de Información de Intxaurrondo había comunicado que la furgoneta Mercedes Benz que los terroristas habían dejado en el bajo del paseo de Zubiaurre de San Sebastián había sido robada el día anterior. A los mandos de la Guardia Civil les interesaba muy especialmente la sustracción de este vehículo, pues había muchas posibilidades de que el Comando Donosti estuviera preparando con él un nuevo atentado. El trabajo de los agentes de la USE consistía en tomar fotografías, reconocer a los individuos que vigilaban y no perderles de vista hasta dar con otros etarras y obtener así la mayor cantidad posible de información en cada operación. De ese modo lograban controlar la red de colaboradores, que llevaban a otros, y en muchas ocasiones, seguir a unos etarras permitía dar con otros de mayor importancia. Por ello, uno de los primeros objetivos de cualquier operación era descubrir el lugar exacto en el que se hallaban los terroristas, obtener los planos de la vivienda, con la distribución de las habitaciones, y averiguar el tipo de cerradura de la puerta de entrada y la manera más adecuada de franquearla si era necesario. Es decir, debían prepararse para una posible intervención inmediata. La sustracción de aquella furgoneta Mercedes hizo que se acelerara esta parte del trabajo, pues se aceleró la intervención.

Los agentes esperaban el relevo de sus compañeros. Los dos equipos que se habían quedado en la base tenían que estar a punto de llegar para que ellos pudieran regresar. Todos estaban habituados a llevar a cabo largas operaciones que les mantenían durante semanas o meses «pegados» a algún grupo de terroristas. Aquel 22 de julio de 1987, puesto que tan solo llevaban una semana

siguiendo a los objetivos, suponían que la operación no había hecho más que empezar. Pero se equivocaban. Por eso, aunque los compañeros de los otros dos equipos llegaron a San Sebastián aquel día, los primeros no regresaron a Madrid. La operación era importante, podía dar frutos en cualquier momento y todos los agentes eran necesarios en el campo de operaciones.

Por la tarde, dos de los terroristas salieron de la vivienda y se dirigieron al coche. Fueron hasta San Sebastián, donde hicieron varias paradas. No era extraño; tenían bien aprendidas las tácticas de contravigilancia: volvían sobre sus propios pasos, entraban a un lugar para volver rápidamente a salir… Desarrollaban mil maniobras con el fin de detectar si estaban siendo vigilados. Evidentemente, los agentes de la Guardia Civil fueron mucho más hábiles que ellos. Cuando los terroristas detuvieron el coche de manera repentina, el vehículo policial que los seguía continuó su marcha con tranquilidad.

—Se han parado. Nosotros seguimos. No parece que nos hayan visto, es solo una precaución. Síguelos tú, setenta y dos —dijeron al coche que circulaba un poco más atrás.

Los primeros salieron por una calle lateral, y cuando se encontraron en un lugar intransitado, en las afueras de la ciudad, cambiaron la matrícula de su vehículo. Cada vehículo tenía dos o tres placas diferentes con matrículas legales. Si los terroristas se habían detenido porque se habían percatado de que los seguían, seguro que habían visto el modelo y la matrícula del coche. Sin embargo, ahora, si volvían a encontrarse con ellos, los miembros del comando miraran la matrícula y pensarían que no era el mismo vehículo.

Mientras tanto, los dos agentes que ocupaban el coche 72 vieron cómo uno de los terroristas descendía del Renault 18 y se acercaba a un buzón de correos para echar una carta. Antes de introducirse de nuevo en el vehículo, el etarra miró descaradamente en todas direcciones. Cualquier maniobra extraña, un cambio repentino de sentido de un coche o un frenazo brusco, le podía indicar que tenía *txakurras* en el cogote. Pero eso nunca ocurría con los hombres del Grupo 5, que estaban acostumbrados a seguir su marcha sin inmutarse.

Los terroristas regresaban a Pasajes y todo parecía indicar que

dejarían el vehículo en la misma zona en la que lo habían cogido. Entonces se recibió la orden. A través de sus equipos de transmisiones, los agentes oyeron cómo se ordenaba a la Unidad Especial de Intervención (UEI) que entrara en acción. Fue un visto y no visto. Los de la UEI llegaron poco después de recibir el aviso y, en cuestión de segundos, sacaron del coche a los dos etarras y procedieron a su detención. Ambos iban armados con una FN Browning. Sus nombres eran Ignacio Erro Zazu, alias *Pelos*, y Estanislao Echaburu Solabarrieta, alias *Iván*, miembros «liberados» de ETA militar.

Un hueso duro de roer

Una operación de estas características, en plena calle, no pasa desapercibida, por lo que las posibilidades de que en el mundo *abertzale* se corriera la voz de la detención y se avisara al resto del comando eran bastante numerosas. Por eso, desde el cuartel de Intxaurrondo se tomó la decisión de actuar en el domicilio de la calle Rentería de Pasajes. Pasaban unos minutos de las once de la noche de aquel 22 de julio de 1987 cuando varios miembros de la UEI entraron en el piso tras derribar la puerta y lanzar algunas granadas de humo en su interior. Los agentes, equipados con chalecos y cascos antibalas, conexión por transmisores, gafas de visión nocturna y armamento con sistema láser, se dividieron para cubrir en cuestión de segundos los dormitorios que estaban ocupados.

—¡Guardia Civil! ¡Salgan! ¡Guardia Civil! —gritaron.

La rapidez de movimientos de aquellos hombres, su fantasmagórico aspecto y el volumen e intensidad de sus voces intimidatorias crearon la confusión que pretendían. De ese modo se logra neutralizar la capacidad de reacción de los delincuentes. Pero esta vez dieron con un hueso duro de roer. Mientras que Manuel Muiños García y Alicia Pereira Muiños, propietarios de la vivienda y colaboradores de la banda, no ofrecieron resistencia y fueron esposados inmediatamente, la ocupante de la otra habitación sí tuvo tiempo de empuñar su arma y disparar cuando un miembro de la UEI abrió la puerta:

—Me vais a matar, pero yo me llevo a alguien por delante —

espetó Lucía Urigoitia Ajuria.

El agente notó un enorme dolor en el pecho producido por un fuerte golpe. Él también disparó. La terrorista cayó al suelo, desde donde intentó disparar de nuevo. El agente que la apuntaba se percató de su maniobra, y cuando ella cogió el arma, realizó un segundo disparo. Urigoitia murió en el tiroteo.

DE ASESINA A MÁRTIR

Lucía Urigoitia Ajuria nació el 2 de junio de 1959 en Otxandio, Vizcaya. Tenía veintiocho años cuando murió en el enfrentamiento con los hombres de la Unidad Especial de Intervención (UEI) de la Guardia Civil. El DNI falso que portaba estaba a nombre de María Jesús Flamarique. No se sabe que hubiera desempeñado otra actividad en su vida que la de terrorista, para la que se había preparado en diferentes frentes.

Su actividad armada no se reducía a su pertenencia a ETA. En 1984 pasó seis meses, según algunas versiones, o dos, según otras, en Nicaragua como brigadista sandinista. Cuando regresó a España, captó a Ignacio Crispín Garces Beitia para formar, junto a Alberto Barrondo Goyoaga e Ignacio López de Bergara Astola, un comando legal de ETA, el Lekanda, en enero de 1985. Ese mismo año, el primer día de abril y mediante un correo de la banda, Urigoitia recibió armamento en las proximidades del monte Urquiola. En ese mismo mes de abril la terrorista realizó en el sur de Francia un cursillo sobre manejo de armas y explosivos.

Se encargó de recopilar información para atentar contra los concesionarios de Renault y Citroën en las localidades vizcaínas de Escoriaza y Arratia, y participó en la colocación de explosivos en el concesionario de Renault en Yurre (ahora, oficialmente, Igorre). Tras cometer este atentado, ella y otro etarra huyeron en un coche hasta Otxandio. Allí les persiguió la *Ertzaintza*, que les perdió la pista poco después. El vehículo era propiedad de Iñaki López de Bergara, quien, por miedo a ser detenido, huyó inmediatamente a Francia.

Lucía Urigoitia también cruzó la frontera, tras haber permanecido escondida durante una semana en la casa del cura de

Zeanuri, donde se ocultó el 1 de junio de 1985, el día siguiente al del atentado. Ya en Francia, residió en Poitiers, donde compartía vivienda, entre otros, con José María Aranzamendi.

Poco antes de su muerte participó en el atentado con coche bomba contra una furgoneta de la Policía Nacional en el barrio de Loyola, en San Sebastián, el día 11 de junio de 1987. Fue ella quien robó a punta de pistola, el 1 de julio, la furgoneta Mercedes que le fue incautada al comando cuando fue desarticulado y que la Guardia Civil suponía que estaba destinada a actuar como coche bomba.

Era una mujer «de armas tomar», acostumbrada a la violencia desde niña, que no se arredró cuando oyó a la Guardia Civil echar abajo la puerta del piso franco en el que se encontraba. «Me vais a matar, pero yo me llevo a alguno por delante», dijo. Pero no lo logró. Al agente le salvó la vida su chaleco antibalas.

COMIENZA OTRO CALVARIO PARA LA GUARDIA CIVIL

A pesar del éxito de la operación y del enorme peligro que habían corrido, para aquellos guardias civiles comenzaba un verdadero calvario. Había caído el Comando Donosti, un grupo de asesinos que había acabado con la vida de seis personas en diez atentados cometidos entre octubre de 1980 y julio de 1981, y entre agosto de 1985 y el 7 de julio de 1987, pero se daba inicio a un largo proceso de actuaciones judiciales en las que se acusó a los agentes de la Guardia Civil de haber matado a Lucía Urigoitia a bocajarro de un tiro en la nuca. La autopsia reveló que la muerte la causó un disparo realizado a corta distancia, aunque no a bocajarro, que impactó en la zona superior de la parte poslateral derecha del cuello, y no en la nuca.

Sin embargo, durante varios meses, los agentes que intervinieron en la detención, y la Guardia Civil en general, se encontraron envueltos en un mar revuelto de acusaciones y titulares incriminatorios en las primeras páginas de los diarios. A esto se añadieron las actuaciones del juez instructor, Juan Piqueras, y el de la Audiencia Nacional. Tasio Erkizia y Jon Idígoras, dirigentes de Herri Batasuna, uno de los brazos políticos de ETA, absolutamente

legal entonces, lanzaron acusaciones de asesinato y de crimen de Estado. Lo cierto es que desde diferentes ámbitos de la sociedad española se estaba cuestionando la actuación de la Guardia Civil.

Todo esto minó la moral de los agentes que se dedicaban a la lucha contra ETA. Hombres absolutamente entregados a su labor, cuya vida privada quedaba en un segundo plano ante cualquier operación; agentes que no contaban las horas que pasaban tras un asesino, a veces sin comer o sin apenas dormir, y que, a cambio, obtenían un salario inferior al de cualquier policía europeo o al de un *ertzaina* vasco. Y por si fuera poco, ahora ni siquiera contaban con el reconocimiento de la sociedad, cuya opinión pública, manipulada vilmente por la clase periodística, exprimía hasta la extenuación la muerte de una asesina haciendo recaer sobre el agente que la disparó unas sospechas infundadas de asesinato.

El cadáver de la terrorista fue conducido al cementerio de Polloe de San Sebastián, donde le fue realizada la autopsia, que finalizó antes de las diez de la noche del 23 de julio. Pero el cuerpo no llego a su pueblo natal, la localidad vizcaína de Otxandio, hasta las seis y media de la tarde del día 25 de julio. Cientos de personas recibieron al féretro con gritos de «¡Viva ETA militar!» y «¡El pueblo no perdona!». En la iglesia parroquial, tres sacerdotes concelebraron el funeral *corpore in sepulto* en euskera, y, terminado el oficio, el cuerpo de Urigoitia fue conducido a la plaza del pueblo. El féretro iba cubierto con una bandera vasca, y otra con el hacha y la serpiente y el lema *«Bietan Jarrai»* (‘Seguir adelante’). Entonces comenzó un acto de marcado carácter político en el que participaron alrededor de mil quinientas personas y en el que los dirigentes de Herri Batasuna adoctrinaron a la masa enardecida ante el cadáver de aquella joven que, según ellos, había sido asesinada a sangre fría.

De ese modo se vivían los entierros de los asesinos. Los de las víctimas se celebraban en silencio. Los cadáveres salían por la puerta de atrás, se escondían, como si de delincuentes se tratara, y se los llevaba con la mayor discreción hasta el cementerio. Nadie volvía a recordarlos. Dicen los políticos de la época que era necesario no excitar aún más al estamento militar, que se mostraba extremadamente sensible ante tanto atentado, tanta muerte y tanto «ninguneo» al Estado por parte de los asesinos. Había miedo a un

posible levantamiento militar. En lo que llevábamos de democracia, al menos se habían evitado dos golpes de Estado, y no era cuestión de poner en bandeja al Ejército la opción de sublevarse.

De ahí el silencio; de ahí el esconder a los muertos. Sí, esconderlos. A las víctimas, a los niños, a las mujeres, a los oficiales, a los guardias civiles y policías… Esconderlos para que no hubiera alboroto. Y enterrarlos en la clandestinidad.

Pero Lucía Urigoitia, no. Ella fue enterrada como una mártir, como una heroína, con todos los honores y el recibimiento multitudinario de su pueblo y de todos aquellos que estaban de acuerdo con sus actividades terroristas. Y también de quienes no lo estaban, pero tenían miedo y gritaban «¡Viva ETA!» para no convertirse en el punto de mira de los asesinos.

3

OTOÑO DE 1987:
TRAS LA PISTA DEL ASESINO

El Comando de Acción Goierri Costa de ETA fue desarticulado por la Guardia Civil el 25 de noviembre de 1987. Llevaba tres años atentando en la comarca guipuzcoana de Goierri, aunque con algunos periodos de «descanso». Su atroz existencia se dividió en tres campañas y el nombre de uno de los terroristas más sanguinarios que ha dado la banda sobresale por encima de los demás: José Antonio López Ruiz, alias *Kubati*.

UN PISTOLERO IMPLACABLE

José Antonio López Ruiz nació en Durango el 28 de noviembre de 1953, aunque en el momento de su incorporación a la banda residía en la localidad de Elorrio. Su oficio de ajustador de maquinaria le vino como anillo al dedo para su actividad delictiva, pues le permitió convertirse en un experto en el montaje de artefactos explosivos. En noviembre de 1979, cuando tenía veintiséis años, ingresó en la banda terrorista a través de Luis Ángel Díez Pascual, un vecino de Elorrio que conocía bien las ideas y actitudes de López Ruiz y que previamente había captado a José Félix Zabarte Jainaga y a Juan Ángel Cenitagoya Urien, con quienes formaría el Comando Erdella de ETA. Al asesino en potencia que ya era López Ruiz aquella proposición le pareció irresistible. Antes de comenzar su andadura al margen de la ley, mantuvo un encuentro

en Francia con el mismísimo Domingo Iturbe Abasolo, alias *Txomin* (este hombre, padre de tres hijas, ejerció durante una década —hasta 1987, cuando murió en Argel en un accidente de coche— como máximo jefe de la organización terrorista, llegando a ser el interlocutor de la banda durante las famosas negociaciones de Argel).

En 1981 la Policía realizó una redada en Elorrio en la que fueron detenidos José Félix Zabarte, compañero de comando de *Kubati*, y sus dos hermanos. Cuatro días después los tres terroristas quedaron en libertad, pero José Félix decidió huir a Francia. *Kubati* se fue con él, dejando abandonado en varios zulos un gran arsenal de armas y diverso material para realizar atentados. Ni Zabarte ni López Ruiz tuvieron tiempo de regresar a por todo aquel alijo de explosivos, pues en 1982, mientras ellos se escondían al otro lado de la frontera, la Policía detuvo a Miguel Mendoza Ruiz, que les condujo hasta el lugar donde se hallaba escondido el arsenal.

Dos años después, *Kubati* mantuvo varios encuentros en Francia con los cabecillas etarras *Santi Potros* y *Txikierdi.* De esas reuniones surgió el Comando Goierri Costa de ETA. Fue *Txiquierdi* quien presentó a *Kubati* a los demás miembros: José Antonio Olaizola Achucarro, Pedro José Picabea Ugalde, José Miguel Bustinza Yurrebaso, Ignacio Bilbao Beascoechea y Miguel Ángel Gil Cervera. En septiembre de 1984 el dirigente etarra les entregó dinero y documentación falsa, y les indicó el día en el que tenían que volver a la acción a este lado de la frontera.

Fue a finales de septiembre de 1984 cuando los seis integrantes del comando se reunieron en la localidad francesa de Biarritz. Allí los recogieron dos individuos —Agustín Irazustabarrena Urruzola y Esteban Rufo Goicoechea Razquin—, que les dotaron del armamento necesario. Tras cruzar la *muga,* cerca ya de Lesaca, les esperaba un *laguntzaile* que les llevó en su camión hasta su destino. Además contaban con una importante infraestructura de pisos francos y zulos.

Desde entonces, la vida de *Kubati* permaneció unida al ir y venir del Comando Goierri Costa, escapándose a Francia cuando los dirigentes etarras, ante la sospecha de que las Fuerzas de Seguridad del Estado pudieran estar vigilándole, se lo ordenaban.

Este comando ha sido uno de los más sanguinarios de la historia

de ETA, y su principal cabecilla, *Kubati,* uno de los asesinos más fríos que ha dado la banda. Durante la segunda campaña de atentados (de abril de 1986 a abril de 1987), este grupo sembró el terror entre la población en general y, sobre todo, entre los familiares de sus principales objetivos: policías, guardias civiles y militares (los empresarios, si pagaban puntualmente el impuesto revolucionario, sabían que podían estar más o menos tranquilos).

Las acciones terroristas de *Kubati* fueron tantas que él mismo afirmó, en noviembre de 1989, mientras era juzgado por el atentado contra la casa cuartel de la Guardia Civil de Ordicia, que no podía «recordar los detalles» de todas ellas. Si algo caracterizaba a López Ruiz era su sangre fría, su «profesionalidad» a la hora de actuar y esconderse, de vigilar y evitar ser visto… Parecía nacido para el crimen.

Fue detenido por la Guardia Civil el 25 de noviembre de 1987 y condenado a cuarenta y siete años y dos meses de prisión por el asesinato de *Yoyes* (Latasa Guetaria, *Fermín,* fue condenado a veintiséis años y ocho meses como coautor) y a ciento noventa y siete años por el atentado contra el vehículo de la Guardia Civil en el que perdió la vida Francisco Muriel Muñoz.

Nunca ha sido partidario del abandono de las armas, ni siquiera de una negociación con el Gobierno. En realidad, todo lo contrario, pues fue el encargado, junto a Juan Lorenzo Lasa Michelena, *Txikierdi,* de elegir una comisión de representación del colectivo de presos ante la banda; facilitó a ETA información sobre jueces penitenciarios y funcionarios de prisiones, y fue él quien animó a los presos a ponerse en huelga de hambre en 1994.

En septiembre de ese mismo año, siete años después de su detención, apareció en el diario *Egin* un artículo suyo titulado «Yo os acuso», en el que arremetía contra varios políticos, entre ellos el teniente de alcalde del Partido Popular Gregorio Ordóñez. El texto finalizaba así: «Me despido de vosotros […] con el deseo de que algún día al poner la radio, oiga por ella una buena noticia que me alegre el día». Cuatro meses después, en enero de 1995, Gregorio Ordóñez fue asesinado.

PRIMERA OLEADA DE ASESINATOS (1984-1985)

Tras intensas reuniones en Francia entre los máximos responsables de ETA durante los años ochenta, un grupo de terroristas, compuesto por el ya citado *Kubati*, José Antonio Olaizola Achucarro, José Miguel Bustinza Yurrebaso, Miguel Ángel Gil Cervera, Ignacio Bilbao Beascoechea y Pedro José Picabea Ugalde, decidieron formar un comando, cruzar la frontera y pasar a la actividad armada. Entre otros atentados, fueron los autores del secuestro y posterior asesinato del electricista Juan Sánchez Sierra, en Cestona (Guipúzcoa), el 8 de noviembre de 1984, y del secretario judicial y empresario José Larrañaga Arenas, que fue tiroteado y cayó muerto en el acto el último día de ese mismo año.

Tres tiros a quemarropa

Juan Sánchez Sierra era electricista, tenía treinta y nueve años, estaba casado y era padre de tres hijas. Nació en Salamanca, en la localidad de Cuadramino, pero vivía en Cestona (Guipúzcoa) desde que tenía cuatro años. Su único «delito» fue el de ser hijo de un maestro que se había visto obligado a abandonar el País Vasco siete años atrás, tras sufrir un atentado de ETA.

El 8 de noviembre de 1984, hacia las siete y media de la mañana, Juan Sánchez salió de su casa para dar un paseo con su perro, como hacía todos los días a esa misma hora. Aún se hallaba cerca de su domicilio cuando un individuo se le acercó y le preguntó si era *«maixu txikia»* (‘maestro pequeño’), que era el apodo por el que la víctima era conocida en Cestona. Él respondió afirmativamente y al instante fue obligado a introducirse en un Renault 5 en el que iban otros dos miembros del Comando Goierri Costa y el propietario del vehículo, José María Arregui Aguirre, a quien los terroristas se lo habían arrebatado, a punta de pistola, un par de horas antes.

Los cinco hombres y el perro de Juan Sánchez Sierra fueron en el coche hasta la cantera de Aizarna. Allí ordenaron al propietario del Renault que se alejara unos metros, de espaldas al vehículo, y a Juan Sánchez que descendiera del mismo. Unos segundos después, José María Arregui oyó tres detonaciones. Acababan de disparar a la víctima en la cabeza, a quemarropa.

Los terroristas avisaron a la Policía Municipal de Cestona de que

había un cadáver en las inmediaciones del barrio de Aizarna. Eran las nueve de la mañana y el comunicante, que dijo hablar en nombre de ETA, insistió en que avisaran a la Guardia Civil. Su insistencia se debía a que, además del cadáver, habían dejado una bomba con un kilo de Goma 2 lista para explotar cuando aparecieran los agentes de la Benemérita. Cuando los servicios sanitarios llegaron al lugar, encontraron al perro junto al cadáver de su dueño, lamiendo el ensangrentado rostro de su amo.

SEGUNDA OLEADA DE ASESINATOS (ABRIL DE 1986-ABRIL DE 1987)

La segunda campaña de atentados del Comando Goierri Costa de ETA se llevó a cabo entre abril de 1986 y abril de 1987. Los terroristas que lo componían en aquel momento eran, además del ya citado *Kubati*, Rafael Etxebeste Garmendia y María Teresa Pérez Sever. Durante ese año cometieron atentados tan sanguinarios como el que causó la muerte al gobernador miliar de San Sebastián, Rafael Garrido Gil, a su esposa, su hijo y a una transeúnte el 25 de octubre de 1986; el secuestro del industrial Jaime Caballero Urdampilleta, en San Sebastián, el 10 de diciembre del mismo año, o la bomba al paso de una patrulla de la Guardia Civil en el alto de Meagas, en Zarautz (Guipúzcoa), el 28 de junio de 1986, que causó la muerte en el acto al guardia civil Francisco Muriel Muñoz, y meses más tarde, a causa de las secuelas del atentado, al también guardia civil José Carlos Marrero Sanabria.

28 de junio de 1986: un día sangriento

Hubo un atentado del Comando Goierri Costa que a mí me causó un impacto especialmente doloroso. Con esto no estoy diciendo que una muerte sea más o menos que otra, o que un cadáver tenga más o menos valor… En realidad, me estoy refiriendo a la cercanía de las víctimas, porque en esta ocasión fueron personas a las que conocía y con las que había charlado, reído y compartido experiencias.

Hasta aquel fatídico día, ETA solo había actuado una vez contra

los Grupos Antiterroristas Rurales (GAR). El atentado tuvo lugar en el alto de Meagas, en Zarautz, y en él murió en el acto Francisco Muriel Muñoz, mientras varios guardias civiles resultaron heridos de gravedad. Uno de ellos, Carlos Marrero, jamás superó sus secuelas y terminó con su vida año y medio después.

Por desgracia, en este atentado se entrecruzan muchas de las historias que se narran en este libro. El guardia civil muerto en el acto y los heridos fueron durante años compañeros de algunos de los agentes que han relatado sus experiencias para que esta obra pudiera escribirse. Casi entre lágrimas, todavía esbozo una leve sonrisa cuando me parece escuchar el acento malagueño de Francisco Muriel, aquel ceceo suyo tan característico que tanto nos hacía reír a mis amigas y a mí. Descanse en paz.

Dos de las personas que han colaborado en esta obra pertenecieron a los Grupos Antiterroristas Rurales antes de ingresar en la Unidad de Servicios Especiales (USE). Por razones lógicas de anonimato, en el libro aparecen como los agentes Q y X. Tras finalizar su preparación de nueve meses en el Centro de Adiestramientos Especiales, Q fue destinado a la primera compañía de los GAR, con sede en San Sebastián. Allí conoció al agente X y a otros muchos compañeros. En la misma sección que X, estaban destinados los agentes Muriel, Marrero y Colmenero, con quienes compartía camareta. Posteriormente, el agente Q entró a formar parte de otra sección de la misma compañía.

A mediados del mes de junio de 1986, la primera sección los GAR se encontraba en Logroño, ciudad en la que estaba situada la base de la unidad y donde, cada cuatro semanas, los agentes realizaban siete días de entrenamiento. El primer día, el agente X llegó tarde a la formación. El sargento no se lo pensó: en cuanto lo vio aparecer, le comunicó que él se ocuparía del retén del primer día cuando llegaran a Intxaurrondo.

—Así recordará la próxima vez a qué hora tiene que estar en la formación —dijo el sargento mientras X mascullaba en silencio una larga serie de improperios.

Una vez finalizado el entrenamiento, el 27 de junio, cogieron sus furgonetas Nissan y partieron desde Logroño hacia San Sebastián. Tras dejar listo el material de trabajo, los agentes salieron a cenar a un restaurante de la capital guipuzcoana e, incluso, tomaron unas

copas. El día siguiente, el sábado 28, era el primero de trabajo en Donosti y X tuvo que madrugar para entrar de retén.

Eran las siete de la mañana cuando, a través de los radiotransmisores, comunicaron al agente X que se había producido un atentado en Zarautz. Un guardia había resultado herido al quedar destrozado su Land Rover por la explosión de una bomba colocada en la carretera, en el alto de Orio.

Sus compañeros aún dormían, pero X los despertó y todos se levantaron de un salto. A los pocos minutos, los Nissan ya estaban en camino. Su misión consistía en rastrear a fondo la zona del atentado. Tomaron la carretera que une Orio con Zarautz y, cuando alcanzaron el alto de Meagas, hacia las ocho y media de la mañana, se produjo otra explosión. El agente X oyó perfectamente el estruendo a través de los radiotransmisores que le mantenían en comunicación con sus compañeros.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —preguntó nervioso.

Pero no obtuvo una respuesta clara. Tan solo escuchaba voces intercaladas y alguien que decía: «¡Dios! ¡Dios!». Entonces otra voz exclamó:

—¡El coche de Wally!

El agente X supo al instante que la tragedia se acababa de cernir sobre su sección, que habían caído en una trampa y que la casualidad, el azar o el mismo Dios le habían salvado la vida. El coche que acababa de ser explosionado era el vehículo en el que él trabajaba. Si su sargento no le hubiera castigado, él habría ocupado el asiento junto al conductor en aquel Nissan CGC-4213-T en el que se habían desplazado sus siete compañeros.

—¡Respondedme! ¡Respondedme! —insistió el agente X, enloquecido.

Por fin oyó a alguien al otro lado:

—No encontramos a Muriel; Wally está destrozado y a Perona se le ha reventado un tímpano porque ha salido a inspeccionar y ha pillado un sedal.

Los etarras habían estudiado a conciencia el modo de operar de los GAR. Sabían que inmediatamente después de un atentado salían en dirección a la zona del suceso. En efecto, el atentado del alto de Orio no fue más que un cebo para cazar a sus verdaderas víctimas.

ETA había colocado una bomba en un talud de la carretera,

junto a un precipicio, con la intención de que el coche de la Guardia Civil se despeñase. El artefacto, de considerable potencia, alcanzó de lleno al vehículo, que no contaba con blindaje más que en las dos puertas delanteras y en el parabrisas. La bomba arrancó de cuajo ramas enteras de árboles y arbustos, y mató en el acto al guardia civil Francisco Muriel Muñoz, natural de Archidona, Málaga, de treinta años y miembro de la primera promoción de los GAR. Paco Muriel —o Yuman, que era su «nombre de guerra»— había decidido regresar a su lugar de origen ese mismo año y tenía planes de boda para un futuro cercano que, en décimas de segundo, se volvió inalcanzable. Algunos cuerpos quedaron atrapados —otros salieron despedidos— como muñecos de trapo entre aquel amasijo de chatarra en que quedó convertido el vehículo.

El etarra Antonio López Ruiz, *Kubati*, fue quien accionó el detonador.

El agente José Carlos Marrero Sanabria, de veintiocho años y natural de la isla de Gran Canaria, sufrió insuficiencia respiratoria y *shock* traumático. Además, el atentado le produjo una importante lesión cerebral que le dejó graves secuelas. Tras el atroz suceso, regresó a su lugar de origen e ingresó en un centro psiquiátrico en Las Palmas de Gran Canaria. Allí murió año y medio después, el 10 de enero de 1988, tras arrebatarle el arma a un compañero que había ido a visitarle y dispararse con ella. «Quedó muy mal y no fue capaz de superarlo», declaró la madre de Marrero a la prensa después del suicidio.

Además, resultaron heridos José María Baltasar Gil, de veintiséis años; Manuel Ángel Arenal Linares, de veintiún años; Ramón Perona Sánchez, de la misma edad que el anterior, quien, a pesar de salir ileso de la explosión, tropezó con un hilo de sedal conectado a una olla a presión llena de tornillería y metralla mientras inspeccionaba la zona; Luis Pérez Bao, de veinticuatro años, y Juan Carlos Carballo Gañan, de veintitrés. Todos fueron trasladados al hospital de la Cruz Roja de San Sebastián, donde también se dirigió el agente X, nervioso, confuso y sin poder dejar de oír en su mente la explosión y los gritos.

Por motivos obvios, el agente X se encontraba profundamente afectado por el atentado: el fallecido, Francisco Muriel, dormía en su misma camareta, y de no haber sido por la sanción que le

impusieron a causa de un retraso completamente involuntario, él habría sido una víctima más de la explosión.

Aquel 28 de junio de 1986 fue un día aciago no solo para la primera sección de los GAR, sino para toda la Comandancia de la Guardia Civil y para otros muchos agentes que, como Q, habían pertenecido a esa misma compañía hasta que se creó la cuarta, con sede en Álava, y cambiaron de destino.

Yo misma le pedí al que hoy es mi marido que abandonara la Guardia Civil. Faltaban exactamente quince días para nuestra boda y nunca antes había visto tan cerca la posibilidad de quedarme sin el hombre al que amaba. Medio enloquecida, le pedí a gritos, mientras agarraba el teléfono con todas mis fuerzas, que renunciara a su trabajo y su vocación para salvar la vida. Yo era entonces una joven que preparaba su boda. Aquella mañana acababa de regresar a casa después de realizar las últimas gestiones para el gran acontecimiento cuando sonó el teléfono y mi novio me comunicó la noticia de la muerte de su compañero. El día 28 de junio de 1986 era sábado y, junto a mis compañeros de facultad, aquella tarde celebraba el fin de curso y mi despedida de soltera. Tuve que romper mi silencio y contarle a un compañero de clase en qué trabajaba exactamente mi futuro marido y quién era el guardia asesinado aquella mañana. Nadie debía conocer la verdad, pero aquella tarde necesitaba llorar y olvidé las precauciones.

10 de septiembre de 1986: el asesinato de Yoyes

Eran las fiestas en Villafranca de Ordicia (Guipúzcoa) y aquel día, el 10 de septiembre de 1986, tenía lugar en la localidad una exposición de maquinaria agrícola. En aquel pueblo había nacido, el 14 de mayo de 1954, una de las más importantes activistas de ETA, María Dolores González Catarain, alias *Yoyes* y *Nekane*.

A pesar de que el 15 de octubre de 1977 se había visto beneficiada por la aprobación de la Ley de Amnistía, ella continuó su actividad terrorista hasta 1985. De hecho, en diciembre de 1978, estuvo instruyendo acerca del uso de armas y explosivos a varios miembros del Partit Socialista D'Alliberament Nacional dels Paisös Catalans (PSAN) y, poco después, en febrero de 1979, se hizo cargo de la oficina política de ETA militar. En los ambientes policiales se

la consideraba la sucesora de José Miguel Beñarán, alias *Argala,* uno de los más importantes ideólogos de la banda terrorista y partícipe directo de la Operación Ogro, que acabó con la vida del entonces presidente del Gobierno, el almirante Carrero Blanco.

Yoyes estuvo huida en América (México) durante algún tiempo, hasta que en 1983 Francia le concedió el estatuto de refugiada política. Dos años después, el 16 de octubre de 1986, la Audiencia Nacional le otorgó la libertad al considerarla reinsertada. Dolores González Catarain había abandonado la banda terrorista y mostrado arrepentimiento. Esto, junto al hecho de no contar con delitos de sangre en su historial, le permitió la posibilidad de iniciar una nueva vida.

Fueron muchos los que advirtieron a *Yoyes* que no debía aparecer públicamente; le aconsejaron que se marchara y escondiera en algún lugar donde la banda no pudiera encontrarla. Pero no hizo caso. A pesar de las numerosas pintadas en las que se la amenazaba de muerte, ella decidió quedarse en su tierra natal, junto a su esposo y su hijo.

José Miguel Latasa Guetaria, alias *Fermín,* era uno de los colaboradores del Comando Goierri Costa de ETA. Como *Yoyes*, era natural de Villafranca de Ordicia y conocía bien a la mujer a quien la banda consideraba una «traidora» y, por tanto, uno de sus principales objetivos en el punto de mira. *Fermín* averiguó que *Yoyes* y su familia estarían en Ordicia con motivo de las fiestas locales y que, además, el 10 de septiembre, acudiría a la exposición de maquinaria agrícola que se celebraría en la población.

El Comando Goierri Costa de ETA le encomendó a *Fermín* la misión de controlar los movimientos de *Yoyes* durante aquel día. En ningún momento la perdió de vista y la estuvo siguiendo mientras visitaba la exposición de maquinaria en compañía de su hijo. El pueblo estaba abarrotado de gente y en ningún momento *Yoyes* llegó a sospechar que estaba siendo vigilada de cerca por los asesinos que poco después acabarían con su vida.

Mientras tanto, en un Renault 5 llegaron a Villafranca dos miembros del Comando Goierri Costa de ETA. Uno de ellos era José Antonio López Ruiz, alias *Kubati*. Habían robado a punta de pistola el vehículo a su propietario, a quien obligaron a llevarles hasta la exposición de maquinaria agrícola. Una vez allí, *Kubati* bajó del

vehículo, mientras el otro etarra se quedó vigilando, pistola en mano, tanto el vehículo como a su propietario secuestrado.

Kubati era un experto en contravigilancia y, tras mirar en todas direcciones, se dio cuenta de que la cantidad de gente que había en la exposición iba en su favor. Sin demasiada dificultad, localizó a *Fermín* entre la muchedumbre, tras comprobar que no había nadie sospechoso a su alrededor.

—Es esa —le dijo Fermín señalando con un gesto de la cabeza hacia *Yoyes*—. ¿La ves? Es la que lleva al niño de la mano.

Kubati miró en la dirección indicada y se convenció de que, en efecto, estaba sola con su hijo. Nadie sospechoso a su alrededor.

—¿Estás seguro de que es ella? —preguntó.

—Sí, joder, es ella —aseguró *Fermín*.

Tras tocar su arma con un gesto apenas perceptible, *Kubati* se dirigió hacia *Yoyes*. El colaborador se alejó en dirección contraria.

—¿Eres *Yoyes*? —preguntó a la mujer cuando se encontró a su espalda.

—Sí —respondió ella, volviéndose.

—¿Y sabes quién soy yo? —inquirió él, tranquilo, sin un ápice de prisa o de nerviosismo.

Ella dijo que no, por lo que *Kubati* se identificó, quizá mirando a los ojos a su víctima:

—Soy miembro de ETA y he venido a ejecutarte.

Yoyes se abalanzó contra el terrorista, pero este disparó dos veces. Ella cayó desplomada al suelo. Uno de los disparos le alcanzó en el muslo y otro en el tórax. Antes de que nadie pudiera reaccionar y ante la mirada atónita del hijo de *Yoyes*, el pistolero remató a su víctima. La disparó en la cabeza, una especie de «tiro de gracia» que le produjo una herida con salida de masa encefálica. La muerte de *Yoyes* fue inmediata. La «ejecución» se había cumplido.

Segundos después, *Kubati* se dirigió, a paso ligero pero sin correr, hasta el Renault 5, en cuyo interior le esperaban *Fermín* y el otro etarra. Dejaron allí al dueño del coche y salieron en él del pueblo. El vehículo apareció abandonado en la estación de ferrocarril de Beasain: contenía una bomba trampa que, afortunadamente, la Guardia Civil logró desactivar.

TERCERA OLEADA DE ASESINATOS (ABRIL-NOVIEMBRE DE 1987)

En marzo de 1987, la dirección de ETA ordenó al comando que regresara a Francia. Dejaron el armamento escondido en un bajo de la localidad de Villabona, propiedad de Gervasio Aguirre, y los terroristas volvieron a cruzar la frontera. Fue entonces cuando uno de los miembros, Ignacio Urdiain, tomó la decisión de abandonar la banda. Fue sustituido por María Teresa Pérez Sever, que previamente había pertenecido al Comando Orbaizeta de ETA militar. Santiago Arrospide, *Santi Potros*, y Jesús Arcauz les instruyeron sobre el manejo de cañones Jotake y, una vez preparados, regresaron a España. Se alojaron en el domicilio de Ignacio Larrañaga, en Azpeitia, y desde allí salieron para acudir a una cita con Pedro José Ibáñez, encuentro que el propio *Santi Potros* había organizado para los miembros del comando: recibieron nada más y nada menos que cuarenta y dos cañones, treinta y ocho de ellos tipo Jotake.

El Comando Goierri Costa comenzó su tercera campaña de atentados mejor preparados, si cabe, que en las anteriores. Contaban con un buen número de pisos francos, *laguntzailes*, dinero y, sobre todo, se encontraban mejor armados que nunca. Los cañones les permitirían realizar actos terroristas de mayor calado y envergadura.

Aclaremos que los terroristas los denominaban cañones Jotake, pero en realidad son unas granadas de elaboración propia mucho más mortíferas que las de carga hueca utilizadas por la banda en sus comienzos. Dentro del proyectil (de unos 75 centímetros y 15 kilos de peso, aproximadamente), los Jotake pueden almacenar hasta cinco kilos de amonal y hacen explosión al contactar con cualquier obstáculo. Funcionan como los morteros: se introduce el proyectil por un tubo lanzador, de acero, y se dispara mediante un dispositivo eléctrico. Tienen un alcance de varios cientos de metros.

El comando inauguró su tercera «temporada» atentando contra el cuartel de la Guardia Civil de Villafranca de Ordicia. Durante los meses que duró esta tercera oleada de atentados, el Comando Goierri Costa de ETA mató a un policía nacional en un atentado contra una patrulla en la avenida de la República Argentina de San Sebastián, el 27 de septiembre de 1987, y al cabo primero de la

Guardia Civil Antonio Mateo Melero, que murió de tres disparos a quemarropa en Villafranca de Ordicia el 1 de noviembre de ese mismo año.

Mueren dos terroristas durante la Semana Grande

Era el 15 de agosto de 1987, Día de la Virgen durante las fiestas de la Semana Grande de San Sebastián. Los tres miembros del Comando Goierri Costa —Rafael Echebeste Garmendia, María Teresa Pérez Sever y el sanguinario *Kubati*— se disponían a atentar contra un vehículo de la Policía Nacional. La ciudad se hallaba en plena celebración cuando, de pronto, se oyó una gran explosión y un coche saltó por los aires en pleno paseo de Urumea. Dos activistas de ETA aparecieron entre el amasijo de chatarra en que quedó convertido el vehículo. Un error al preparar el explosivo acabó con las vidas de Rafael Echebeste y María Teresa Pérez Sever. A partir de ese momento hasta el día de su detención, el 25 de noviembre de ese año, *Kubati* continuaría en solitario haciendo lo que mejor sabía: matar.

Más sangre en el Día de Todos los Santos

Era el 1 de noviembre de 1987, domingo y festividad de Todos los Santos. Como suele suceder en cualquier localidad española durante ese día, en Villafranca de Ordicia el camino al cementerio parecía una procesión. Decenas de vecinos acudían a honrar a sus difuntos, cruzándose en el trayecto con quienes ya regresaban. Entre ellos iba un matrimonio joven, rondando la treintena. Ella, natural de Ordicia, seguramente contaba con más de un pariente reposando en el cementerio. Era bastante conocida en el pueblo, pues sus padres regentaban allí un bar. Su esposo, Antonio Mateo Melero, de treinta y dos años, era natural de la localidad gaditana de Vejer de la Frontera. De profesión, guardia civil y, como tantos otros, residía en el País Vasco desde hacía muchos años, en su caso, once. En Ordicia había nacido su hija, de siete años, que acababa de hacer la primera comunión.

Tras la visita al cementerio, dieron un paseo y tomaron un aperitivo en un bar del pueblo. Sin percatarse y sin tener tiempo

para reaccionar, un individuo se colocó a la altura de la pareja y, por la espalda, disparó dos veces en la cabeza de Antonio Melero, que cayó al suelo desplomado. El hierático *Kubati* apuntó de nuevo a la cabeza de su víctima cuando yacía en el suelo y le dio el tiro de gracia. Sin apenas inmutarse, huyó rápidamente del lugar.

Pero la tranquilidad le duraría poco a este sanguinario pistolero. Desde hacía un tiempo la Guardia Civil venía pisándole los talones. Como dijimos antes, fue detenido el 25 de noviembre de 1987 y no quedará en libertad hasta 2017. Sus condenas suman un total de 1076 años de prisión.

TRAS LA PISTA DE *KUBATI*

La Guardia Civil no desperdiciaba una ocasión para obtener información, por lo que con motivo de las fiestas de una localidad aprovechaban para vigilar movimientos de personas y de vehículos. Tras el asesinato de *Yoyes*, había comenzado un análisis exhaustivo de la información obtenida y cuando el resultado llevaba hacia algún individuo sospechoso, se procedía a su vigilancia. Un trabajo concienzudo, lento, ingrato… Pero si se obtenían resultados, todos los esfuerzos valían la pena.

Mientras tanto, *Kubati* se había quedado solo; sus compañeros de comando habían muerto. No obstante, los dirigentes etarras no le habían ordenado regresar a Francia, a pesar de que *Santi Potros* había caído en septiembre, a manos de la gendarmería francesa, y, tras él, en una gran redada, otros integrantes de ETA, mientras que en España se detenía a más de cien colaboradores.

Las pesquisas realizadas por el Servicio de Información de la Guardia Civil de San Sebastián sobre ciertos individuos sospechosos de Villafranca de Ordicia iban tomando forma y todo indicaba que los agentes estaban sobre una buena pista. El 2 de noviembre de 1987, un día después del asesinato de Antonio Mateo Melero, se tomó la decisión de que la Unidad de Servicios Especiales se desplazase hasta Guipúzcoa.

Dos equipos, que sumaban alrededor de veinte agentes, entre los que estaban Q y X, llegaron a San Sebastián el 5 de noviembre. Una caravana formada por diez vehículos recorrió la carretera nacional

N-I desde Madrid hasta San Sebastián. Como de costumbre, los agentes se alojaron en la Comandancia de Intxaurrondo.

Todos se reunieron en el piso de la casa cuartel que se utilizaba como base. Era imprescindible organizarse para comenzar el trabajo de vigilancia al día siguiente. En los años ochenta no se disponía de internet ni de dispositivos GPS, y aunque ahora nos resulte inimaginable, una de las primeras infraestructuras que tenían que preparar era un laboratorio fotográfico. Los agentes tomaban fotos de los sospechosos y de los vehículos en los que viajaban, y cuando terminaba su jornada en la calle, regresaban a la base para revelar el material fotográfico y, en una máquina de escribir, redactar el informe diario.

Los movimientos rutinarios del laguntzaile

El punto de inicio de la investigación era un individuo del que, gracias al Servicio de Información de San Sebastián, conocían algunos datos —nombre, edad, domicilio— y de quien esperaban les condujera hasta alguien de mayor «importancia». Tras examinar detenidamente el plano y tener claro dónde se situaría cada cual, la reunión se dio por finalizada. Cada agente comprobó que sus instrumentos de trabajo estaban listos para el día siguiente, mientras los responsables del material se cercioraron de que el material fotográfico y de comunicaciones se encontraba en perfecto estado.

La jornada siguiente comenzó temprano. Se trataba de vigilar los movimientos de Ramón Ángel Hernández Gabiola, con domicilio en el número 2 de la plaza de Inchausti, en Villafranca de Ordicia. Enseguida, los agentes del Grupo 5 se tropezaron con el primer obstáculo: la plaza era muy pequeña y solo contaba con dos salidas. Por si fuera poco, no había ningún bar cercano… En efecto, la vigilancia se presentaba complicada. Un agente se dispuso a camuflarse cerca del inmueble para observar la salida del individuo cuando esta se produjese. Muy cerca, aunque evitando caer en el campo visual de quien pudiera salir del portal, se situaron otros dos agentes, uno a la izquierda y otro a la derecha de la plaza. Los coches, con dos ocupantes cada uno, se colocaron a una distancia mayor, por si el individuo cogía algún vehículo de los que había

aparcados en la zona. Más alejado se encontraba el otro equipo, con la orden de relevar al primero cuando sus compañeros llevaran mucho tiempo tras el objetivo o de entrar en acción si se presentaba algún imprevisto.

Los agentes estuvieron siguiendo y observando los movimientos de Ramón Hernández durante varios días, pero este no parecía realizar actividades «sospechosas». Su vida era rutinaria, incluso aburrida. No salía nunca del pueblo. Pero no convenía desesperar. Todos estaban seguros de que la vigilancia daría sus frutos.

Encuentro con Kubati

La mañana del 10 de noviembre, Ramón Hernández salió de su casa y cogió su vehículo, que estaba aparcado en la misma plaza.

—Pepe, Cervantes, Seyko —alertó el agente que se encontraba en las inmediaciones (en el lenguaje convenido que utilizan los agentes de la Guardia Civil, esas tres palabras significan que 'el objetivo ha cogido el coche').

Los demás se dieron por enterados. Los vehículos se pusieron en marcha y recogieron a los agentes que hacían la vigilancia a pie.

—Manzana —dijo el que le había visto salir. El vehículo que se encontraba estacionado en la calle de la derecha, la calle Guipúzcoa, se situó tras el objetivo (en el lenguaje convenido «manzana» significaba 'derecha').

El primer vehículo de la Guardia Civil que seguía al objetivo supo entonces que se dirigía a la autovía de Echegárate. La información se comunicó a sus compañeros. Cuatro coches se colocaron detrás de Ramón Hernández. El primero había permitido que dos vehículos le adelantaran y se interpusieran entre él y el objetivo. El segundo iba a unos cien metros de distancia y los otros dos, bastante más atrás. Quince minutos después, Ramón abandonó la carretera para entrar en Tolosa, donde tomó una calle a mano izquierda y estacionó.

—Ha torcido a la izquierda y se ha detenido. Yo sigo hacia delante. Entra tú, cuarenta y cuatro, y adelántale para que lo cojas si sale —dijo el agente del primer vehículo.

Quizá tan solo se trataba de una maniobra rutinaria para asegurarse de que nadie le seguía, pero también podía ser que el

objetivo hubiera detectado algo extraño en el coche que iba tras él. De ahí que este se apartara y pidiera a su compañero que ocupara su lugar.

Apenas un par de minutos después, Ramón Hernández volvió a poner su vehículo en movimiento. No se dio cuenta de que, a pocos metros, un coche se ponía en marcha en su misma dirección. Hernández llegó a las inmediaciones de la estación de ferrocarril de Tolosa y aparcó. El vehículo que le seguía pasó de largo y, un poco más adelante, se detuvo para dejar que uno de los agentes se apeara. Segundos antes se habían avisado unos a otros por los transmisores:

—Pepe aparca. Sigue a pie.

—OK. Baja MT y le coge.

Efectivamente, del segundo vehículo de la Guardia Civil descendió un agente que comenzó el seguimiento a pie. Del primero bajó otro que, si bien no alcanzaba a ver al objetivo, sí podía ver a su compañero. De un tercer vehículo descendió otro miembro de la Benemérita que se mezclaría entre los ciudadanos que iban y venían a Tolosa en tren. Los vehículos buscaron un lugar apropiado para aparcar y pasar desapercibidos.

Comenzaban unos minutos de incertidumbre. ¿Adónde se dirigía el objetivo? Hasta que no supieran dónde se detenía o en qué portal entraba, los agentes que estaban en los coches tenían orden de no moverse. Solo cuando conocieran el paradero de Ramón Hernández se colocarían en lugares adecuados. Unos cubrirían las posibles vías de escape, mientras otros esperarían un poco más alejados.

El objetivo iba camino de la estación, pero ya se había detenido en dos ocasiones: la primera, para mirar el escaparate de un comercio, y la segunda para simular que buscaba algo en un bolsillo.

—Es la segunda vez que se detiene. Creo que no me ha visto. Solo tiene miedo, pero le adelanto —comunicó MT, que tomó la siguiente bocacalle.

El agente que iba detrás se apresuró hasta alcanzar en su ángulo visual al objetivo que, casi inmediatamente, se detuvo. Miró a su alrededor. El guardia civil aprovechó la cercanía de la estación de ferrocarril y entró en ella, no sin asegurarse de que no perdía de vista al objetivo. Avisó a sus compañeros:

—Se ha detenido. Busca algo o a alguien. Estoy dentro de la estación.

Otro de los agentes se acercó a Ramón Hernández, que miraba fijamente en una dirección. «¿Qué demonios estará buscando este tío?», se dijo mientras dirigía su mirada hacia el mismo lugar. Avanzó en esa dirección. Un individuo con gafas venía en dirección contraria, caminando hacia él. A la altura de una cabina telefónica, ambos hombres se cruzaron. El agente se quedó sin aliento.

—Es *Kubati*. Apostaría a que el tío que he visto a la altura de la cabina es *Kubati*. Va en dirección al objetivo —dijo por su trasmisor.

Habría deseado girarse y presenciar el encuentro, pero siguió su camino. El agente que se encontraba dentro de la estación podía verlos con claridad y avisó de que los tenía controlados. Salió de la estación y encendió un cigarrillo, mientras de reojo se cercioraba de que ellos no le miraban a él. Entonces presionó el *play* de su pequeño «loro», un radiocasete muy popular entre los jóvenes de los años ochenta. Aquel aparato no servía para escuchar música, sino para hacer fotografías: los técnicos del Grupo habían introducido en su carcasa una máquina fotográfica y con ella el agente de la Guardia Civil sacó varias fotos de Ramón y de su acompañante. En efecto, se trataba del mismísimo *Kubati*, uno de los terroristas más sagaces y mejor adiestrados de la banda terrorista, por lo que el agente prefirió alejarse unos metros para evitar ser descubierto. Otro compañero, perfectamente camuflado, se encontraba cerca y podía seguir sus movimientos.

El objetivo era mucho más «serio» y peligroso de lo que en un principio habían pensado. En décimas de segundos, la situación había dado un giro de enorme importancia. De vigilar a un simple colaborador, ahora pasaban a seguir a un peligroso asesino. El jefe del equipo dio varias órdenes a través de los transmisores. Había que olvidarse de Ramón y concentrarse en *Kubati*. Pero, eso sí, la seguridad de la operación estaba por encima de todo, no tanto la de los propios agentes, sino la de la acción policial en general: había que hacer lo posible por no ser descubiertos y no levantar sospechas.

Unos minutos después, el *laguntzaile* dio media vuelta y se dirigió hacia su vehículo. Pero *Kubati* siguió allí, mirando en todas direcciones en busca de algún movimiento sospechoso. El terrorista

avanzó por la calle situada junto a la estación de ferrocarril, aunque se detuvo en varias ocasiones. El agente que lo seguía se dio cuenta de que el riesgo de ser detectado era alto, por lo que decidió dejar que otro compañero siguiera los pasos del objetivo. Pero no tuvo tiempo de avisar. De pronto, se percató de que lo había perdido de vista.

—No lo veo. He perdido a Pepe —dijo por su transmisor.

Avanzó unos metros más en la dirección que suponía que el objetivo había seguido, pero no pudo hallarlo. El resto de sus compañeros tampoco.

Frustración y desánimo entre los agentes de la Guardia Civil

La desilusión invadió a todos los agentes que participaron en la operación. ¡Habían tenido a *Kubati* a unos metros y lo habían perdido! Los que seguían en los vehículos fueron al encuentro de sus compañeros y los recogieron. Decepcionados, tomaron el camino de regreso a San Sebastián.

Pero el desánimo no duró mucho. Eran profesionales jóvenes y capaces, preparados para superar cualquier dificultad. Lo importante era que habían localizado al terrorista, que poseían fotografías suyas recientes y que tenían controlado a su *laguntzaile*. Sabían con certeza que este les volvería a conducir hasta el jefe del Comando Goierri Costa.

De vuelta a la base, la principal tarea, la más esperada por todos, era el revelado de las fotos que se habían tomado con la cámara instalada en el interior del radiocasete. El fotógrafo del equipo se dispuso a revelarlas, mientras los demás se reunían para hacer lo que llamaban el *debriefing* de la operación, que consistía en analizar cada paso que habían dado con el fin de detectar el menor fallo, si es que lo había. De hecho, pronto se dieron cuenta de que todas sus acciones habían sido las correctas, que nadie había cometido ningún error. Sabían que *Kubati* era uno de los hombres más inteligentes de la banda terrorista, y estaba claro que no sería fácil cazarle. Después se elaboraba el informe del día: uno de los agentes se colocaba frente a la máquina de escribir y los demás iban aportando los datos que debían aparecer, que no eran pocos. Los agentes se sentían exhaustos tras un día de duro trabajo soportando

una enorme tensión. ¿Puede haber algún momento más estresante que ese en el que un agente se cruza con uno de los terroristas más peligrosos de ETA? ¿Puede un corazón palpitar a un ritmo más vertiginoso que el del guardia civil que sacó las fotos del asesino?

Al día siguiente, lo primero que hicieron fue preparar un dispositivo emisor de señal para el coche de Ramón. Había que vigilarle permanentemente, pues en cualquier momento podría volver a tener una cita con *Kubati*. La inmediatez de respuesta ante el menor movimiento del *laguntzaile* era ahora lo prioritario, por lo que se decidió trasladar la base de los equipos del Grupo 5 a Tolosa, que, además de ser la población en la que *Kubati* y Ramón se habían citado, se encontraba a pocos minutos de Villafranca de Ordicia. Por suerte, en las dependencias de la Guardia Civil de Tolosa había pisos vacíos.

Largos días de espera

En efecto, tras el encuentro fallido con *Kubati* se preparó el dispositivo para controlar el vehículo del colaborador. El receptor, que avisaría de que el *laguntzaile* se movía, se situó en la nueva base, en Tolosa, pero era necesario colocar el emisor en el coche. La operación debía realizarse de noche, pues a la luz del día los riesgos de ser descubiertos eran muy superiores. Un coche con tres agentes en su interior se desplazó hasta la plaza de Inchausti de Ordicia, donde estaba aparcado el vehículo de Ramón. Dieron una vuelta a la manzana. Ni un alma por las calles. Todo era silencio. Los agentes comprobaron que no había nadie asomado a ninguna ventana. Finalmente, detuvieron el coche en una de las esquinas previas a la plaza y, sin titubear, uno de ellos se dirigió hacia el vehículo del colaborador de ETA. Su concentración era absoluta. A pesar de la respiración acelerada, sus manos no temblaban y su pulso era firme. Fue un visto y no visto: desmontó el parachoques delantero del vehículo y colocó el dispositivo de transmisión. A los pocos minutos volvió a dejar el coche intacto. Uno de sus compañeros no había dejado de vigilar los portales y las ventanas cercanas.

—Vámonos —dijo el agente cuando volvió al vehículo policial —. Ahora solo queda esperar pegados al receptor.

Los guardias civiles regresaron a Tolosa. Desde aquel momento, los días se hicieron interminables. Los primeros dos equipos del Grupo 5 llevaban allí ya dos semanas, pero no veían claro el momento de regresar a Madrid. En principio, el relevo se producía después de una semana de trabajo, pero en aquel momento había muy poco personal disponible y se veían obligados a trabajar a destajo, sin saber nunca cuándo llegaría la hora de descansar. El Grupo 5 solo contaba entonces con cuatro equipos de unas diez personas cada uno. Para determinadas vigilancias y seguimientos se requerían dos equipos, pues uno se constituía con apenas cuatro o cinco vehículos ocupados por dos agentes cada uno. La estructura era mínima, y en operaciones tan delicadas como aquella resultaba del todo imprescindible que todos los agentes disponibles participaran. De modo que cuando los dos últimos equipos llegaron a Guipúzcoa, los otros dos no regresaron a Madrid, sino que decidieron permanecer en la provincia para apoyar la acción policial.

Fueron tres semanas las que los agentes estuvieron sin descansar, con la consiguiente preocupación de sus familias, que esperaban ansiosas el regreso de sus seres queridos y este no se producía. Los miembros de los equipos especiales de la Guardia Civil están bien adiestrados para afrontar un trabajo tan duro y extenuante, pero las esposas no pasamos por ningún centro de formación especial. De hecho, muchas veces son ellos los que tienen que animarnos, pues la desesperación comienza a hacer mella en nuestro ánimo. Mi marido había salido de casa para trabajar fuera durante una semana y no regresó hasta tres semanas después. Yo intuía que estaba participando en una operación importante, lo que añadía a la situación un terrible componente de incertidumbre y de temor.

Aunque los cuatro equipos del Grupo 5 estaban instalados en las dependencias del cuartel de la Guardia Civil de Tolosa, se decidió que dos vehículos con sus respectivos agentes permanecieran siempre en Villafranca, desde donde vigilaban los movimientos del *laguntzaile*. Un equipo tenía que estar siempre preparado para salir de inmediato si había alguna novedad. Los agentes iban rotando en estas labores, y si no tocaba ni una ni otra, se dedicaban a pasar el tiempo leyendo, viendo la televisión, charlando o lavando a mano

la ropa sucia que se les iba amontonando.

Pero, por fin, el 18 de noviembre hubo novedades importantes. El teléfono del *laguntzaile* estaba intervenido y el Servicio de Información de la Guardia civil se encargaba de las escuchas. Ramón descolgó el teléfono y, al momento, comenzó a quejarse de no encontrar «a nadie que quiera tenerme». Se refería a alguna persona que le permitiera alojarse en su casa para esconderse. Su interlocutor le dijo que debía seguir buscando, que no era posible que no hubiera nadie que le diera apoyo logístico. Ramón parecía nervioso y pidió al otro que le ayudara a pasar a Francia.

—Ya sabes que yo no puedo —le respondió.

—Y yo no puedo seguir así —dijo Ramón—. Si no me ayudas, hablaré con alguno de los que entienden algo, un abogado, o alguien parecido…

Su interlocutor no le ofreció una solución, por lo que el *laguntzaile* añadió:

—Vale, Joseba, tú a lo tuyo, pero si caigo…

Sin duda, en estas palabras había una amenaza velada, producida por el miedo que le angustiaba. Quizá por eso había bajado la guardia y pronunciado el nombre del hombre con quien hablaba. Joseba, inquieto ante la actitud de su interlocutor, le aseguró que le llamaría una semana después.

—El miércoles estate ahí y te llamo —dijo.

—¿A la una? —preguntó Ramón.

—Sí, a la una —respondió el otro.

A José Antonio López Ruiz, además de por su alias, también le llaman por su nombre, que en euskera es Joseba. Estaba claro que era él quien acababa de hablar con Ramón. De modo que la Guardia Civil tenía una semana para preparar la manera de cogerle. Solo sabían que a la una del miércoles siguiente haría una llamada telefónica. La primera reacción fue de optimismo contenido, pues volvían a tener localizado a *Kubati*. La posibilidad de detenerlo subió la moral de los hombres, pero rápidamente se dieron cuenta de que no había muchas opciones de encontrarle. Llamaría el miércoles a la una, pero ¿desde dónde? Era imposible saberlo. Había que pensar con calma: lo más seguro era que *Kubati* llamara desde un teléfono público. La pregunta era: ¿una cabina telefónica situada *dónde*? Tan solo había una respuesta posible: había que

vigilarlas *todas*.

Cientos de cabinas telefónicas por controlar

Durante esa semana se preparó el operativo. El miércoles 25 de noviembre hubo que vigilar en todo el terreno de la provincia Guipúzcoa más de seiscientas cabinas telefónicas, lo que implicaba la participación de mil ochocientos hombres. De nuevo, aquello parecía a todas luces imposible, pero decidieron seguir adelante. Entre el Servicio de Información, el Grupo 5, la UEI y los GAR contaban con alrededor de quinientos hombres, y con ellos se podrían controlar las cabinas de la comarca de Goierri, que era, probablemente, desde donde se produciría la llamada. Otra área peligrosa, aunque menos probable, la formaba un cinturón alrededor de la anterior, que se cubrió con dos agentes de la Comandancia de San Sebastián y uno de las unidades de élite mencionadas en cada cabina. El problema era el resto del territorio guipuzcoano: más de trescientas cabinas quedaban aún por vigilar. En este caso hubo que reducir a dos el número de agentes por teléfono público: uno de la Comandancia y otro de los llamados «agregados», es decir, personal que provenía de otros servicios, como limpieza, cocina o jardinería.

Todos los agentes prepararon a conciencia las tareas de vigilancia de cada cabina, principalmente las vías de acceso y de evasión, mientras en Villafranca de Ordicia no se perdía de vista el vehículo del *laguntzaile*.

A los agentes X y Q les correspondieron dos cabinas de Tolosa. A las doce y media se encontraban todos en sus posiciones. A *Kubati* se le presuponía una escrupulosa puntualidad.

La captura

Un hombre joven entró en un bar y, mirando de reojo a los pocos parroquianos que allí había, se dirigió a la esquina de la barra que estaba situada junto a la ventana del establecimiento. Pidió un café con leche y comenzó a pasar, con aire distraído, las hojas de un periódico. En la acera de enfrente había una cabina telefónica. A unos veinte metros de distancia, otro hombre, con una pequeña

mochila, esperaba en la parada del autobús. En el pequeño parque situado en una calle paralela, sentado en uno de los bancos, un tercer agente aparentaba leer un libro sin perder de vista la cabina telefónica, que se hallaba a escasos cinco metros de los jardines del parque. En un movimiento apenas perceptible, se llevó la mano al cuello de su cazadora.

—JT, no te veo. ¿Dónde estás? —dijo.

A través del dispositivo colocado en su oreja oyó la respuesta de su compañero:

—Yo sí te veo a ti. ¿Ves los soportales que hay frente a la cabina, a tu derecha?

—Los veo —respondió—. ¿Estás en tu puesto?

—Tranquilo, aquí estoy.

Faltaban pocos minutos para la una del mediodía. Los agentes sentían la tensión en todos sus músculos. Contenían la respiración.

—Se acerca un individuo que puede ser Pepe —dijo el agente que «leía» en el parque—. Pasa a mi lado en dirección a la cabina.

Un hombre de unos cuarenta años, con gafas, se acercaba a paso ligero hacia la cabina. «Es él, seguro que es él», pensó el agente. En efecto, el individuo entró en la cabina.

—Ya es nuestro —comunicó a sus compañeros. En apenas tres pasos se encontró junto al terrorista, que acababa de descolgar el teléfono. Todo sucedió en décimas de segundo. La puerta de la cabina se abrió—. ¡Al suelo! —gritó—. ¿No me oyes? ¡Al suelo inmediatamente! ¡Abre las piernas!

Le habían cazado. Los tres guardias civiles le ordenaban a gritos que se tirara al suelo. Pero *Kubati* prefería morir antes que rendirse: se revolvió y luchó por no ser esposado, llegando a echar mano de su arma. Al percatarse de su maniobra, los agentes le quitaron la pistola y le pusieron las esposas.

Mientras, al otro lado del teléfono, desde su casa en Villafranca de Ordicia, Ramón se daba cuenta de que *Kubati* acababa de ser detenido en Tolosa.

4

PRIMAVERA DE 1989:

ACOSO Y CAPTURA DE TRES ASESINOS IMPLACABLES

El 16 de abril de 1989 la Guardia Civil desarticuló el Comando Eibar de ETA, que en aquel momento estaba compuesto por Juan Carlos Balerdi Iturralde, alias *Juankar*, Fermín Urdiain Cirízar y Jesús María Ciganda Sarratea, alias *Eneko* y *Cigala*. Agentes de la Unidad Especial de Intervención (UEI) entraron aquella mañana en la vivienda de José Cándido Zubicaray Badiola e Ignacia Goñi Eceiza, en el número 7 de la calle Ibaiondo, en Ondarroa (Vizcaya), y detuvieron a los terroristas y a sus colaboradores. Pero no eran los únicos que estaban en aquel piso franco. Allí vivía también el pequeño Eñaut, de cinco años, hijo de los dos *laguntzailes* (Eñaut fue muy conocido años después porque se dedicó al fútbol profesional y llegó a ser portero suplente en la Real Sociedad. También destacó por su participación en diferentes marchas y otras acciones de grupos proetarras para el acercamiento de presos). Los agentes de la Benemérita, además, encontraron numeroso material para realizar atentados (seiscientos kilos de amonal, ciento sesenta y cinco kilos de tornillería, cuatrocientos metros de cable eléctrico, placas de matrículas y documentación falsa, cinco cañones Jotake, tres pistolas, gran cantidad de munición y tres vehículos). Desde su formación, en 1984, hasta su desarticulación, en 1989, el Comando Eibar fue el responsable directo de más de diez asesinatos.

La siniestra vida de este grupo etarra puede dividirse en tres campañas. Durante la primera, que duró unos cuatro meses de 1984, el comando estaba compuesto por Jesús María Ciganda

Sarratea, Jesús Arcauz Arana e Ignacio Miguel Gracia Arregui, quienes se dedicaron principalmente al reconocimiento de la zona, a tomar contacto con la infraestructura y con sus numerosos colaboradores.

Durante la segunda campaña, desde febrero hasta agosto de 1986, el grupo estaba compuesto Fermín Urdiain Cirízar, Íñigo Acaiturri Arazábal y el ya citado Jesús Ciganda Sarratea. Entre sus múltiples acciones, fueron los responsables del asesinato, en marzo de 1986, del camarero José Ignacio Aguirrezabalaga, que murió en el acto tras ser disparado a quemarropa en el bar en el que trabajaba. La tercera campaña fue la más larga, desde febrero de 1987 hasta abril de 1989. Entonces el comando estaba integrado por Ciganda Sarratea, Urdiain Cirízar y Juan Carlos Balerdi Iturralde, que había sustituido a Iñigo Acaiturri Arazábal.

A lo largo de su historia, el grupo contó con una importante infraestructura y con un buen número de *laguntzailes*, que, como veremos, jugaron un papel decisivo en su desarticulación.

UN LARGO HISTORIAL DE MUERTES

Jesús María Ciganda Sarratea, alias *Eneko* y *Cigala*, nació el 16 de diciembre de 1960 en San Sebastián. Tenía veinticuatro años cuando, en 1984, ingresó en ETA. Fueron muchas las acciones terroristas en las que participó este sanguinario criminal: asesinatos a sangre fría, como el de José Ignacio Aguirrezabala, en marzo de 1986, y numerosos atentados contra la Guardia Civil, como el lanzamiento, en agosto de 1987, de granadas Jotake contra el puesto de la Benemérita de la localidad guipuzcoana de Deva.

El 9 de septiembre de 1987, los tres componentes del Comando Eibar —*Eneko*, Íñigo Acaiturri y Fermín Urdiain— mataron con un coche bomba a los agentes de la Guardia Civil Manuel Ávila García y Federico Carro Jiménez. En diciembre de ese mismo año, ya con Belerdi Iturralde como tercer miembro del grupo, mataron de nueve disparos a quemarropa al sargento de la Guardia Civil José Luis Gómez Solís, en la localidad de Placencia de las Armas (Guipúzcoa).

Drogadictos y supuestos narcotraficantes en la lista de objetivos

En la primavera de 1988, *Eneko* y sus dos compañeros de comando asesinaron a Sebastián Aizpiri Legaristi, de treinta y nueve años, propietario del restaurante Chalcha de Eibar. Aizpiri figuraba como objetivo de ETA en una lista de personas «ejecutables» por dedicarse al tráfico de drogas, según los terroristas. De hecho, durante bastante tiempo, esta fue una de las coartadas que usaron los etarras para justificar lo injustificable. Un buen número de jóvenes que habían caído en las redes de la droga se convirtieron en objetivo de los asesinos, y otros muchos ciudadanos fueron ejecutados por, según ellos, ser narcotraficantes. Sin embargo, en muchas ocasiones estas acusaciones no pasaban de ser una simple excusa. Lo cierto es que, a través de diversas investigaciones policiales, quedó demostrado que era la banda terrorista quien negociaba con estupefacientes y quien se lucraba gracias al narcotráfico.

Al verse incluido en la lista de objetivos de ETA, Sebastián Aizpiri solicitó al juzgado de Eibar que realizara una investigación sobre sus actividades profesionales con el fin de limpiar su nombre. El resultado de la investigación fue negativo, y así apareció publicado en varios diarios vascos. Sin embargo, ETA lo mató el 25 de mayo de 1988, mientras se dirigía a pie hacia el restaurante que regentaba. Eran las ocho y media de la noche cuando dos desconocidos se le acercaron por la espalda y le dispararon dos tiros en la cabeza. El cadáver quedó tendido en el suelo en medio de un gran charco de sangre. Los disparos los había realizado el sanguinario *Eneko*.

El «impuesto revolucionario»

Poco después se supo que la banda terrorista había estado extorsionando a este empresario para que efectuara el pago del llamado «impuesto revolucionario». El negocio que regentaba, el restaurante Chalcha, aparecía en los papeles de la cooperativa Sokoa entre las numerosas empresas sometidas al chantaje económico de ETA.

En contra de los que muchos hayan podido pensar, ETA nunca actuó al modo de Robin Hood, robando a los ricos para ayudar a los pobres. La extorsión económica, fuente fundamental de financiación

de la banda terrorista, no solo se realizaba a las grandes fortunas del País Vasco, sino que los pequeños negocios también se veían obligados a pagar el famoso «impuesto revolucionario». Aunque, eso sí, con una diferencia fundamental: las pequeñas empresas no disponían de recursos para contratar guardaespaldas, por lo que la amenaza de muerte para ellos y sus familiares era una realidad que se veían obligados a soportar con resignación.

Unos días después del asesinato de Sebastián Aizpiri, el 6 de junio de 1988, el Comando Eibar acabó con la vida del también empresario Francisco Javier Zabaleta Azpitarte en la localidad de Elgoibar, donde regentaba una discoteca. La excusa esgrimida por ETA para justificar este asesinato fue también la supuesta vinculación de Zabaleta con el tráfico de drogas, algo que había quedado desmentido por la investigación realizada por el Ayuntamiento de Elgoibar.

En diciembre de 1988 el Comando Eibar también mató al empresario Engraciano González Macho, propietario de un pub en Zarautz. *Eneko* entró en el local, se tomó unas copas y disparó a la víctima a bocajarro. Como en los casos anteriores, la banda terrorista acusó a González Macho de tráfico de drogas.

Líder en la cárcel

Jesús María Ciganda contaba en su haber con varias muertes cuando lo detuvo la Guardia Civil en abril de 1989. En los años posteriores se fueron sucediendo los juicios por cada uno de los asesinatos y atentados en los que participó. Una sentencia de la Audiencia Nacional lo condenó a veintinueve años de reclusión mayor y a pagar una indemnización de veinte millones de pesetas por el delito de atentado con alevosía y premeditación con resultado de muerte del sargento de la Guardia Civil José Gómez Solís. La Audiencia Nacional le condenó también a treinta años de reclusión mayor como autor material del asesinato del empresario Engraciano González Macho.

Durante los años que pasó en la cárcel, Ciganda se mostró «muy activo» en las iniciativas del colectivo de presos de ETA. Comenzó a cumplir su sentencia en la prisión de Ceuta, pero en 1998, como consecuencia de una de las acciones de acercamiento de presos

llevada a cabo por el Gobierno, fue trasladado a la cárcel de El Puerto I, en Cádiz, donde ejerció un marcado liderazgo entre los presos de la banda.

La política del acercamiento de presos vascos a su lugar de origen se ha llevado a cabo en varias ocasiones por los diferentes Gobiernos.

DE LA MANO DE LOS MÁS CRUELES

Juan Carlos Balerdi Iturralde, alias *Juankar*, tenía veintisiete años cuando la Guardia Civil lo detuvo en abril de 1989. Había ingresado en el comando legal armado «Pakito» el 1 de noviembre de 1984, cuando tenía veintitrés años. El grupo estaba compuesto por María Soledad Arcelus, Luis María Zabaleta Mendía, Alejandro Auzmendi y Pedro María Fernández Argilea. En un primer momento, a lo largo de 1985, este comando se limitó a colocar bombas en concesionarios de vehículos franceses; de ese modo amenazaban al Gobierno francés por colaborar con el español en la lucha antiterrorista. Aun así, *Juankar* también participó, presuntamente, en el atentado en el que murió el guardia civil Isidoro Díez Ratón, en la localidad guipuzcoana de Pasajes, el 25 de noviembre de 1985.

El 15 de enero de 1986 los miembros del «Pakito» ametrallaron un coche con matrícula francesa en la localidad de Villabona. Cuando la Guardia Civil acudió al lugar de los hechos, se produjo un enfrentamiento entre agentes y terroristas en el que murieron varios miembros del comando. Al día siguiente, Juan Carlos Balerdi y Pedro María Fernández Argilea huyeron a Francia. Allí se entrevistaron con el histórico etarra José Javier Zabaleta Elósegui, alias *Waldo*, que formaba parte de la dirección de ETA. *Juankar* se integró entonces en un comando de reserva compuesto por Pedro Fernández Argilea, Jesús Jiménez Zurbano, los hermanos Rosario y Ángel Picabea y los hermanos Antonio y Domingo Troitiño Arranz, dos de los más crueles asesinos que han pasado por ETA (Antonio Troitiño, que perteneció al Comando Madrid de ETA, fue declarado autor de treinta asesinatos y debería haber estado encarcelado hasta el año 2017; sin embargo, no se le aplicó la «doctrina Parot» y salió

en libertad en abril de 2011, tras pasar veinticuatro años en prisión. Su hermano Domingo continúa en la cárcel y está condenado a más de setecientos años por sus veinte asesinatos).

En junio de 1987, *Juankar* dejó el comando de reserva y, a propuesta de *Santi Potros*, se integró en el Comando Eibar para sustituir a Íñigo Acaiturri. El 1 de junio cruzó la frontera y se dirigió a la localidad guipuzcoana de Eibar para contactar con los otros dos miembros del grupo: Jesús María Ciganda Sarratea y Fermín Urdiain Cirízar.

El 10 de agosto, tras robar un taxi a punta de pistola, participó en el atentado fallido contra una patrulla de la Guardia Civil que hacía el relevo en la fábrica de armas de Eibar. Un mes de después, el 9 de septiembre, el comando atentó contra otra patrulla de la Guardia Civil en Guernica. En el atentado murieron los agentes Manuel Ávila García y Federico Carro Jiménez.

Desde junio de 1987 *Juankar* tomó parte en todas las acciones del Comando Eibar hasta su desarticulación. Fue condenado a decenas de años de prisión y aún sigue en la cárcel. Fue el interlocutor de los presos de ETA en el centro penitenciario de Acebuche, en Almería, hasta que en 2009 la dirección de la prisión le avisó de que sería trasladado si no abandonaba dicha actividad.

LA LABOR DE LOS *LAGUNTZAILES*

La compleja organización de la banda terrorista ETA divide a la red mafiosa en diferentes «aparatos» que se encargan de las distintas áreas necesarias para su funcionamiento: la militar, la económico-financiera y la legal (abogados que, como hemos dicho, no pertenecen a la banda aunque sí a organizaciones hermanas, como Herri Batasuna durante la época a la que se refiere este libro). Pero además de los componentes de los comandos —ya sean «legales» o «liberados»—, existe una extensa red de colaboradores que se implican en mayor o menor medida a la hora de prestar apoyo a los asesinos. Son los *laguntzailes*, que realizan diferentes tareas: pueden colaborar dando su nombre para alquilar un bajo, actuando como *mugalaris* y pasando a los miembros de los comandos de un lado a otro de la frontera, o escondiendo a los

terroristas en sus propias casas y permitiendo que estas sirvan de base de operaciones durante toda una campaña. Los «liberados» tienen que permanecer escondidos y viven del salario que les da la organización, que también se encarga de ofrecerles alojamiento. El papel que desempeñan estos colaboradores resulta decisivo para el mantenimiento de la actividad terrorista, pero en muchas ocasiones su «trabajo» es más que complicado: el dinero que reciben por su ayuda es casi simbólico y, por si fuera poco, se ven obligados a convivir en un piso de pocos metros con un grupo de asesinos que, pistola en mano y con actitudes chulescas y prepotentes, se comportan con total desfachatez.

La traición del colaborador

Lo cierto es que, a pesar de la enorme ideologización que consiguen ETA y sus organizaciones afines, siempre hay algún *laguntzaile* que se da cuenta de que su papel es el de una simple marioneta manejada por unos delincuentes cuyo único objetivo es el de asesinar y sembrar el terror entre la población. Este fue el caso de Luis Casares Pardo, vecino de la localidad guipuzcoana de Placencia de las Armas y colaborador de ETA, que ya no podía soportar a los hombres que se alojaban en su casa desde hacía dos años. Había dejado de compartir sus ideas —si es que había ideas— y el comportamiento de los tres terroristas le resultaba cada vez más insoportable. La actitud de desprecio y superioridad que mostraban hacía que al *laguntzaile* le hirviera la sangre. Uno de ellos se sobrepasaba con su mujer, mientras él se veía obligado a consentir y a callar.

Hacía poco que a Luis Casares Pardo le habían diagnosticado un cáncer de colon, lo que minó aún más su ánimo y, probablemente, le empujó a tomar la decisión más peligrosa y arriesgada de su vida: cambiar de bando y colaborar con la Guardia Civil. Pero ni mucho menos fue un gesto altruista; a cambio de convertirse en agente doble, obtuvo inmunidad y treinta millones de pesetas.

Tras algunas conversaciones telefónicas en las que Casares Pardo ofreció su colaboración a cambio de un precio, el entonces comandante de la Guardia Civil Enrique Rodríguez Galindo concertó una cita con él. Se tomaron precauciones por ambas

partes. El *laguntzaile* quería un anticipo, pero la Guardia Civil exigía muestras de que lo que ofrecía era cierto.

El lugar acordado para encontrarse era una escombrera situada en una carretera secundaria cercana a Placencia de las Armas. Allí había una explanada en la que algunos agentes habían escondido un paquete que Luis Casares debía recoger. La situación bien podía servir para que los terroristas actuaran, por lo que el comandante de la Guardia Civil ordenó a los agentes de la Unidad Especial de Intervención que «barrieran» palmo a palmo la zona y se camuflaran de tal modo que fuera imposible detectarlos. En efecto, el día señalado un vehículo llegó a la explanada. Un hombre descendió del coche y se dirigió al lugar señalado por la Guardia Civil. Era Luis Casares, que tras recoger el paquete que los agentes habían escondido, se marchó rápidamente en su coche. Dos días después, Casares mantuvo una entrevista con Rodríguez Galindo en una estación de servicio de la autopista Bilbao-Behobia. El *laguntzaile* aportó las pruebas requeridas por el comandante de la Benemérita, identificó a dos de los muchos etarras que los agentes le mostraron y dio el nombre de un tercero. Por si fuera poco, Casares informó del lugar en el que los tres terroristas se encontraban: su propio domicilio.

COMIENZA LA OPERACIÓN DE VIGILANCIA

Aquello era un auténtico «bombazo» y había que ponerse en marcha cuanto antes. Desde la Comandancia de San Sebastián se pidió la ayuda inmediata de la UEI y de la USE. Los hombres del Grupo 5 se pusieron rápidamente en marcha en dirección a Intxaurrondo. Comenzaba el mes de febrero de 1989 y empezaba también una de las operaciones más complicadas que aquellos hombres tuvieron que realizar.

Como siempre, los agentes se reunieron para el *briefing* de rigor. En esta ocasión sabían quiénes eran los objetivos, tenían su descripción y conocían la dirección de Placencia de las Armas en la que vivían: el piso de Luis Casares Pardo y su esposa, Isabel Alarcia Zurbano. Ya disponían de autorización para la intervención de la línea telefónica y un agente del Servicio de Información de la

Guardia Civil de Guipúzcoa se encargaría de las escuchas. El resto de los miembros de los dos equipos se ocuparía de la vigilancia del domicilio.

En un plano de la zona se señalaron los posibles itinerarios de entrada y salida de los objetivos, así como los lugares «sensibles» en los que había que tener especial cuidado de pasar desapercibidos. Los agentes comprobaron que su material de trabajo se encontraba en perfectas condiciones —cámaras fotográficas camufladas, transmisores y un *kit* con gafas de sol, pelucas y bigotes para cambiar de aspecto en cuanto fuera necesario— y, una vez establecido el plan de actuación, salieron de la Comandancia de Intxaurrondo en dirección a Placencia de las Armas, sesenta kilómetros al sureste de San Sebastián. Los agentes ocuparon el lugar asignado para realizar la vigilancia y se dispusieron a esperar.

La misión no iba a ser fácil, y existía el riesgo de que algún vecino avisara a la Policía al ver a un vehículo sospechoso aparcado en la zona. Pronto se dieron cuenta de que los movimientos de los objetivos eran bastante rutinarios. Salían casi siempre acompañados por el *laguntzaile*, que los llevaba en su vehículo hasta donde los terroristas indicaban. Los agentes del Grupo 5 los siguieron hasta diferentes localidades cercanas y vieron cómo los terroristas mantenían contactos con otras personas, colaboradores casi siempre.

La Guardia Civil disponía de un plano de la vivienda, lo que facilitaba en gran medida la vigilancia, y los cerrajeros de la Benemérita —agentes especializados en el estudio y conocimiento de sistemas de apertura de puertas— habían realizado un estudio de la puerta del portal por si era necesario tener una llave para poder entrar al edificio sin tener que romperla con una maza y alertar a todo el vecindario.

Durante varios días, las labores de vigilancia se repitieron a un ritmo casi monótono.

Los preparativos

Aunque los agentes del Grupo 5 tenían una enorme experiencia en trabajos de vigilancia a terroristas, la preparación y colocación de sus equipos de transmisiones siempre resultaban tareas

enormemente delicadas. Estos contaban con una antena y un enganche para colocarlos en el cinturón o en una pierna, poco más arriba del tobillo. El micrófono del transmisor, que apenas medía un centímetro, solían llevarlo a la altura del pecho, en el interior de la camisa, sujeto por una especie de imperdible, aunque había quien prefería llevarlo en el cuello o en la muñeca, con el cable por el interior de la manga de la camisa. El pulsador del transmisor, que permitía hablar, apenas tenía el tamaño de la tapa de un bolígrafo y el cable recorría el interior de la manga de la camisa. El pulsador quedaba así situado en la mano, de modo que se pudiera apretar con facilidad, aunque alguno prefería llevarlo en el bolsillo del pantalón. Por último, estaba la pastilla inducción, un sistema eléctrico que actuaba como un repetidor y permitía que la frecuencia se transmitiera al audífono, que no llevaba cable. La pastilla era muy pequeña —apenas 3 × 5 centímetros— y solían colocarla en el hombro o en el cuello, lo más cerca posible del audífono. Este se introducía en el pabellón auricular y resultaba prácticamente invisible.

Una vez colocados los transmisores, los agentes se dirigieron a Placencia de las Armas. Parecía que aquel sábado de finales de marzo sería como los demás. No se produjo ningún movimiento hasta última hora de la tarde. Pero los agentes habían sido informados de que era bastante probable que el Comando Eibar intentara huir a Francia.

—Pepe verano —dijo uno de los agentes llevándose discretamente la mano a la boca. Y añadió—: Rolex martillo.

En el lenguaje convenido, aquello significaba que los objetivos salían en coche y giraban a la izquierda. Así comenzó uno más de los muchos seguimientos a los que ya estaban más que acostumbrados los agentes del Grupo 5. Era sábado por la tarde y los terroristas, como muchos vecinos de Placencia de las Armas, estuvieron de «poteo» en diferentes bares de la localidad guipuzcoana. Después entraron en un restaurante para cenar y dos agentes hicieron lo propio. A las once y media de la noche abandonaron el establecimiento y subieron a su vehículo. Salieron de la localidad. Pero apenas habían recorrido un kilómetro cuando encontraron un enorme atasco en la carretera. La Guardia Civil, concretamente los GAR, habían establecido controles en todas las

salidas del pueblo, lo que provocó una importante retención de tráfico. La cita que los miembros del Comando Eibar tenían con el colaborador que iba a encargarse de llevarlos en un camión al otro lado de la frontera se iba a ver considerablemente retrasada. En efecto, habían quedado con el *laguntzaile* a medianoche, pero este abandonó el lugar acordado cuando, a las dos de la madrugada, los miembros del Comando Eibar seguían sin aparecer. Varios agentes vigilaban el lugar de la cita —una explanada cerca de Oñate— y vieron cómo el camionero, un hombre bastante corpulento, esperó durante más de dos horas hasta que comprendió que el encuentro no se produciría y decidió marcharse.

Prioritario: impedir la huida del comando

En aquel momento el Gobierno español estaba hablando con ETA en Argel y no era prudente efectuar detenciones. Por otro lado, la Guardia Civil sabía que la cita se repetiría el sábado siguiente, por lo que había que mantener la vigilancia sobre el comando y, al mismo tiempo, evitar que este saliera de España. Era necesario actuar para frustrar, por segunda vez, el encuentro con el camionero.

En esta ocasión los mandos decidieron entorpecer el recorrido del camión. Sabían que su base estaba en Pasajes, de modo que estudiaron los diferentes itinerarios por los que podría acudir a la cita y en todos ellos se dispusieron controles. Los agentes que siguieron al camión vieron cómo, una vez pasada la hora fijada, este decidía dar la vuelta y regresar a Pasajes.

Otro equipo del Grupo 5 continuaba pegado al comando. Los terroristas salieron de la localidad y los agentes los siguieron, manteniendo siempre la distancia adecuada para no resultar sospechosos. En un momento determinado, el comando paró en el arcén. El vehículo policial que lo seguía pudo avisar al que iba tras él y continuó su marcha sin prestar atención al coche de los etarras. Lo más probable era que estos se hubieran detenido para comprobar si alguien los seguía. El segundo coche de la Guardia Civil se detuvo, y también lo hizo el tercero. Desde el segundo, ayudándose de unos prismáticos, los agentes comprobaron que nadie salía del vehículo. Apenas unos minutos después, el coche reanudó su

marcha.

Los terroristas tomaron la carretera que va a Oñate. Se encontraban ya muy cerca de esta localidad cuando salieron de la vía. Los vehículos policiales se detuvieron. El más cercano al coche del comando apagó las luces e intentó no perder de vista al objetivo. El agente X, que iba en ese coche, habló por su transmisor:

—Se han parado en una explanada. Parece que esperan a alguien.

Miedo a respirar

El jefe de equipo reubicó rápidamente a sus hombres mientras se lamentaba de la falta de lugares cercanos a los terroristas donde camuflar a algún agente. Aun así, ordenó a los dos que se encontraban más próximos que se acercaran todo lo posible al objetivo. Era necesario escuchar lo que decían, pues sabían que su intención no era otra que la de huir a Francia. Dos coches, convenientemente camuflados, se colocaron en el único camino posible de evasión por carretera, que era el acceso a la misma. El propio jefe del equipo, junto al agente Q, situó su vehículo en un alto, en el único lugar que les permitía una visión aceptable de lo que sucedía en la explanada. Mientras tanto, el agente X y su compañero reptaban por el suelo y se acercaban al comando. Salvo algunos matorrales de escasa altura, no había lugar donde esconderse.

El coche de los etarras tenía las luces apagadas. La oscuridad era absoluta.

—No veo nada —se lamentó el agente X.

—Pues acércate más, joder —dijo el jefe del equipo por su transmisor.

El agente X y su compañero pensaron para sus adentros: «¿Por qué no vienes y te acercas tú? Qué fácil se ve todo desde fuera…». Pero el jefe tenía razón: se habían arrastrado hasta allí con la intención de averiguar qué tramaban los etarras y tenían que acercarse un poco más. Con suma dificultad, rezando por que los transmisores no se desconectaran, los agentes se iban arrastrando centímetro a centímetro por aquella explanada.

De pronto, los terroristas guardaron silencio y dirigieron sus

miradas hacia el lugar en el que se encontraban X y su compañero. «Nos han visto», se dijeron mentalmente. Se estaban jugando la vida, y aunque iban armados con sus pequeñas metralletas HK, estas les resultaban más un estorbo que un apoyo. En la posición en la que se encontraban, si eran descubiertos por los etarras, difícilmente habrían podido usar sus armas para responder a cualquier agresión.

Permanecieron inmóviles y en silencio durante unos minutos interminables, hasta que, al fin, los terroristas dejaron de mirar hacia donde los agentes se encontraban. Se acercaron unos centímetros más. A pesar del silencio que reinaba alrededor, no lograban entender lo que decían aquellos hombres. Les parecía mentira que los terroristas no escucharan los latidos de sus propios corazones. Tenían miedo de respirar.

Los terroristas no dejaban de fumar y tiraban las colillas de sus cigarrillos a escasos centímetros de donde ellos estaban. Mientras tanto, el jefe del equipo repetía una y otra vez la misma pregunta:

—¿Oís algo? Decidme, ¿oís algo?… ¡Acercaos un poco más!

Imposible. Los etarras se encontraban literalmente encima de ellos. Si a alguno se le hubiera ocurrido dar unos pasos hacia atrás los habría pisado. Tan solo podían permanecer inmóviles y esperar a que se fueran. Pero existía otro peligro: cuando subieran al vehículo y encendieran las luces, los dos agentes serían un blanco perfecto. X le hizo una seña a su compañero y ambos comenzaron a arrastrase hacia atrás.

Poco después el grupo se movilizó y los agentes recibieron la orden de regresar a su vehículo. Lo hicieron sigilosamente y sin ser detectados por los terroristas. Estaba claro que la Guardia Civil había arruinado la huida a Francia del Comando Eibar de ETA. Esta vez fue el camión el que no se presentó a la cita.

La orden de detención no llega

Los hombres del Grupo 5 estaban convencidos de que en cualquier momento recibirían la orden de detener a los miembros del comando. Sin embargo, pasaban los días y la orden no llegaba. Era sabido por todos que el Gobierno se encontraba en un proceso de negociación con la banda terrorista y mientras este estuviese en

marcha, ellos no podrían desarticular al comando.

Cuando, a comienzos de febrero, los agentes empezaron la operación de vigilancia y seguimiento en Placencia de las Armas, las negociaciones se hallaban en pleno apogeo. A finales de marzo, la táctica policial indicaba que era imprescindible la detención, puesto que existía un riesgo importante de que el comando estuviera preparando su huida a Francia. Pero la estrategia política consideraba poco conveniente la desarticulación. Únicamente podían seguir con sus labores de vigilancia.

En uno de estos seguimientos, comenzado ya el mes de abril, los terroristas llevaron a los hombres del Grupo 5 hasta Eibar. Una vez en el centro de la localidad, el coche del comando se detuvo. El vehículo policial que le seguía más de cerca continuó su camino, mientras el siguiente y los otros dos pararon. Los agentes vieron que los terroristas aparcaban y descendían del vehículo, de modo que se prepararon para hacer un seguimiento a pie. Los etarras se dirigieron hacia los puestos de un mercadillo. Caminaban despacio, curioseando pero sin buscar nada concreto. Parecían tranquilos y relajados.

El agente Q se encontraba a escasos metros de los tres etarras. Era imprescindible acercarse para no perderlos entre la multitud. De pronto, Q observó un movimiento extraño: uno de los objetivos, parado delante de un puesto, giró la cabeza a un lado y a otro en busca de algo sospechoso. «Se ha mosqueado», pensó el agente. Al momento vio que el terrorista se llevaba la mano a la cintura.

—Se ha echado la mano a la pipa —comunicó Q por el transmisor. Y añadió—: Está buscando algo.

El agente que se hallaba inmediatamente detrás de él comprobó que, en efecto, el etarra tenía la mano en su cintura.

—Cuidado. Parece que sospecha —dijo.

—Voy a acercarme un poco más. Los voy a adelantar —comunicó Q—. A ver si sospecha de mí.

Con suma tranquilidad, el agente rebasó a los terroristas. Se detuvo en el puesto siguiente, a apenas unos metros delante de ellos. Q observó que el etarra acariciaba un bulto situado a la altura de su cinturón. En efecto, algo le había extrañado y estaba preparado para disparar.

—No disparará. Habrá sido casualidad que se haya llevado la

mano al cinto —dijo el jefe de equipo, que se encontraba en el interior de uno de los coches policiales.

El agente X, que en ese momento tenía una perfecta visión de los objetivos, corrigió:

—Claro que está mosqueado, y claro tiene la mano en la pipa.

Q se encontraba parado a pocos metros de los terroristas. El agente X también acariciaba su arma. Si el etarra amenazaba la vida de su compañero o la de cualquier transeúnte, no dudaría en abrir fuego. Al momento vio que *Eneko* avanzaba unos metros. Había dejado de tocar su arma. «Siempre igual», pensó X. «Siempre somos los mismos los que vamos pegados a ellos y siempre son los mismos los que se quedan en los coches».

La ansiedad de la espera

Mientras llegaba el momento de huir a Francia, los tres terroristas parecían no tener nada mejor que hacer que salir de juerga hasta altas horas de la madrugada. Solían acompañarlos dos chicas. Una de ellas era la novia de *Eneko*, o eso parecía por los gestos de intimidad que compartían. Los agentes vigilaban todos los movimientos de los terroristas, a quienes seguían de un bar a otro, siempre atentos a cualquier contacto sospechoso.

En cierta ocasión, la ruta de marcha de los terroristas condujo a los agentes hasta Zarautz. Los cinco jóvenes —los tres etarras y las dos chicas— entraron en una discoteca. Los guardias se dispusieron a esperar hasta que salieran del local, pero el agente X prefirió entrar. De ese modo, dijo, controlaría más directamente a los objetivos. Iba tranquilo, pues sabía que no llamaba la atención y que nadie sospecharía de él.

Los hombres de los Servicios Especiales de la Guardia Civil conocen a la perfección su trabajo y sus límites. Son conscientes del peligro de cada operación, pero están sobradamente preparados y confían en su profesionalidad, tanto en la propia como en la de sus compañeros. Trabajan con una tensión inimaginable, siempre alerta, pues saben que su vida está en juego y que los objetivos a los que siguen y vigilan van armados y están dispuestos a matar a la menor oportunidad.

El agente X entró con tranquilidad en la discoteca. Localizó al

grupo de jóvenes y se situó junto a ellos en la barra. Después los siguió hasta la pista de baile. Nadie sospechaba y X se sentía tranquilo: había dejado su arma en el coche y nada delataba que era un Guardia Civil haciendo su trabajo de seguimiento a unos etarras.

Parte del grupo salió de la discoteca poco antes de las cuatro de la madrugada. El agente X salió tras ellos. Pero *Eneko* y Miren —así se llamaba su compañera sentimental— continuaron de juerga hasta pasadas las cinco. El agente Q los siguió sin perderlos de vista en ningún momento. Se dirigieron hacia el paseo marítimo, en actitud cada vez más cariñosa. Miren se sentó en la barandilla y *Eneko* se colocó sobre ella. El agente Q no daba crédito a lo que veían sus ojos: ¡el terrorista y su novia estaban haciendo el amor delante de sus narices!

Haciendo de niñeras

Entre juerga y juerga, iban pasando las semanas. Los agentes estaban cada vez más cansados y, sobre todo, indignados por no poder efectuar la desarticulación del comando y verse obligados a «hacer de niñeras de esos hijos de puta, mientras vemos cómo se divierten». Conocían el motivo por el que la orden de detención no llegaba: el Gobierno estaba negociando con esa mafia de asesinos. Pensar en esas conversaciones irritaba aún más a los agentes.

He de decir que yo también estaba cansada. Fueron tres los meses que mi marido pasó en Guipúzcoa, salvo algún que otro día de descanso en que pudo regresar a Madrid. Mi paciencia comenzaba también a mermarse. Por supuesto, yo no conocía los detalles de la operación, aunque suponía que se trataba de algo importante.

Lo cierto es que la situación se hacía cada vez más insostenible. Una operación de vigilancia que se prolonga durante tanto tiempo puede convertirse en una trampa. Y los hechos vinieron a demostrarlo.

Juerga y confusión

Un vez más, el seguimiento al comando llevó a los agentes del Grupo 5 hasta la zona de bares de Zarautz. Estábamos a comienzos

de abril y los terroristas se disponían a divertirse. Estaba claro que la campaña de atentados había terminado hacía tiempo y no tenían que «trabajar».

El seguimiento se hacía «a trial», es decir, a pie. La mayor parte de los agentes descendía de los vehículos y se colocaban a unos cincuenta metros unos de otros. Cuando los objetivos entraban en un bar, un agente los seguía. Cuando salían, era otro guardia civil quien se colocaba tras ellos. Y así sucesivamente. No obstante, si a algún agente le parecía que había sido detectado, inmediatamente se apartaba y dejaba que otro ocupara su posición, mientras aprovechaba para cambiar su indumentaria.

Los coches policiales no participaban directamente, tan solo se situaban cerca de los agentes para servirles de apoyo. En un momento dado, uno de los vehículos policiales se hallaba frente al bar en el que habían entrado los tres miembros del comando. Habían aparcado su vehículo, un Renault 5 de color beis, muy cerca de allí y, una vez fuera del bar, uno de los etarras se detuvo y miró hacia los coches estacionados. Echó a andar y, sin titubear, abrió la puerta delantera del coche de la Guardia Civil. El agente que se encontraba sentado al volante gritó:

—¿Pero qué demonios haces? ¿Adónde crees que vas?

El terrorista se disculpó y se marchó de allí. Se había confundido de coche.

Tanto va el cántaro a la fuente…

Como dice el refrán, «tanto va el cántaro a la fuente, que acaba por romperse». La operación se complicaba por momentos. Tantos días de asueto, tantas salidas y tanta juerga nocturna habían introducido un nuevo elemento en la investigación: las dos chicas que acompañaban a los tres terroristas durante las noches de marcha debían ser también vigiladas. Las dos eran maestras en un colegio y tenían unos horarios muy rígidos de trabajo, lo que facilitaba su seguimiento. Pero llegaron las vacaciones de Semana Santa y las cosas se volvieron más difíciles. En una ocasión, las dos jóvenes se subieron a un coche y salieron de Placencia. Un vehículo de la Guardia Civil comenzó a seguirlas. Los agentes se extrañaron al ver que tomaban la autopista en dirección a Burgos y avisaron

inmediatamente al jefe del equipo, que les ordenó que no las perdieran de vista.

Se detuvieron en Treviño, un pequeño pueblo del condado del mismo nombre, donde pensaban disfrutar de unos días de descanso. Aquello podía resultar enormemente peligroso, pues cuanto más pequeña es una localidad, más difícil es pasar desapercibido. Pero los dos agentes decidieron seguir con su labor de vigilancia y entraron en contacto con las chicas. Lo que a cualquiera le habría parecido un ligoteo entre jóvenes, se trataba en realidad de una investigación policial: dos agentes especializados en la lucha antiterrorista estaban obteniendo información de las novias, o amigas, de los miembros de un comando de ETA.

Las dos mujeres eran abiertas y muy simpáticas, así que no resultó difícil ir cogiendo confianza. Los agentes sabían que una de ellas era algo parecido a una novia (aunque ella no lo denominara así) del mismísimo *Eneko*. Pero pudieron averiguar que estaba harta de la vida que el etarra llevaba y puede que ni siquiera conociera con exactitud las actividades a las que se dedicaba su novio.

Los agentes regresaron de madrugada a la base. De camino, fueron reportando al jefe de su equipo sobre lo sucedido, aunque tuvieron que detallarlo todo por escrito en el informe. Después revelaron las fotografías que habían tomado de las mujeres. No resultó difícil convencerlas para que posaran junto a ellos. Un recuerdo de vacaciones.

NEGOCIACIONES EN ARGEL

La capital argelina fue la sede para las reuniones entre el Gobierno español y la banda terrorista durante aquella primavera de 1989.

El 8 de enero de aquel año, ETA anunció una tregua unilateral de quince días que se prolongaría durante más de dos meses. Desde 1984 se habían venido produciendo contactos más o menos serios entre el Gobierno y la banda terrorista, y aquella tregua sirvió para reanudar unas conversaciones que se habían interrumpido en 1987, tras la muerte de Domingo Iturbe Abasolo, alias *Txomin,* que fue quien las comenzó en 1986. *Txomin* era partidario de negociar el fin

de la lucha y se convirtió en el interlocutor perfecto. Tras la muerte de Iturbe Abasolo en 1987, Eugenio Etxebeste, alias *Antxon*, fue el encargado de sustituirle, pero no logró unas verdaderas conversaciones debido a las matanzas que ETA causó en Zaragoza y en Barcelona. El Gobierno central aseguró que si la banda terrorista continuaba matando, las negociaciones no tendrían lugar.

Por tanto, la tregua anunciada por ETA el 8 de enero de 1989 sirvió para que el día 14 de ese mismo mes se reanudaran las conversaciones de Argel más o menos donde se habían dejado en 1986. El entonces ministro del Interior, José Luis Corcuera, el secretario de Estado para la Seguridad, Rafael Vera, el delegado del Gobierno en Murcia, Juan Manuel Eguiegaray, y el comisario Pedro Martínez se desplazaron a Argelia —santuario de terroristas en aquel momento—, donde, tras encontrarse con las autoridades del Gobierno, todos menos el ministro partieron para reunirse con *Antxon*. Este no estaba solo; le acompañaban Ignacio Arakama Mendía, alias *Macario*, y María Belén González Peñalva, alias *Carmen,* quienes habían formado parte, junto a Juan Manuel Soares Gamboa, de uno de los Comandos Madrid más sangrientos de la historia de ETA.

El secretario de Estado les dijo a los etarras que estaba allí para comprobar que el fin de la violencia etarra era una realidad, y la banda declaró una tregua de dos meses. El 26 de enero tuvo lugar otra reunión, a la que siguieron algunos contactos, mientras desde el sur de Francia la dirección de ETA presionaba a *Antxon* para que diera por finalizada la tregua. Las conversaciones no avanzaban y, tras una reunión mantenida el 3 de abril de aquel 1989, el ministro Corcuera reconoció ante los demás partidos políticos que las cosas iban mal. En efecto, cuatro días después comenzaron a llegar paquetes bomba a los despachos de diferentes autoridades. ETA había roto el proceso y el Ejecutivo hizo público un comunicado en el que podía leerse la siguiente frase: «El Gobierno da por finalizado el diálogo».

LA DESARTICULACIÓN DEL COMANDO

En los primeros días del mes de abril de 1989, los agentes que

vigilaban al Comando Eibar de ETA vieron que los hábitos de los terroristas habían cambiado de manera sustancial. Ya no salían tanto de juerga y se mostraban mucho menos relajados. Uno de los seguimientos realizados a *Eneko* condujo a los agentes del Grupo 5 hasta la localidad guipuzcoana de Ondarroa. El terrorista entró en el número 7 de la calle Ibaiondo y pasó la noche en el tercer piso del inmueble. En la reunión posterior se dieron cuenta de la necesidad de desdoblarse: no se podía abandonar la vigilancia del piso de Placencia de las Armas, pero era imprescindible controlar también aquel otro domicilio de Ondarroa.

Un plano de la localidad y las notas tomadas por los agentes que habían seguido a *Eneko* permitieron que se pudiera comenzar a trabajar. La zona en la que estaba situada la vivienda, en las afueras de la localidad, no era fácil de vigilar, pues no había comercios ni lugares en los que camuflarse. Sin embargo, contaban con una circunstancia favorable: los objetivos necesariamente tenían que dirigirse a la izquierda, pues la calle, en sentido contrario, se cortaba a los pocos metros. La vigilancia se dispuso frente al portal del edificio y desde allí los agentes vieron llegar a los otros dos componentes del comando.

Las gestiones en el Registro de la Propiedad y en el Padrón del Ayuntamiento dieron resultados inmediatos. Aquel tercero derecha del número 7 de la calle Ibaiondo de Ondarroa pertenecía a José Cándido Zubicaray Badiola y a su esposa, Ignacia Goñi Eceiza. Con ellos vivía su hijo de cinco años, Eñaut Zubicaray Goñi, pero ahora, además, en el piso vivían los tres componentes del Comando Eibar de ETA a los que los agentes del Grupo 5 no habían perdido de vista durante tres meses.

Por fin, el 15 de abril llegó la orden de detención. Eran más de las cinco de la madrugada del día 16 cuando fuerzas de la UEI de la Guardia Civil derribaron la puerta de la vivienda y entraron en ella. *Eneko* se encontraba en una de las habitaciones y llegó a empuñar su arma. Afortunadamente, fue reducido al momento y no llegó a usarla. Sin embargo, Fermín Urdiain Cirízar sí lo hizo, aunque no causó lesiones a ningún agente.

Tanto los hombres que habían participado en la operación de vigilancia como una dotación de los GAR controlaban la calle y sus alrededores. Los tres miembros del Comando Eibar de ETA, Jesús

María Ciganda Sarratea, alias *Eneko*, Fermín Urdiain Cirízar y Juan Carlos Balerdi Iturralde, alias *Juankar,* fueron detenidos en esta operación, así como el matrimonio formado por José Cándido Zubicaray e Ignacia Goñi. Ese mismo día se realizaron intervenciones policiales en Deva, Placencia de las Armas, Motrico y Eibar, en las que resultaron detenidos los *laguntzailes* José María Beristain Urbieta, su novia Ana María Beristain Beloqui, Pedro José Echevarría Lete, Pedro Zumelaga Ilarduya, Ignacio Astigarraga Ibarlucea, José Javier Díaz Guenaga, María Jesús Echevarría Lete y Jesús Beristain Beloqui.

5

OTOÑO DE 1989:
PERSECUCIÓN Y TIROTEO EN LA FRONTERA

La desarticulación del Comando Araba de ETA tuvo lugar el 16 de septiembre de 1989 tras una escena digna del más emocionante *thriller* del celuloide. Los miembros del grupo cayeron tras un tiroteo en el peaje fronterizo de Irún. Dos de los terroristas, Manuel Urionabarrenechea Betanzos, alias *Manu*, y Juan María Oyarbide Aramburu, alias *Txiribita,* murieron, y Juan Carlos Arruti Azpitarte, alias *Paterra*, Manuel González Rodríguez, alias *Manolo*, y el *laguntzaile* José Antonio Múgica Huici fueron detenidos. Este último, antiguo conocido de la Guardia Civil, era el conductor del camión en el que los terroristas pensaban pasar al país vecino.

Como vimos en el capítulo anterior, el 16 de abril de 1989 los agentes de la UEI detuvieron a los miembros del Comando Eibar de ETA, pero el camionero con el que los etarras se habían citado en varias ocasiones quedó al margen y el operativo de seguimiento se mantuvo: se trataba de un hilo de vital importancia que podría conducir a nuevas detenciones. En efecto, durante meses, y con grandes dosis de tesón, paciencia y disciplina, los hombres de la Guardia Civil vigilaron cada uno de los movimientos de Múgica Huici, lo que permitió que el Comando Araba cayera.

Los tres componentes «liberados» del Comando Araba, *Manu, Paterra* y *Txiribita*, contaban con más de cuarenta muertes en su larga trayectoria como criminales. Habían ingresado en la banda en la década de los setenta y, como tantos otros, los tres respondían a la perfección al perfil del asesino frío y sanguinario, experto tanto

en el manejo de explosivos como en disparar a quemarropa y por la espalda a cualquier ciudadano que se hubiera convertido en objetivo de la banda. Los familiares de los miembros de las Fuerzas de Seguridad vivíamos en permanente tensión, pues aunque no conociéramos los detalles de las operaciones policiales, éramos conscientes —¡cómo no serlo!— del enorme riesgo que corrían y del tipo de gente a la que se enfrentaban.

Los ochenta fueron unos años en los que el azote del terrorismo apenas nos daba un momento de tregua y prácticamente todos los días se cometía un atentado, casi siempre con víctimas mortales. La desarticulación del Comando Araba de ETA supuso un enorme éxito de la Guardia Civil, pues, además de los terroristas, cayó una importantísima red de *laguntzailes* (tras la declaración de *Paterra* se detuvo a treinta y tres colaboradores en todas las provincias del País Vasco) y se hallaron numerosos pisos francos y zulos en los que los etarras escondían armas, explosivos y diverso material para cometer atentados.

«El camionero»

José Antonio Múgica Huici, camionero de profesión, desempeñó un papel fundamental en la desarticulación del Comando Araba. Había nacido en San Sebastián el 25 de noviembre de 1952 y colaboraba con la banda terrorista desde 1986. Fue el etarra Lucio Llopis quien le captó en diciembre del año anterior y quien le preparó una entrevista en Hendaya, en enero de 1986, con Ignacio Bilbao, *Iñaki de Lemona,* para concretar la clase de «trabajo» que podía llevar a cabo. En junio de ese año, tras otra entrevista con *Iñaki de Lemona* en la localidad francesa de San Juan de Luz, Múgica Huici recogió a tres personas en el barrio de Ugaldecho de Oyarzun (Guipúzcoa) y las trasladó en su camión a la localidad de Motriko. Aproximadamente tres meses después, volvió al mismo barrio de Oyarzun y, en la explanada del bar Mateo, recogió a tres personas a las que llevó al alto de Bidania, en la localidad guipuzcoana de Bidigoyen.

En 1987 trabajaba como conductor en la delegación de Irún de la empresa Transportes Internacionales Marqueset, S. A., cuya sede

central se hallaba en el pueblo valenciano de Carcaisent, y era miembro del sindicato LAB, al que se afilió por mediación del subdirector de su delegación, Ignacio Torres. Habitualmente hacía la ruta Irún-Valenciennes (localidad francesa cercana a la frontera belga).

En 1989 cambió de compañía y comenzó a trabajar como transportista autónomo para la empresa Vega de Irún. Conducía un camión tráiler DAF, matrícula M-0618-HP, y percibía setecientas mil pesetas mensuales. Fue en esta época cuando desarrolló su principal actividad como colaborador de ETA y cuando la Guardia Civil comenzó a seguirle los pasos. En marzo de ese año se le relacionó con el «talde» de Jesús Unsión Pabolleta, con quien participó en varios traslados de diferentes comandos etarras en su camión. En la agenda de Miguel Zarrabe, responsable del aparato de *mugalaris* hasta su detención en 1989, figuraba la palabra «camionero» en dos ocasiones y dos fechas de febrero y marzo de 1989. Gracias a estas anotaciones se supo que la banda terrorista le había hecho entrega de dos millones y medio de pesetas y de otras cincuenta mil por los servicios prestados.

En marzo de 1989 acudió a una explanada en Oñate, junto a la carretera, cerca de Vergara, donde debía recoger a los miembros del Comando Eibar y trasladarlos al barrio de Ugaldecho de Oyarzun, pero, como vimos en el capítulo anterior, los etarras no aparecieron. Una semana después volvió al mismo lugar, si bien tampoco pudo realizar el trabajo: se encontró con varios controles de la Guardia Civil en la carretera y llegó tarde la cita. Desde entonces, varios agentes de la Benemérita se encargaron de vigilar sus movimientos hasta que el 16 de septiembre fue detenido. El 26 de enero de 1991 fue condenado por colaboración con banda armada, pero apenas cuatro años después, en febrero de 1995, fue puesto en libertad.

DE PROFESIÓN, ASESINO

Manuel Urionabarrenechea Betanzos, alias *Manu, Andrés* e *Imanol,* nació en Guernica el 9 de agosto de 1952 e ingresó en ETA cuando tenía veinticinco años. En enero de 1978 realizó un cursillo de entrenamiento con armas y explosivos en Francia, y en

septiembre de ese mismo año recibió en Guernica un envío de armamento con el que entrenó a los miembros del Comando Busturia, del que era el principal responsable. Este grupo estaba formado, además, por Juan Luis Lecuona Elorriaga, Juan Antonio Urruchua Cearreta, Román Orbe Echeverría y Juan Ignacio Martín Ruesca.

Fue detenido en mayo de 1979 y el 2 de junio ingresó en la prisión de Basauri, pero salió en libertad poco después. En el otoño de ese mismo año se reunió en Francia con Francisco Múgica Garmendia, alias *Pakito*, quien posteriormente sería el máximo dirigente de la banda, y con Juan Ochoantesana Badiola, alias *Rubio,* quienes le dieron instrucciones para seguir actuando al otro lado de la frontera. En los siguientes tres años, *Manu* realizó actividades de todo tipo para la banda terrorista: robo de explosivos, obtención de información sobre la situación económica de diferentes personas y participación en diversos atentados (el 30 de enero de 1981 tomó parte en la acción terrorista en la que resultó herido el teniente coronel Jesús Flechoso Llorente).

En enero de 1982 ingresó en el Comando Donosti, tras haberse reunido en Francia con Lasa Michelena, *Txikierdi*. Fue entonces cuando comenzó la larga serie de asesinatos de la que fue responsable. El 16 de febrero el comando acabó con la vida del guardia civil José Fragoso Martín, tras ametrallar su coche particular en la entrada de Oiartzun; el 15 de marzo, el también guardia civil Modesto Martín Sánchez fue asesinado en Rentería; el 14 de septiembre ametrallaron dos coches camuflados de la Policía Nacional y murieron cinco agentes; el 9 de octubre, el capitán retirado de la Guardia Civil José Jiménez Mayoral cayó muerto en una gasolinera de la autopista Bilbao-Behovia tras recibir dos disparos a bocajarro, y el 18 de noviembre, el civil Carlos Manuel Patiño Casanova fue acribillado a tiros en Rentería. Nueve vidas segadas por este comando en un solo año. Y el líder del grupo era *Manu*. En 1983, tras pasar unos meses en Francia, continuó su actividad criminal con todo tipo de atentados, muchos de ellos con víctimas mortales. A finales de ese año volvió a huir a Francia y se alojó en la casa que su cuñado, Ángel Sabino Gogeascoechea Atela, poseía en Biarritz y que también utilizaron huéspedes tan «ilustres» como *Txapu, Atxon* y *Txomin*.

En 1984 parecía haberse «cansado» de su trabajo como asesino y durante un tiempo se planteó la posibilidad de irse a vivir con su familia a Venezuela, donde un amigo de su padre, militante del PNV de Guernica, le ayudaría a buscar trabajo. Sin embargo, aquel plan no llegó a realizarse y en noviembre de 1985 se encontró ante una difícil papeleta: Francia le denegó el estatuto de refugiado político y le invitaba a abandonar el país en el plazo de un mes. De modo que se vio obligado a regresar a España. Retomó su actividad en el Comando Donosti y siguió matando a inocentes.

Fue en enero de 1988 cuando *Manu* formó el Comando Araba junto a Ramón Aldasoro, Juan María Oyarbide, *Txiribita*, y Juan Carlos Arruti, *Paterra*. Su actividad durante ese año fue frenética. Lo mismo trasladaba explosivos desde un zulo a un domicilio que se citaba con diferentes colaboradores que la dirección de ETA le proporcionaba para obtener información. Pero, eso sí, no paró de asesinar. El 27 de marzo, él y *Paterra* acabaron con la vida del general del Ejército de Tierra Luis Azcárraga en la localidad alavesa de Salvatierra, pocos días después de haber matado al guardia civil Pedro Ballesteros en Durango.

El 15 de abril de 1988 prepararon una encerrona para la Policía Nacional, a la que atrajeron hacia la calle Heraclio Fournier de Vitoria mediante una llamada telefónica en la que avisaban de que allí había varios toxicómanos pinchándose. La Policía acudió, y mientras dos agentes pedían la documentación a algunas personas, los etarras salieron de un bar y, a cara descubierta, los acribillaron a tiros. De un modo similar asesinaron a otros dos policías en la localidad vizcaína de Izurza: el inspector Martín Martínez Velasco entró en un bar para llamar por teléfono, mientras su compañero, el agente Pedro Antonio Fonte Salido, permanecía en el vehículo camuflado. Los dos etarras que estaban en el interior del local ametrallaron al inspector, y un tercero se dirigió al coche policial y disparó a quemarropa al agente de la Policía Nacional.

Durante los últimos meses de 1988 la Guardia Civil fue acercándose cada vez más al terrorista. Sin embargo, *Manu* estaba extremadamente bien entrenado y en más de una ocasión logró escapar del cerco policial. Hasta que se produjo el tiroteo en la frontera de Irún en el que perdió la vida.

TERRORISTA «GRADUADO»

Juan Carlos Arruti Azpitarte, alias *Paterra*, acababa de cumplir treinta años cuando fue detenido por la Guardia Civil tras el tiroteo en el peaje fronterizo de Irún. Nació en Azpeitia (Guipúzcoa) el 27 de agosto de 1959 e ingresó en ETA siendo muy joven. A pesar de verse favorecido por la Ley de Amnistía aprobada en 1977, en octubre de ese mismo año formó un comando de «liberados» junto a Jesús María Larzábal Bastanica y Eugenio Barrutiabengoa Zabarte, con quienes realizó varios atracos a diferentes cajas de ahorro del País Vasco.

Paterra cometió su primer asesinato en diciembre de 1980. La víctima, Ignacio Lasa Errrezola, se encontraba en el local que regentaba cuando dos individuos armados entraron y le dispararon en la cabeza. Al igual que *Manu*, durante la década de los ochenta Arruti Azpitarte desarrolló diversas actividades para la organización terrorista. Además de atracos, atentados con coches bomba y asesinatos a sangre fría, mantuvo numerosos encuentros con informadores que le proporcionaban una detallada agenda de los movimientos de cualquiera de las potenciales víctimas de la banda.

En 1984 *Paterra* entró a formar parte del Comando Araba de ETA. Uno de sus compañeros entonces era José Javier Arizcuren Ruiz, alias *Kantauri,* quien posteriormente se convertiría en uno de los principales directivos de la banda (este sanguinario terrorista estuvo implicado en el atentado en el que resultó herida Irene Villa, así como en la acción frustrada contra el rey en Palma de Mallorca). Junto a Arizcuren, *Paterra* cometió el asesinato, en junio de 1985, de Estanislao Galíndez, que trabajaba de cartero en la población alavesa de Amurrio. A este le siguieron otros asesinatos, como el del guardia civil Fernando Amor Calvo, que murió cuando intentaba desactivar un artefacto explosivo, o el del policía nacional Félix Gallego Salmón, en cuyo coche los terroristas colocaron una bomba lapa.

En enero de 1988 el Comando Araba de ETA estaba compuesto por *Paterra*, *Manu* y *Txiribita,* y juntos siguieron asesinando a inocentes. El historial de muertes cometidas por *Manu* es demasiado extenso para reflejarlo en estas páginas.

Tras su detención en septiembre de 1989, fue juzgado por sus

crímenes y condenado a un total de cuatrocientos tres años de prisión, donde permanecerá hasta 2019. Una muestra del carácter soberbio y prepotente del etarra fue la pregunta que dirigió al agente de la Guardia Civil que se disponía a interrogarle. «¿Cuál es su graduación?», preguntó el asesino. Obviamente, el agente se quedó perplejo y no respondió. Entonces *Paterra* añadió: «Yo soy un jefe de ETA militar y no voy a responder a las preguntas de cualquiera. Solo hablaré si quien me pregunta tiene mi misma graduación en el Ejército español. De igual a igual».

DIEZ AÑOS MATANDO

Juan María Oyarbide Aramburu, alias *Txiribita,* nació el 26 de enero de 1955 en la localidad guipuzcoana de Hernani. Con solo veinticuatro años ya era el principal responsable del Comando Adarpa de ETA, del que también formaban parte Javier Lujandio Galdeano, alias *Pakito*, Pedro José Picabea Ugalde, alias *Joxe*, Agustín Arregui Perurena, alias *Churrilla*, Juan Luis Zabaleta Elósegui y Pedro Aira Alonso.

En abril de 1979 comenzó su larga trayectoria como terrorista, que se prolongaría durante más de una década, con el asesinato de tres policías nacionales a los que ametrallaron en las inmediaciones del cuartel de la Policía Nacional de Loyola (Guipúzcoa). A este atentado le siguieron otros ese mismo año contra distintas dependencias de la Guardia Civil en el País Vasco. En 1980 se vio obligado a huir a Francia tras haber estado a punto de ser detenido por la Guardia Civil. A su regreso, se encargó de liderar el comando ilegal Eibar-Urko, y en septiembre de ese mismo año, participó en el atentado contra cuatro guardias civiles a los que mataron mientras comían en un restaurante de Marquina (Vizcaya).

Como en los casos anteriores, la lista de asesinatos cometidos por este etarra es demasiado extensa para ser detallada. Su actividad delictiva fue imparable durante la década de los ochenta, y a pesar de las labores de vigilancia policial, el criminal logró escapar en diversas ocasiones.

El 14 de septiembre de 1982, *Txiribita* llevó a cabo, junto a sus compañeros de comando, un atentado para el que difícilmente se

encuentran adjetivos. Murieron cuatro agentes de la Policía Nacional en lo que se definió como una emboscada, pues los terroristas llevaban casi un mes vigilando el paso de las Fuerzas de Seguridad del Estado en un punto determinado de la carretera, en el alto de Perurena. Los etarras, que estaban apostados en diferentes puntos estratégicos, dispararon contra los dos coches de la Policía —un vehículo Z con agentes de uniforme y otro camuflado con agentes de paisano— en una curva cerrada en la que se vieron obligados a reducir la velocidad. Los agentes Jesús Ordóñez Pérez, Juan Seronero Sacristán y Alfonso López Fernández murieron en el acto. El policía nacional Antonio Cedillo Toscano quedó gravemente herido, pero pudo arrastrarse por la carretera algunos metros, hasta que desfalleció. Un vecino de Rentería lo recogió en su furgoneta con la intención de llevarlo al hospital más cercano. Sin embargo, habían recorrido tan solo un kilómetro cuando los terroristas obligaron al conductor a detenerse, abrieron las puertas del vehículo y remataron al agente.

Pero no solo murieron estos cuatro policías: un quinto se suicidó al día siguiente de la masacre, tras haber acompañado durante toda la noche a los familiares de sus compañeros fallecidos.

En 1983, *Txiribita* quedó integrado en el Comando Donosti de ETA, del que también formaban parte Jesús María Zabarte Arregui, Agustín Arregui Perurena, Juan Luis Lecuona Elorriaga y Félix Manzano Martínez. Este grupo asesinó en septiembre de 1983, en la localidad guipuzcoana de Urnieta, al agente de la Policía Nacional Pablo Sánchez César, mientras esperaba en el andén de la estación a que llegara el tren que le conduciría a su trabajo en San Sebastián. Los terroristas le dispararon con un subfusil y le remataron con una pistola. El policía tenía veinticuatro años y una niña de trece meses.

La actividad de *Txiribita* no cesaba. Algunos de sus atentados fueron de lo más espectaculares, como el realizado contra la casa cuartel de la Guardia Civil de Llodio el 26 de junio de 1986. Sobre las cuatro de la madrugada hizo explosión un artefacto —compuesto por ciento cincuenta kilos de amonal y veinticinco de TNT— justo debajo de las dependencias de la Benemérita. Afortunadamente, en esta ocasión no hubo víctimas mortales, pero los daños materiales alcanzaron los cien millones de pesetas. En el momento de la explosión se encontraban en la casa cuartel dieciséis

agentes con sus familias, nueve mujeres y ocho niños. Los etarras *Manu, Paterra, Txiribita*, Carlos Fachal, Jesús García Corporales y Manuel González Rodríguez fueron los encargados de trasladar y colocar la carga explosiva en una alcantarilla situada bajo el edificio, tarea que les llevó más de tres días.

Tras una larga temporada en Francia, *Txiribita* regresó a España, y en 1988, junto a *Manu* y *Paterra*, se integró en el Comando Araba de ETA. Y enseguida regresaron los asesinatos. Durante los meses anteriores a la desarticulación del comando, los etarras habían detectado que la Guardia Civil se les acercaba, por lo que, mediante diferentes *laguntzailes*, habían buscado lugares donde esconderse. El 25 de agosto de 1989, unos días antes de ser detenido, *Txiribita* se entrevistó en Mondragón con Verónica Garay y con las hermanas Cristina y Lorea Zeceaga. Esta última, destacada dirigente proamnistía, les proporcionó albergue en su caserío en Mondragón, mientras Cristina Zeceaga se encargaba de llevarles alimentos.

UN AÑO ENTERO DETRÁS DE *MANU*

Las Fuerzas de Seguridad del Estado llevaban cerca de un año rondando a *Manu,* aunque debido a la escasez de medios técnicos —ni móviles ni internet—, seguir la pista de un etarra no era tarea fácil.

Cuando el 15 de abril de 1988 los etarras del Comando Araba atrajeron a la Policía Nacional hasta la calle Heraclio Fournier de Vitoria mediante una llamada que advertía de la presencia de toxicómanos en la zona, el terrorista dejó un rastro. Tras matar a los dos agentes, los etarras huyeron en un vehículo que habían robado a punta de pistola y que abandonaron posteriormente. En ese coche se hallaron las huellas dactilares de Manuel Urionabarrenechea, quien, además, fue reconocido por varios testigos presenciales.

El 10 de septiembre se produjo otro atentado con víctimas mortales en la localidad vizcaína de Izurza. Murieron dos policías de la brigada antiterrorista de Bilbao y los tres terroristas que actuaron lo hicieron a cara descubierta. En realidad, poco tenían que temer, pues prácticamente nadie se atrevía a hablar. El miedo era una constante en la vida de la población vasca, que se mantenía

hermética para salvar la vida.

Los etarras huyeron en el coche de uno de los clientes del bar en el que se produjo la muerte de uno de los agentes, un Peugeot 505 de color gris que fue encontrado minutos después a un par de kilómetros. En aquel vehículo también se hallaron las huellas dactilares de *Manu*.

Los dos policías que perdieron la vida aquel día, el inspector Martín Martínez Velasco y el agente Pedro Antonio Fonte Salido, habían visitado el bar Ozaeta en otras ocasiones, pues estaban investigando una serie de locales que podrían ser utilizados por la banda para realizar llamadas telefónicas y contactar con sus *laguntzailes*. Es bastante probable que los pistoleros conocieran la identidad de los policías, pues la legislación del momento no garantizaba el anonimato de los agentes que participaban en la lucha antiterrorista. Por si fuera poco, las denuncias por torturas contra guardias civiles y policías nacionales estaban a la orden del día y los agentes se veían obligados a desvelar sus nombres en los juzgados a los que, asombrosamente, acudían como acusados.

Poco después del atentado de Izurza, las huellas de *Manu* volvieron a aparecer en otra investigación. Se encontraron en un vehículo Talbot 150, propiedad de un funcionario de prisiones al que habían robado el vehículo a punta de pistola. Todos estos datos no solo dejaban claro que el terrorista se encontraba en activo, sino que, además, ofrecían pistas de la zona en la que podrían hallarle. Aunque él no lo sospechaba, el cerco comenzaba a estrecharse a su alrededor.

El 3 de octubre de 1988, un miembro de la Policía Nacional que viajaba junto a sus compañeros en un vehículo camuflado identificó al terrorista en una calle de Amorebieta. *Manu* iba acompañado por *Txiribita* y *Paterra,* aunque en un primer momento a estos no los reconocieron. Los inspectores intentaron aproximarse, pero los etarras se percataron de la maniobra del vehículo policial y se apoderaron, a punta de pistola, de un coche con el que se dieron a la fuga. Un *laguntzaile* los escondió en un caserío de Argane, próximo a Rentería.

El 21 de agosto de 1989, el terrorista tuvo un nuevo encuentro con las Fuerzas de Seguridad, en esta ocasión con la Guardia Civil. Varios agentes del Servicio de Información de la Benemérita lo

detectaron en Vitoria. Ocurrió en la estación del ferrocarril, donde *Manu* tenía una cita con un colaborador. Por aquel entonces el etarra estaba bastante nervioso e intuía que tenía los tricornios en el cogote. Cuando se dio cuenta de que los agentes lo habían encontrado, agarró al *laguntzaile* y lo colocó delante de él, a modo de parapeto. Empuñó su arma y comenzó a disparar a los guardias. En el tiroteo, el colaborador resultó herido. Sin embargo, *Manu* logró escapar en un Seat 131 que robó a su propietario a punta de pistola.

Probablemente, esta fue la gota que colmó el vaso y lo que llevó al jefe del Comando Araba a tomar la decisión de huir a Francia. Menos de un mes después, el 16 de septiembre, los miembros del comando cayeron en la frontera de Irún.

La pista del caserío de Menagaray

Desde hacía bastante tiempo la Benemérita seguía una pista que conducía al Comando Araba de ETA. Cuando en 1987 *Santi Potros* fue detenido, se le incautó una gran cantidad de documentación. Entre todos aquellos papeles encontraron una carta enviada por el Comando Araba en la que pedían dinero para un colaborador. Explicaban que el *laguntzaile* había adquirido una casa-zulo y que aunque una parte del dinero la había puesto él mismo, «el resto tendremos que pagarlo nosotros». Además, en la carta se decía que mientras se dirigían a realizar una *ekintza* (“acción”)en Orozco, «que nos queda a mitad de camino», el *laguntzaile* tuvo un accidente y acabó en el hospital. Y añadían: «Ha tenido que comprar un coche de segunda mano que le ha costado 490 000 pesetas. Necesitamos dinero para poder pagar todo esto».

Esta carta era un verdadero tesoro para los agentes de la Guardia Civil. El Servicio de Información de San Sebastián comenzó investigando los accidentes de tráfico que se habían producido en los alrededores de Orozco y en los que el conductor del vehículo había resultado herido y hospitalizado. También buscaron los coches de segunda mano que se habían adquirido y que habían costado alrededor de medio millón de pesetas. Después de largas jornadas de investigación, los agentes cantaron «bingo»: José Ángel

Viguri Camino, presidente de la Federación de Ikastolas de Álava, había tenido un accidente de tráfico que le había llevado al hospital; su coche había quedado inservible y había comprado otro de segunda mano por la cantidad que se señalaba en la carta. Por si fuera poco, Viguri Camino poseía un caserío en Menagaray, que podría ser el lugar elegido para la casa-zulo de la que también se hablaba. Todas las piezas encajaban.

Desde ese momento el trabajo de vigilancia le correspondía a la Unidad de Servicios Especiales de la Guardia Civil, por lo que los hombres del Grupo 5 llegaron desde Madrid en agosto de 1989.

Vigilando el caserío

La misión resultó extremadamente delicada. Se trataba de vigilar un caserío en Menagaray, una localidad con menos de ciento cincuenta habitantes, por lo que pasar desapercibidos se presentaba como una tarea casi imposible. En el primer *briefing* realizado en la base de Intxaurrondo quedó claro que las investigaciones realizadas hasta el momento llevaban hasta el Comando Araba de ETA, compuesto por algunos de los terroristas más crueles y sanguinarios de la banda. Había que actuar con suma cautela y mantenerse alerta en todo momento. El jefe del equipo ofreció a los agentes todos los datos conseguidos tanto por el Servicio de Información de San Sebastián como por los compañeros de la Unidad de Servicios Especiales de Madrid. El Grupo 1 de dicha Unidad había obtenido, junto al caserío, una huella de la rodada de un coche; pronto averiguaron que se correspondía con la rueda de un Renault 11, que era la marca del vehículo de Viguri. Además, una vecina de Menagaray había identificado a *Manu* en una foto que la Guardia Civil le había mostrado, y añadió que el terrorista había visitado el caserío junto a otro hombre y que juntos salieron por un camino para regresar poco después y marcharse del pueblo.

A cada uno de los agentes se les encomendó una misión: fotografiar la casa desde todos los ángulos, realizar un croquis detallado del pueblo, identificar y controlar los lugares «sensibles» —bares, comercios, clubes de alterne, etc.— y conseguir planos y mapas de la zona.

—Cuando tengamos todo esto bajo control, organizaremos la

vigilancia —concluyó el jefe del equipo.

Al día siguiente los agentes se dirigieron a Menagaray. Una vez allí, se separaron en parejas, aunque alguno recorrió la zona en solitario. Se trataba de aparentar la mayor naturalidad, sin levantar sospechas entre los habitantes del pueblo.

Cuando regresaron a la base de Intxaurrondo dibujaron un croquis exacto del pueblo —paradas de autobús incluidas— y de la ubicación de la casa, con todos los accesos a la misma. Posteriormente revelaron las fotografías que habían sacado de la zona y redactaron con todo lujo de detalles el informe del día, en el que debía aparecer desde el material con el que estaba hecha la puerta de entrada a la vivienda hasta la raza de los perros que la guardaban.

Debido a la dificultad de pasar desapercibido en una localidad tan pequeña, se decidió que uno de los agentes se disfrazara de sacerdote y fuera él quien entrara en el pueblo mientras los demás agentes se quedaban fuera. El agente-cura se movió sin dificultad por Menagaray y, finalmente, optó por tomar como puesto de vigilancia un lugar que se encontraba en un alto y desde donde se divisaba todo el pueblo.

Pero un solo hombre no era suficiente para llevar a cabo las tareas de vigilancia. El jefe del equipo ordenó que un coche perfectamente camuflado se situara en cada una de las posibles entradas y salidas del pueblo. Los agentes debían controlar en todo momento lo que sucedía en el caserío de Viguri y para ello tuvieron que esconderse en lugares verdaderamente incómodos para ver sin ser vistos.

Cambio de táctica

Los agentes aún recuerdan el silencio que se hacía en el pueblo cuando llegaba la noche. Pasaron los días y nada extraño ocurría en la localidad. Nadie entraba ni salía del caserío y no había rastro del Renault 11. Finalmente, el jefe del equipo decidió cambiar de táctica.

—Hay que entrar en el caserío y colocar un micrófono —dijo.

Los técnicos prepararon el dispositivo de escucha que los agentes debían introducir en el domicilio, pero era necesario encontrar el

modo de entrar. Varios agentes tenían que entretener a los enormes mastines que guardaban el caserío, labor que resultaba realmente complicada y peligrosa. Hubo quien propuso matar a los animales, pero tras reírse de la ocurrencia y tildar de bruto a quien la había tenido, decidieron que la mejor opción era drogarlos. El jefe del equipo estuvo de acuerdo y se pusieron manos a la obra. Un agente se encargó de conseguir relajantes y otro de comprar unos buenos filetes en una carnicería. Este sería su material de trabajo al día siguiente.

Aunque, en efecto, los perros se quedaron dormidos minutos después de haber ingerido su ración de carne, la dosis de relajantes no había sido la correcta, pues comenzaron a gruñir mientras los agentes intentaban abrir la verja. Los animales estaban atontados, pero no lo suficiente. Hubo que repetir la operación en varias ocasiones hasta dar con la dosis adecuada de Tranxilium. Los mastines se fueron quedando dormidos, esta vez profundamente, y los agentes tuvieron vía libre para actuar. Tres de ellos saltaron la valla —uno era el especialista en cerraduras— mientras los demás permanecían en sus puestos de vigilancia en las entradas y salidas del pueblo y en los alrededores del caserío.

El cerrajero adquirió una cerradura exactamente igual a la de la casa de José Ángel Viguri para poder estudiarla con detalle y averiguar la mejor manera de abrirla. Al día siguiente, la «operación Tranxilium» se repitió, pero esta vez sí pudieron entrar en la casa. Tenía dos pisos y al instante los agentes comprobaron que estaba preparada para ser habitada. Había que encontrar un lugar adecuado para colocar el micrófono y decidieron hacerlo en el interior de un piano.

Sin embargo, ninguna conversación fue captada por el dispositivo, puesto que nadie entró en el caserío. En las declaraciones realizadas por los detenidos en esta operación, entre ellas la de *Paterra*, así como en diferentes informes oficiales, se señala que durante el año 1989 el Comando Araba no utilizó el caserío de Menagaray para esconderse. La primera vez que la casa de José Ángel Viguri Camino sirvió de cobijo a un comando de ETA fue en 1982, y el mismo *Paterra* declaró haberse escondido en ella en aquella época, cuando el terrorista formaba parte de los Comandos Autónomos Anticapitalistas, junto a sus compañeros

Javier Ignacio Sanmartín, *Blusa*, y *Josetxu*. También declaró que en abril de 1984, formando parte ya del Comando Araba de ETA, en el que también estaban integrados José Javier Arizcuren Ruiz, *Kantauri*, y Eusebio Arzallus Tapia, *Paticorto, Paterra* volvió a contactar con Viguri Camino, a quien pidieron que fabricara un zulo en el caserío. Durante aquel mes, los tres miembros del comando se alojaron allí.

En 1988, el Comando Araba —compuesto ya por *Manu, Txiribita* y *Paterra*— volvió a utilizar la casa, si bien poco después eligieron otro domicilio para esconderse: el de la *laguntzaile* Lucía Larrazábal.

LA PERSECUCIÓN

Desde que se desarticuló el Comando Eibar en abril de 1989, el Servicio de Información de la Guardia Civil vigilaba de cerca los pasos de José Antonio Múgica Huici, el famoso camionero que había colaborado con el comando, pues sabían que tarde o temprano les conduciría hasta otros miembros de ETA. Le intervinieron el teléfono y el camión estuvo permanentemente «escoltado» por diferentes vehículos policiales debidamente camuflados. José Antonio Múgica tenía su base en la localidad de Pasajes, aunque en ocasiones también salía desde Irún. Cuando llegó el verano, los mandos de la Benemérita decidieron enviar al Grupo 5 para que se hiciera cargo de la vigilancia del *laguntzaile*. Este llevaba varios meses sin actuar, pero la Guardia Civil sabía que se trataba de un transporte de ETA que tarde o temprano se pondría en marcha.

El 16 de septiembre de 1989, Múgica Huici subió a su camión —sin remolque— en Pasajes y tomó la carretera nacional N-I en dirección a Francia. Cuatro coches de la Benemérita le seguían. Llegó a la zona franca aduanera y allí enganchó un remolque con toldo azul oscuro. La carga la formaban cuarenta toneladas de tablas de madera. Después tomó dirección hacia Vitoria. Aquel día era sábado y no era normal que el camión iniciase un transporte legal, por lo que desde la Comandancia de Intxaurrondo se ordenó que un equipo de la UEI estuviese preparado para intervenir. Cuando el camión llegó a la capital alavesa tomó la carretera

N-240, que une esta ciudad con Bilbao. Aquella maniobra estaba totalmente fuera de lugar: era de lo más chocante que desde la frontera se dirigiese primero hacia el sur, a Vitoria, para después volver a dirigirse al norte. Desde la Comandancia de San Sebastián se ordenó que otro equipo del Servicio de Información saliese de inmediato para ofrecer apoyo a los hombres del Grupo 5 que seguían al *laguntzaile*.

Los terroristas huyen en el remolque

Eran ya diez los coches que se alternaban para no perder de vista el tráiler en ningún momento. En el kilómetro 29 de la carretera nacional N-240 hay una pequeña gasolinera y un bar, el Barazar, donde muchos camiones hacen un alto para repostar o tomar algo. Allí detuvo su vehículo Múgica Huici alrededor de las siete de la tarde. Descendió del camión y comprobó que las cuerdas y los tiros de la lona del remolque estaban en perfecto estado, o al menos eso parecía a simple vista. Después entró en el bar.

Uno de los vehículos del Grupo 5 se detuvo a pocos metros del camión en una maniobra de aproximación. Una pareja de agentes, un hombre y una mujer, descendieron del coche. La mujer se dirigió hacia el bar para entrar en el servicio. De regreso, se fijó en dos hombres, uno de los cuales le resultó familiar. Su estómago dio un vuelco.

—Ahí dentro está *Paterra* —dijo por su transmisor cuando salió del local.

Sus compañeros se quedaron petrificados.

—¿Estás segura? —le preguntaron varias veces.

El guardia civil que iba con ella la miró fijamente. El rostro de la mujer indicaba que sí lo estaba, pero dado que llevaba poco tiempo en la unidad, él decidió cerciorarse. Entró en el bar y se dirigió al servicio.

—Sí. Es él —dijo.

Los agentes no vieron salir a *Paterra*, pero sí al camionero, que se dirigió a su vehículo y volvió a repasar los tiros de la lona. En realidad, lo que había hecho antes de entrar al bar fue aflojar las cuerdas para que *Paterra* y otros tres terroristas se introdujeran en el remolque. Ahora las ataba y se asegura de que quedaran bien

sujetas. Todo parecía indicar que el tráiler se dirigiría hacia la frontera. Dos unidades de la Unidad Especial de Intervención recibieron la orden de incorporarse a la caravana de coches de la Guardia Civil. Puesto que los agentes de la UEI desconocían el lenguaje convenido con el que se comunicaban los miembros del Grupo 5, uno de estos, el agente Q, cambió de vehículo y subió a uno de los coches de la UEI para hacer de «traductor».

El camión cogió la autopista Bilbao-Behovia. Cada vez quedaba más claro que su objetivo era pasar a Francia. Tan solo faltaban diez kilómetros para llegar a la frontera cuando los agentes de la UEI recibieron la orden de proceder a la detención del camión. Los dos vehículos de la UEI abandonaron la caravana, aceleraron y adelantaron al tráiler. El resto de los agentes, los diez vehículos del Grupo 5, abandonaron la persecución, pues no se podía correr el riesgo de que el camionero se percatase de que lo estaban siguiendo.

La detención se realizaría en el peaje fronterizo de Irún. Los vehículos de la UEI sobrepasaron los puestos de las taquillas y esperaron a su objetivo. Varios coches pasaron antes de tenerlo en su campo de visión. La barrera del peaje y un coche que había delante del camión eran ya lo único que separaba a los etarras de su destino. La barrera se levantó para dejar pasar al vehículo y fue entonces cuando los dos coches policiales se atravesaron cerrando el paso y los seis hombres de la UEI y el del Grupo 5 que iba con ellos entraron en acción. Los siete desenfundaron sus armas y uno de ellos se acercó al camionero.

—¿Qué llevas en la carga? —le preguntó.

—Madera —respondió Múgica.

—¿Nada más?

—Nada más. ¿Qué quiere que lleve?

—¿Crees que somos tontos? Sabemos que llevas gente —dijo el agente subiendo el tono de voz.

Pero el camionero no soltó prenda. Le pidieron que descendiera del vehículo, mientras uno de los guardias entraba en la cabina por la otra puerta. Allí no había nadie.

Todos los vehículos que habían participado en la persecución del camión de Múgica Huici llegaron al peaje fronterizo. Incluso el coronel Rodríguez Galindo quiso estar presente en la detención de

los etarras. Uno de los agentes de la UEI subió al remolque del camión. Desde esa posición disponía de un excelente campo de visión. Sus compañeros comenzaron a registrar la carga con sumo cuidado; palparon la lona y en algún momento llegaron a levantarla. Pero la exploración no dio resultado. Fue entonces cuando ordenaron a Múgica Huici que desatase la lona y, si era preciso, descargase la madera. Los agentes sabían que en aquel remolque se escondían varios etarras, y el camionero, aunque actuaba con suma lentitud, como si quisiera ganar tiempo, no podía negarse a obedecer.

Tiroteo en el peaje fronterizo

De pronto se oyó un estruendo. Desde el interior del remolque los terroristas habían lanzado una granada de mano y los miembros de la UEI y el agente Q respondieron con una interminable ráfaga de tiros dirigida hacia la parte superior derecha de la carga. De ese modo lograron acabar con la vida de *Txiribita*, que se disponía a lanzar una segunda granada a los agentes. Afortunadamente, esta le explotó en la mano.

Entonces se produjo una descarga de disparos en el techo del remolque. El agente que se encontraba allí respondió al ataque y vació sus dos cargadores mientras se movía de un lado a otro para esquivar las balas que llegaban desde el interior del remolque. Los disparos se sucedieron hasta que un pesado y tenso silencio se hizo en el lugar.

Los agentes se dirigieron a la parte derecha del camión, y sin dejar de apuntar con sus armas, fueron levantando la lona. Entre la carga y el remolque había un cubículo que habría pasado desapercibido en un control rutinario. En su interior se encontraban *Paterra* y Manuel González Rodríguez, alias *Manolo*, miembro «legal» de ETA y componente del Comando Araba. Ninguno de los dos ofreció resistencia. Hallaron también los cadáveres de *Txiribita* y de *Manu*, quien tras la muerte de su compañero, decidió llevarse a algún *txakurra* por delante y la emprendió a tiros contra el agente de la UEI que se encontraba encima del remolque. Murió cuando este se defendió y repelió el ataque.

Pocos minutos después, la noticia del tiroteo en el peaje

fronterizo de Irún saltó a los medios de comunicación. Fue la filtración más rápida que se recuerda y sembró un profundo malestar entre las unidades antiterroristas de la Guardia Civil. El conocimiento público de este tipo de hechos impedía que se realizaran más detenciones, pues algunos de los implicados y *laguntzailes* tenían el tiempo suficiente para huir. En una rueda de prensa, el entonces director general de la Guardia Civil, Luis Roldán (pensemos en qué manos nos encontrábamos entonces), dijo algo así como que esas filtraciones eran gajes del oficio y que resultaban inevitables. En la investigación de lo sucedido se apuntó a Madrid como origen del chivatazo.

Afortunadamente, mi marido supo rápidamente que la noticia estaba en los medios y no esperó a llegar a la base para hablar conmigo. Desde el mismo peaje fronterizo me llamó. Al instante percibí su respiración agitada. Me contó lo que había sucedido y, ante mi insistencia, me aseguró que se encontraba bien.

—Solo hay tres compañeros de la UEI con unos arañazos por la explosión —dijo—. Seguro que son heridas leves. Yo estoy bien. No te preocupes.

Le creí y, a pesar de lo que escuché en la radio y en la televisión horas después, por primera vez en muchos días pude dormir tranquila. «Dos etarras menos», pensé.

6

PRIMAVERA DE 1991:
OBJETIVO, ACABAR CON LA BARBARIE EN MASA

El 30 de mayo de 1991, la Guardia Civil desarticuló el Comando Barcelona de ETA, que desde 1985 venía actuando y sembrando el terror en Cataluña y en la Comunidad Valenciana. A lo largo de la sangrienta historia de la banda, Cataluña nunca resultó una tierra especialmente dañada por el azote del terrorismo. Sin embargo, a pesar de no tener el apoyo popular con el que sí contaban en el País Vasco, los asesinos etarras mataron a cincuenta y cuatro personas en la comunidad autónoma, principalmente en Barcelona.

Probablemente debido a la dificultad a la hora de lograr la infraestructura necesaria para moverse y esconderse, la banda terrorista causó terribles masacres fuera de Euskadi en atentados que tuvieron como resultado un gran número de víctimas. Así ocurrió en la localidad barcelonesa de Vic, el 29 de mayo de 1991, donde murieron diez personas, y, anteriormente, el 19 de junio de 1987, en el atroz atentado contra el centro comercial Hipercor de Barcelona, en el que perdieron la vida veintiuna personas.

En el momento de su desarticulación, el Comando Barcelona estaba compuesto por Juan Carlos Monteagudo Povo, alias *Cata* y *El Catalán*, Juan Félix Erezuma Uriarte y Juan José Zubieta Zubeldía. Los tres asesinos contaban con la colaboración de los *laguntzailes* María Pilar Ferreiro Bravo y Jorge Mas Trullenque. Juan Carlos Monteagudo y Juan Félix Erezuma fallecieron en el enfrentamiento que mantuvieron con la Guardia Civil el 30 de mayo de 1991 tras resistirse a su detención.

EL TEMOR DE LOS INOCENTES

El 29 de mayo de 1991, los terroristas lanzaron un coche bomba contra la casa cuartel de la Guardia Civil de la localidad barcelonesa de Vic. Eran poco más de las siete de la tarde cuando un grupo de niños jugaba en el patio de las dependencias de la Benemérita —allí vivían catorce agentes, trece mujeres y veintidós niños—. De pronto, un coche bomba lanzado por los etarras hizo explosión en el interior de la casa cuartel; el edificio se vino abajo y solo quedó en pie la fachada. Diez personas murieron, cinco de ellas menores de edad.

Lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer. Hasta aquel momento siempre había creído que era mi marido quien estaba en el punto de mira de los terroristas, pero el día de la masacre de Vic me di cuenta de que nuestro pequeño, que entonces tenía seis meses, y yo éramos también objetivos de la banda. Desde que conocí la noticia del atentado, tuve a mi niño abrazado con todas mis fuerzas junto a mi pecho, mientras las lágrimas corrían por mis mejillas. Podría haberle tocado a él. Mi instinto me había llevado a negarme rotundamente a vivir en dependencias oficiales y, aunque a veces nos resultaba complicado llegar a fin de mes con el salario que mi marido recibía de la Guardia Civil, nos habíamos hipotecado para tener una vivienda propia. Pero había personas que no podían hacerlo, algunas porque su situación económica no se lo permitía, y otras porque estaban destinadas en una pequeña localidad de la que pensaban irse más o menos pronto, por lo que no les merecía la pena echar raíces y habían optado, como solución provisional, por vivir en una casa cuartel.

¿Qué habría ocurrido si yo misma me hubiera encontrado en esa situación?, ¿y si no hubiera tenido otra alternativa y me hubiera visto obligada a vivir en una casa oficial?, me preguntaba una y otra vez. De pronto dejé de interrogarme por los porqués de este sinsentido, los porqués de tantas vidas de inocentes segadas de cuajo, los porqués de unas leyes tan laxas con los asesinos… Tan solo estrechaba con fuerza a mi pequeño y, durante las temporadas en las que su padre no estaba con nosotros, le observaba mientras descansaba en su cuna. A partir de aquel momento comencé a hacer algo que nunca antes había hecho: cada mañana miraba los bajos de

mi coche mientras me preguntaba: ¿qué es lo que estoy buscando? El miedo se había apoderado de mi vida.

El horror se instala en Vic

Aquel 29 de mayo de 1991 estaba teniendo lugar en Vic una prueba ciclista, por lo que la mayor parte de los agentes de la Benemérita se hallaba de servicio en las calles de la población barcelonesa. En la casa cuartel se encontraban las esposas y los hijos de los guardias civiles, que, sin saber por qué, aquel día se convirtieron en los objetivos de los asesinos, que aprovecharon una pequeña rampa que había tras la verja lateral de las dependencias para lanzar el coche bomba y provocar una de las mayores masacres de la banda terrorista.

Los etarras Juan Carlos Monteagudo, alias *Cata*, Juan Félix Erezuma y Juan José Zubieta conocían bien el lugar contra el que pensaban atentar. Los asesinos dejaron que el vehículo —un Renault 11 cargado con más de doscientos kilos de amonal repartidos en una docena de bombonas— descendiera por la rampa hasta el patio interior de la casa cuartel. Una vez dentro, Juan Carlos Monteagudo accionó el dispositivo de control remoto y provocó la explosión.

El horror se adueñó de la localidad. El edificio se vino abajo mientras los supervivientes gritaban entre la nube de polvo y humo buscando a sus familiares. Muy pronto comenzaron a hallarse los cadáveres. Gracias al incansable trabajo de los equipos de rescate, asistidos por grúas y perros adiestrados, ya bien entrada la noche pudo localizarse a una joven de dieciocho años y a un bebé que seguían con vida entre los escombros.

El guardia civil Juan Chincoa Alés, de treinta años, y su esposa, Nuria Ribó Parera, de veintiséis, murieron en el atentado. La hija de la pareja, Ana Alés Ribó, que aún no había cumplido los dos años, resultó herida. El también agente de la Benemérita Juan Salas Piriz, de cuarenta y ocho años, perdió la vida, así como su suegra, Maudilia Duque Durán. La esposa de Juan Salas, Manuela Morgado, resultó herida.

Lo más trágico fue el fallecimiento de cinco menores: Francisco

Cipriano Díaz, de diecisiete años, estaba estudiando en su habitación cuando se produjo la explosión y murió en el acto; Ana Cristina Porras López, de diez años, hija del guardia civil Teodoro Porras, murió también en el momento de la explosión. La pequeña estaba jugando en el patio del cuartel con sus amigas y su hermana Isabel, de siete años, a la que hubieron de amputar parte de la pierna izquierda; Vanessa Ruiz Lara, de nueve años, quedó sin vida tendida en el patio del cuartel, donde había acudido a jugar con sus amigas, hijas de guardias civiles, después de salir del colegio; María Pilar Quesada Araque, de ocho años, que estaba a punto de celebrar su primera comunión, también se encontraba entre el grupo de niños que jugaba en el patio y murió en el acto. Rosa María Rosa Muñoz, de catorce años, corrió la misma suerte. Además, Ramón Mayo, guardia civil en la reserva activa, falleció mientras prestaba auxilio al ser atropellado por una ambulancia que trasladaba a los heridos.

Los muertos tienen nombres y apellidos. Y una familia, amigos y una vida por vivir. En cada una de las personas que los echa en falta y los llora permanece una tragedia que es difícil, muy difícil, superar. Aunque no mencionemos aquí a todos ellos, los heridos también tienen nombres y apellidos, y arrastran durante toda su vida el dolor y el trauma por el drama vivido. Y aún queda otra categoría de víctimas que están alrededor de las anteriores: los miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado y del Ejército, de todos los colectivos amenazados y sus familias, que hemos vivido —y vivimos aún— con el miedo instalado en el cuerpo ante el sobresalto del timbre del teléfono. Y siempre callados, lamiéndonos las heridas en silencio de puertas adentro, pues parece ser que no está bien visto el llanto y la protesta cuando vienen de nuestro lado.

La masacre de Vic tuvo su otra cara de la moneda. La Guardia Civil tardó veinticuatro horas en desarticular el Comando Barcelona. Mientras en la localidad barcelonesa daba comienzo al día siguiente el funeral por las víctimas, varios agentes de la USE y de la UEI irrumpieron en el chalé en el que se escondían los tres terroristas.

LA SANGRIENTA HISTORIA DE *EL CATALÁN*

El jefe del Comando Barcelona se llamaba Juan Carlos Monteagudo Povo. A pesar de lo que vienen a indicar sus alias —*Cata* y *El Catalán*—, el terrorista nació en Valencia el 15 de octubre de 1960. Sus padres se trasladaron pronto a Barcelona y Monteagudo vivió allí desde pequeño, de ahí que hablara perfectamente el catalán. Comenzó a trabajar en un banco a los diecisiete años, y hasta los veintitrés llevó una vida *aparentemente* normal. Subrayo *aparentemente* porque Monteagudo mantenía una doble vida: era miembro de grupos anarquistas, construía zulos en el monte Tibidabo y atracaba bancos.

En 1983, cuando el jefe del grupo independentista en el que militaba fue detenido, su vida dio un giro de ciento ochenta grados. Se vio obligado a huir y se escondió en Francia, donde contactó con la organización independentista Terra Lliure. Un año antes, en marzo de 1982, Monteagudo se había entrevistado en Perpignan con algunos de los principales activistas de esta organización, en concreto con Jaime Fernández Calvet y José de Calasanz Sena Puig. En 1983 compartió domicilio en esa localidad francesa con otros miembros de Terra Lliure —Salvador Domenech, Luis Milla Salinas y Marco Aurelio Muñoz de Bustillo—, y allí, una persona a la que Monteagudo no pudo ver porque iba encapuchada les impartió un cursillo sobre manejo de armas y explosivos.

Los contactos que ETA y Terra Lliure mantenían en el sur de Francia eran habituales y permitieron que *Cata* conociera a algunos etarras. En 1986 dejó la organización independentista catalana debido a las discrepancias que mantenía con sus dirigentes, algunos de los cuales decían que a Monteagudo «le iba la marcha». De este modo ETA encontró un peón maduro para trabajar en sus filas. De hecho, la etarra Inmaculada Noble Goicoechea declaró ante las Fuerzas de Seguridad que Monteagudo había ejercido de *mugalari* a comienzos de 1987. Diferentes versiones apuntan a *Cata* y a otros antiguos militantes de Terra Lliure como los *mugalaris* del sangriento Comando Madrid que en agosto de 1986 sembró el terror en la plaza de la República Dominicana de la capital.

Se acercaba el año olímpico de 1992 y los Juegos se celebrarían en la Ciudad Condal. ETA no podía permitirse el lujo de no contar con un comando estable en Barcelona. En septiembre de 1987 la Guardia Civil había detenido a los famosos asesinos de Hipercor,

Domingo Troitiño y Mercedes Eneaga, por lo que la cúpula de la banda terrorista decidió darle más responsabilidades a *El Catalán,* a quien encomendaron la tarea de organizar de nuevo el Comando Barcelona. Y así lo hizo.

Hipercor: un listón muy alto

El anterior Comando Barcelona había dejado el listón muy alto. Basta recordar el coche bomba que los terroristas colocaron en el aparcamiento del centro comercial Hipercor de la Ciudad Condal el 19 de junio de 1987. Murieron veintiuna personas y más de cuarenta resultaron heridas. Fue una masacre sin precedentes. A los veintisiete kilos de amonal de la bomba, los asesinos sumaron alrededor de doscientos litros de productos incendiarios —incluso líquido tipo napalm—, diversos tipos de pegamento y jabón, con el fin de que las sustancias inflamables se adhiriesen a los cuerpos de las víctimas. Aquel Comando Barcelona lo formaban Domingo Troitiño Arranz, Mercedes Eneaga Esnoz y Rafael Caride Simón. Este último pensaba que El Corte Inglés era una empresa de capital francés —lo que viene a demostrar lo bien formados que están estos «salvadores de la patria vasca»—, y puesto que tenían órdenes de atacar a las compañías francesas, programaron el atentado de tal modo que causara el mayor daño posible: en horario comercial, a las cuatro de la tarde.

Huida a tiros por las calles de Barcelona

En el grupo que organizó Monteagudo, su compañero inseparable era Juan Félix Erezuma Uriarte. La Policía Nacional estuvo a punto de capturarlos el 15 de noviembre de 1988, cuando asaltaron un piso franco que ambos tenían en Barcelona, en la calle de La Sagrera. Una casualidad (los vecinos denunciaron un olor extraño, seguramente producido por los explosivos que allí almacenaban) llevó a la Policía hasta allí y, al darse cuenta de que se trataba de un piso franco de ETA, montaron un dispositivo de espera para capturar al comando. Cuando los terroristas llegaron al domicilio se produjo un enfrentamiento armado, pero los etarras lograron huir. La Policía halló en el piso ciento treinta y cinco kilos

de amosal, además de información sobre varios comisarios y miembros del Cuerpo Nacional de Policía contra los que pensaban atentar.

Meses después, Monteagudo alquiló un piso en el número 68 de la calle del Carmen, también en Barcelona, para utilizarlo como piso franco. Lo hizo con documentación falsa, a nombre de Mariano Perit Lafit. Y continuó la preparación de la infraestructura del comando. El 22 de agosto de 1990, él y Erezuma robaron a mano armada una máquina troqueladora de matrículas, así como diferentes matrices de números y letras. Al día siguiente abandonaron un Opel Corsa, con treinta y dos kilos de amonal, que fue encontrado por la Policía tras intentar secuestrar a un policía militar en la localidad de Sant Cebrià de Vallalta. Así comenzó la sanguinaria actividad de este nuevo Comando Barcelona, que en absoluto iba a permitir que sus acciones fueran más «blandas» que las de sus antecesores.

El 23 de noviembre de 1990 explosionó un coche bomba en las inmediaciones del puesto de la Guardia Civil de San Carlos de la Rápita, en Tarragona. Afortunadamente, solo hubo un herido, el agente Francisco Soldado Zamora. Durante la investigación, varios testigos presenciales identificaron, «sin lugar a dudas», a Monteagudo como la persona que se encontraba entre los vecinos observando los destrozos del atentado.

Si en San Carlos no lograron matar a nadie, sí lo consiguieron en su siguiente intento. Fue un par de semanas después, el 8 de diciembre de 1990. Colocaron un coche bomba frente a una escuela de Sabadell y lo activaron cuando pasaba un furgón de la Policía Nacional que se dirigía al estadio Creu Alta, donde los agentes iban a trabajar en la seguridad de un partido de fútbol. De los ocho hombres que ocupaban el vehículo, seis perdieron la vida. De este modo, Monteagudo y sus compañeros de comando iniciaban su larga lista de víctimas mortales.

El 20 de diciembre de 1990 *El Catalán* se trasladó a Valencia, donde colocó un coche bomba en el cruce de las calles Pianista Amparo Iturbi y San Vicente, muy cerca de unas dependencias militares. Minutos antes de las ocho de la mañana el vehículo hizo explosión y cinco militares y nueve civiles resultaron heridos.

Hasta el momento de convertirse en el encargado de formar el

nuevo Comando Barcelona, Juan Carlos Monteagudo nunca se había significado como un miembro «importante» de ETA, y tampoco lo fue durante su militancia en Terra Lliure. Era un hombre muy nervioso que no gozaba de buena salud, pues padecía una hernia discal que le producía intensos dolores en la pelvis y en la pierna derecha, lo que a menudo le obligaba a inyectarse fuertes analgésicos. Además, padecía hipermetropía, por lo que sus gafas se convirtieron en una de sus características inconfundibles.

La sombra de El Catalán

Su compañero inseparable, Juan Félix Erezuma Uriarte, tampoco se había destacado como un activista de peso en la banda terrorista hasta que comenzó su andadura en el Comando Barcelona. Erezuma nació el 23 de mayo de 1963 en la localidad de Guernica (Vizcaya). Huyó a Francia en 1988 perseguido por la Policía, que le localizó e intentó detenerlo cerca de Amorebieta, cuando circulaba en su coche junto a su hermana. Hasta que entró en contacto con Monteagudo, sus tareas se limitaron fundamentalmente a labores de información, pero después, ya en el Comando Barcelona, participó en todas las acciones terroristas que *El Catalán* preparó. Como miembros inseparables que eran, Erezuma Uriarte murió junto a Monteagudo tras ser detenidos por la Guardia Civil el día siguiente a la masacre de Vic.

De informador a asesino confeso

El tercer miembro del comando, Juan José Zubieta Zubeldia, declaró tras su detención haber pertenecido al Comando Nafarroa de ETA, con el que participó como informador en el secuestro del industrial Adolfo Villoslada, que permaneció ochenta y cuatro días en manos de los terroristas —Zubieta Zubeldia trabajaba en Construcciones Añuri, una de las empresas del empresario—. Además de proporcionar la información necesaria para que se efectuara el secuestro, el etarra declaró ante las Fuerzas de Seguridad que fue él quien construyó la «cárcel del pueblo» en la que estuvo encerrado el industrial.

Asimismo reconoció que fue él, junto a otro etarra huido, quien

trasladó en junio de 1990 a los miembros del Comando Nafarroa Susana Arregui, Juan María Lizarralde y Germán Rubenach hasta la localidad navarra de la Foz de Lumbier, donde pretendían atentar contra una patrulla de la Guardia Civil y donde, finalmente, además de un agente, murieron Susana Arregui y Juan María Lizarralde. Según su propia declaración, Zubieta Zubeldia se enteró el 25 de junio de lo sucedido y decidió huir a Francia, donde se puso a disposición del dirigente de ETA José Zabaleta Elósegui, alias *Waldo*.

Zubieta pasó unos meses de «descanso» en Francia y regresó en marzo de 1991 con la orden de contactar con el Comando Barcelona, del que formó parte hasta su desarticulación.

De San Sebastián a Barcelona

En el mes de mayo de 1990, los hombres del Grupo 1 de la Unidad de Servicios Especiales (USE) de la Guardia Civil tenían trabajo en San Sebastián. Se trataba de una de esas operaciones que ellos califican de «rutinarias»: controlar a una serie de personas, pero sin entrar a seguir a ninguna «pista caliente». El 29 de mayo los miembros de la USE llegaron a la capital guipuzcoana sobre las cinco de la tarde, tras haberse detenido a comer algo en la provincia de Burgos. Ya en el cuartel de Intxaurrondo, los agentes se dirigieron a sus dormitorios y, tras deshacer su equipaje y darse una ducha, se reunieron en uno de los pisos de las dependencias para preparar su trabajo del día siguiente. Apenas tuvieron tiempo de sentarse a la mesa cuando el jefe de equipo les avisó:

—Nos vamos a Barcelona —dijo—. Acaban de atentar contra el cuartel de Vic. Al parecer, ha sido una masacre. Los niños estaban jugando en el patio y se han llevado la peor parte.

No había pistas. Los agentes de la USE no iban a Barcelona con un objetivo concreto, pero había que ayudar ante aquel horror. Recogieron sus pertenencias y, cuando comenzaba a anochecer, los cuatro vehículos partieron en dirección a la Ciudad Condal.

Fueron casi cinco horas de viaje que resultaron eternas. Los agentes fueron escuchando la radio durante todo el trayecto, pues estaban ávidos de detalles de lo sucedido. Sin embargo, según

recibían una nueva información, su paladar se iba volviendo más agrio. Aquella fue una noche de cigarrillos y recuerdos. Los agentes rememoraron un buen número de atentados. En esta ocasión cinco niños habían perdido la vida.

Un escenario fantasmagórico

Era la una de la madrugada cuando los dos grupos de la USE llegaron a la Comandancia de Barcelona. Los diez agentes tomaron contacto con sus compañeros del Servicio de Información que llevaban a cabo la investigación, pero estos solo pudieron explicar el *modus operandi* del atentado. Dijeron que la acción terrorista se había realizado por el método del coche kamikaze (se lanza el vehículo cargado de explosivos sobre el objetivo) y que aquella puerta del acuartelamiento generalmente estaba abierta. No era la principal, era una puerta lateral, desde la que se accedía al patio mediante una rampa que salvaba el desnivel existente entre este y la calle.

El capitán del equipo de la USE pensó que quizá podrían ser útiles en Vic y se dirigieron hacia allá de inmediato. La localidad dista de Barcelona unos setenta kilómetros, de modo que los agentes aún tuvieron que conducir durante una hora más hasta encontrarse cara a cara con los resultados de la masacre. Era noche cerrada y lo que alcanzaron a ver solo puede describirse como un escenario fantasmagórico. Parecía que la zona había sido azotada por un terremoto: viviendas caídas, cascotes y escombros por todas partes, varios coches semienterrados en los escombros…

La Policía Judicial de la Guardia Civil estaba haciendo su trabajo y rastreaba la zona para encontrar alguna pista del coche bomba. Los hombres de la USE no podían ayudar en ese cometido, de modo que, tras recorrer varias veces aquella explanada del horror, decidieron ir a descansar para comenzar el trabajo temprano al día siguiente.

No había ninguna pista que seguir. Tan solo suponían que aquella barbarie había sido obra del Comando Barcelona liderado por Juan Carlos Monteagudo, pero poco más. Había que empezar desde cero. Los agentes recorrieron el pueblo, sobre todo los

alrededores del cuartel, casa por casa y comercio por comercio, y a todos preguntaban lo mismo: «¿Ha visto usted algo raro en los últimos días?, ¿alguna persona que no conociera y que le llamara la atención?».

Nadie había visto nada extraño. Hubo quien, después de mucho pensar, aseguró haberse topado con algo que en realidad no era una pista. Los agentes antiterroristas son conscientes de que, en situaciones como esta, los ciudadanos quieren ayudar, por lo que a veces potencian sus recuerdos hasta el extremo de considerar extraño cualquier hecho normal. Cientos de llamadas telefónicas colapsan las centralitas de las Fuerzas de Seguridad con lo que parecen indicios sospechosos que, finalmente, no conducen a nada.

Mientras los agentes de la USE recorrían la localidad de Vic en busca de alguna pista fiable, sus compañeros del Servicio de Información de Barcelona continuaban sus pesquisas. Ellos sí obtuvieron un hilo del que tirar gracias a una llamada telefónica. Un ciudadano comunicó a los *Mossos d'Escuadra* y a la Guardia Civil que, poco después del atentado, vio en las afueras de Vic a tres personas que cambiaban de coche y que parecían nerviosas. Habían llegado en un Renault 11 y se marcharon en una furgoneta Citroën C-15. Su extraño comportamiento llamó la atención del hombre y decidió anotar las matrículas. No pudo tomar todos los números de una de ellas, pero la información que aportó fue decisiva.

La confesión de los colaboradores

En el Servicio de Información comenzaron a trabajar a conciencia con las bases de datos de la Dirección General de Tráfico, lo que condujo hasta María del Pilar Ferreiro Bravo, una mujer de treinta y seis años, separada y madre de dos hijas menores, que vivía en Moncada i Reixac. Al igual que su compañero sentimental, Jordi Mas, profesor de matemáticas en la Universidad, la mujer fue detenida por la Guardia Civil. Él fue la persona que había alquilado el chalé, en la localidad barcelonesa de Lliça d'Amunt, en el que se alojaban los terroristas.

Los agentes del Servicio de Información comunicaron rápidamente estos datos a los miembros de la Unidad de Servicios

Especiales, que se dirigieron a Lliça d'Amunt, una localidad que se encuentra a una media hora en coche. La dirección que los dos colaboradores habían proporcionado se correspondía con un chalé de construcción antigua situado en la urbanización Can Salgot. Los cuatro coches de la USE pasaron por delante de la casa para ubicarla en la zona y averiguar sus características. Vieron que tenía unos quinientos metros de jardín y que el chalé estaba compuesto por varias plantas. El tamaño de la parcela facilitaría la observación de los agentes, pues la valla era larga y podrían pasear alrededor de la casa sin levantar sospechas.

Los diez hombres que formaban el equipo se fueron turnando durante buena parte de la mañana en las labores de vigilancia del interior. Hasta que, finalmente, uno de ellos aseguró haber visto a Monteagudo. Otro agente se acercó hasta la casa para cerciorarse; encendió un cigarrillo con total tranquilidad mientras observaba por el rabillo del ojo al hombre que estaba en el jardín.

—Sí. Apostaría cualquier cosa a que es él —dijo cuando volvió al coche policial.

Junto a Monteagudo estaba, además, Juan Félix Erezuma. No había duda de que eran ellos. Los agentes disponían de un buen número de fotografías de los dos etarras y no les resultó difícil identificarlos. También vieron a un tercer hombre al que no reconocieron.

Durante unas cuantas horas los hombres del Grupo 1 recorrieron los alrededores del chalé. Habían localizado a los objetivos y era el momento de pensar en la mejor manera de actuar. El mando del equipo ordenó regresar a la Comandancia para llevar a cabo el correspondiente *breafing* de la operación.

—¿Qué tenemos? —preguntó el jefe.

Los datos de que disponían eran enormemente relevantes: la furgoneta Citroën, los dos colaboradores detenidos, el chalé… Y los agentes estaban seguros de que los hombres que habían visto en la parcela del chalé eran Monteagudo y Erezuma. Todos estuvieron de acuerdo en que lo lógico era proceder a su detención, pues si perdían más tiempo vigilándolos, corrían el riesgo de que los etarras los descubrieran y huyeran.

Actuar con rapidez

Desde Madrid, llegó la orden de detención.

Los agentes subieron a sus vehículos y de nuevo se dirigieron a Lliça d'Amunt. También lo hicieron los hombres de la UEI, que serían los encargados de realizar el asalto al chalé. Cuando todos estuvieron en la urbanización, los agentes de la USE se apostaron en sus vehículos en distintos lugares para cubrir las posibles salidas, mientras los especialistas en intervención iban tomando posiciones junto a las vallas de los chalés colindantes al de los terroristas.

Los agentes de la USE habían podido captar la distribución interior de la vivienda, una información que facilitaba el trabajo de los miembros de la UEI, que pudieron entrar en la parcela sin demasiados problemas, pues la puerta se abría con un simple cerrojo. Al momento, comenzaron a oírse los gritos de los agentes dando el alto y conminando a los etarras a tumbarse en el suelo y entregarse. Segundos después se oyeron algunos disparos.

Algunos agentes de la USE corrieron hacia la casa y entraron para prestar apoyo. Entre ellos estaba el agente Q, que vio a un terrorista tendido en el suelo en la primera planta. Era Juan Félix Erezuma, que sangraba a consecuencia de los disparos y falleció poco después en el hospital. En la planta baja de la vivienda estaba el cuerpo de Juan Carlos Monteagudo, ya sin vida. En el hueco de la escalera encontraron al tercer terrorista, un hombre «reducido a la mínima expresión», según palabras del agente Q. Estaba muerto de miedo y no opuso resistencia. Lo sacaron de allí a empujones, pues era incapaz de moverse, y lo esposaron. Se trataba de José Zubieta Zubeldia.

Las campanas tocan a muerto en Vic

Mientras tanto, en la localidad de Vic las campanas tocaban a muerto. Quedaba poco tiempo para que comenzara el funeral por las diez personas que habían perdido la vida en el infame atentado del día anterior. Pronto comenzó a correr el rumor de que el Comando Barcelona había sido desarticulado, por lo que una pizca de alivio se instaló en los corazones de los asistentes al sepelio. A

pesar de encontrarse en la Casa del Señor para dar el último adiós a las víctimas, aquellas buenas personas no pudieron evitar sentir cierta alegría cuando supieron que el jefe del comando y su lugarteniente habían caído. Muchos miraron hacia arriba y agradecieron que se hubiera hecho justicia.

Yo ni siquiera sabía que mi marido estaba en Barcelona. La noche anterior no me había llamado, algo extraño en él, que solía contactar conmigo en cuanto llegaba a su destino. Pero en esta ocasión no lo hizo. De modo que aquella noche me fui a la cama intentando apartar de mi mente el sinfín de imágenes que me atormentaban. Pero antes de acostarme miré a mi pequeño, que dormía plácidamente en su cuna. Me resultaba imposible alejar del pensamiento a los cientos de niños que se han quedado huérfanos en los innumerables atentados de ETA. Besé a mi hijo y mis lágrimas mojaron su carita. Apagué la luz y me agarré con decisión a mi compañero nocturno: el transistor. Él me daría noticias. Por un instante temí que sonara el teléfono y que una voz me preguntara si era la esposa del agente Q. ¿Sería capaz de afrontar esa llamada sin derrumbarme?

Comenzaba a quedarme adormilada cuando sonó el teléfono. Temía y necesitaba desesperadamente coger el aparato. Si era mi marido, al fin podría dormir tranquila. Pero ¿y si no era él?… Levanté el auricular y al instante reconocí su voz. Respiré hondo, aliviada. Me explicó lo sucedido y me avisó de que ese mismo día regresaba a Madrid. Cuando colgué, pensé en lo que acababa de escuchar. Habían muerto dos etarras en un tiroteo. Resulta del todo imposible describir lo que sentí en ese instante. Mi marido, una vez más, se había jugado la vida.

EPÍLOGO

Han pasado más de veinte años desde que tuvo lugar el último de los atentados que se relatan en este libro. Pero la banda terrorista ETA y sus aliados políticos continúan ocupando las primeras páginas de los diarios y los primeros minutos de los informativos de radio y televisión.

El 20 de octubre de 2011, tres individuos con las caras tapadas con pasamontañas y situados delante de una pancarta con los símbolos de ETA leyeron un comunicado en el que decían lo siguiente: «ETA ha decidido el cese definitivo de su actividad armada». De inmediato, en los titulares de los medios de comunicación pudo leerse: «ETA abandona las armas».

Sin embargo, los terroristas en ningún momento dijeron esas palabras. No dejaron las armas sobre aquella mesa. Ni dieron la cara. Ni lamentaron lo sucedido. Ni mostraron el menor arrepentimiento. Aun así, sinceramente, el comunicado suponía un enorme paso adelante, pues era la primera vez que la banda terrorista hablaba de un «cese definitivo».

En el comunicado del 20 de octubre ETA hacía «un llamamiento a los Gobiernos de España y Francia para abrir un proceso de diálogo…». Faltaba exactamente un mes para las Elecciones Generales del 20 de noviembre de 2011, a las que se presentaba de nuevo, tras muchos años ilegalizada, la izquierda *abertzale* con un nuevo nombre: Amaiur. Aquello no podía ser una simple coincidencia. Las Fuerzas de Seguridad del Estado interpretaron el comunicado y la participación en los comicios de su brazo político (Amaiur es el nombre con el que Herri Batasuna ha entrado en el Parlamento español) como una forma de decir a toda la sociedad que ETA dejaba en manos de la izquierda *abertzale* la «dirección política» del «movimiento de liberación nacional vasco»… Un paso

adelante, sin duda. Pero pocas cosas han cambiado desde entonces.

ETA sigue existiendo. Finalizó el año 2011 con la puesta en marcha, durante las Navidades, de una campaña de recaudación de fondos entre los empresarios del País Vasco. La estrategia no es idéntica a la del «impuesto revolucionario», pero el fin es el mismo. El ministro del Interior, Jorge Fernández, considera que ETA pretende de ese modo mantener activo su aparato logístico. Y, por desgracia, los hechos le dan la razón: el año 2012 ha comenzado con la detención de tres etarras en Francia el 14 de enero. Iban armados y se les incautó material para fabricar explosivos. A pesar de lo que muchos creen, resulta evidente que ese no es el comportamiento de quien ha decidido abandonar las armas.

Son muchos los que piensan que, la financiación de la banda cuenta ahora, además, con las partidas que Amaiur recibe del Estado, que ascienden a casi ciento cincuenta mil euros para gastos ordinarios y siete mil quinientos para *seguridad*. Esto último suena a broma macabra: los «amigos» de los etarras reciben dinero para defenderse de estos.

Hay bastantes indicios que llevan a pensar que estamos ante un nuevo engaño. Han sido muchas las treguas por las que ya hemos pasado y a las que han seguido decenas de muertos. Y la situación a comienzos de este 2012 no parece distinguirse de aquellas. Los terroristas exigen el acercamiento de sus presos y que los trasladen a las cárceles del País Vasco; que no se les aplique la «doctrina Parot», y que algunos de ellos salgan de prisión por motivos de salud.

Es decir, que la teórica «paz» ha comenzado con exigencias. Y el Estado de Derecho no puede, no debe, claudicar. De lo contrario, todo lo sucedido en los últimos cincuenta años no habría servido de nada y este país se vería sometido y en manos de una banda de mafiosos. Porque los etarras son asesinos, ladrones, atracadores, secuestradores, cobran un impuesto a cambio de su «protección»… Nada los diferencia de la Mafia.

Las imposiciones de ETA tras su comunicado no suenan más que a extorsión. Todo es como un continuo *déjà vu*: amenazas, simulaciones de tregua… Y, al final, la muerte. De modo que el Estado no debe ceder ni un ápice. No existe la posibilidad de una amnistía, aunque sea camuflada. El cumplimiento de la ley es una

obligación para todos, incluidos los asesinos de ETA. Y no hay más opciones.

La paz únicamente puede llegar tras la entrega incondicional de las armas. Esa es la única manera que permitiría que lo que se hable después tenga cierta validez. Hablar con las armas en la cintura no es dialogar; es amenazar. Y, tras el abandono de las armas, debe llegar el reconocimiento del daño causado. No podemos permitir que, en el comunicado del 20 de octubre de 2011, la banda envíe su «reconocimiento y más sentido homenaje» a los etarras muertos o que viven fuera de España para no enfrentarse a la justicia, y que, sin embargo, no pida perdón a las víctimas. Porque lo que ellos denominan «conflicto» solo ha causado víctimas de un lado. Y si alguien quiere ver una víctima en un asesino que muere al manipular la bomba que había preparado para matar a decenas de personas, allá él con su modo de engañarse…

Las víctimas son los muertos asesinados por ETA, y los heridos y mutilados, y todos los allegados de estos, que han padecido y padecen aún secuelas psicológicas…Víctimas somos todos los que hemos sufrido por su culpa, los que hemos llorado cada día durante años… Víctimas son todos los que, aunque no hayan sufrido la lacra del terrorismo en primera persona, podrían haber muerto al pasar por determinada calle en determinado momento, justo cuando estalló una bomba colocada por ETA. Y a las víctimas no podemos olvidarlas.

Como tampoco debemos olvidar a todos esos hombres y mujeres que se han dedicado por entero a detener a los asesinos. Los hombres y mujeres que, como los protagonistas de esta obra, se han entregado para intentar que la seguridad y la tranquilidad vuelvan a la vida de los ciudadanos españoles, de todos nosotros. Todos ellos han arriesgado sus vidas sin otra recompensa que su salario y la satisfacción producida al ver a un etarra detenido y en la cárcel.

No es el rencor quien habla en estas páginas. Hace mucho tiempo que superé el deseo de venganza por tantos años vividos bajo el sello del miedo. El tiempo y una buena terapia psicológica hacen su efecto… No. No son deseos de venganza ni rencor. ¿Perdonar? Yo siempre perdono. Pero ¿a quién hay que perdonar? ¿Acaso alguien se ha disculpado? ¿Alguien ha dicho «lo siento»?

LILIÁN AGUIRRE es jefa de la sección de Televisión y Comunicación del diario *La Razón,* y editora del suplemento dominical de viajes del periódico. Es autora de *Heridas en la sombra. Las otras víctimas de ETA* (2008), donde novela sus vivencias como testigo cercano de la lucha contra ETA, en su condición de esposa de un guardia civil que inició su actividad en los comandos antiterroristas durante los años ochenta. En esta ocasión ha elegido el género de la no ficción para dar cuenta de aquella experiencia que tan elevado coste ha tenido para la sociedad española en su conjunto.